DECISIONES

MÓNICA BENÍTEZ

Contents

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo

DECISIONES

MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2024 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2403187362431

https://monicabenitez.es

Twitter: @monicabntz

Instagram: mbenitezlibros

Tik Tok: @mbenitez_escritora

Capítulo 1

—¿Cómo estás, bonita?

Irene Costa mira la pantalla de su portátil y sonríe a Paula con los ojos encharcados. Desde que ha vuelto al pueblo, tiene las emociones a flor de piel y la invade una sensación de soledad tan grande, que siente que a su alrededor solo hay vacío.

—Bien —miente y vuelve a sonreír.

Paula, sentada junto a su marido Aitor, cabecea mientras él chasquea la lengua contrariado.

—No tienes pinta de estar bien, Irene —dice él—. ¿Cómo ha sido la vuelta?

—Dura —responde lapidante.

A Irene no se le ocurre ninguna otra palabra que lo defina mejor.

—Pensaba que después de tanto tiempo sería diferente, pero me resulta muy incómodo estar aquí. No lo soporto.

—Es normal —dice Paula—, te fuiste de allí hace demasiados años dejando atrás recuerdos muy dolorosos. Y volver a esa casa, no sé, Irene…

—Ya, no ha sido buena idea.

Irene mira a su alrededor sintiéndose una extraña en la casa donde vivió hasta los veinticinco años. Ha vuelto catorce años después y tiene la sensación de que ahí no hay nada para ella, de que todos sus recuerdos buenos están enterrados debajo de unos tan malos que le resulta imposible hacerlos aflorar.

—No he deshecho la maleta, ni siquiera me he sentado en el sofá —confiesa tragando saliva mientras mira a sus amigos—. No debí volver.

—Sí que debías, Irene, pero no a tu casa, joder —opina Aitor contrariado—. Hace mucho tiempo que debiste deshacerte de ella. Véndela o la alquilas, y tú te buscas otro sitio para vivir.

—Sí, tal vez lo haga —dice pensativa.

—Claro que sí, mujer —la anima Paula—. Necesitas empezar de cero, y en esa casa no puedes, es imposible.

Irene asiente sabiendo que su amiga tiene razón, cada vez que pasa por delante de la habitación que fue de sus padres, su cuerpo se estremece con un incómodo escalofrío.

—Y en el trabajo, ¿qué tal en la consulta médica? —cambia de tema Paula.

—Bueno —Irene esta vez esboza una sonrisa sincera—, esto es un pueblo pequeño, ni por asomo se parece a lo que hacíamos en las misiones humanitarias. En los dos días que llevo solo he visitado a tres pacientes en la consulta y uno en domicilio. La verdad es que es un poco raro, pero me gusta, creo que necesito esa tranquilidad.

—Por supuesto que sí —corrobora Aitor—, catorce años viajando de campamento en campamento hacen que uno se sienta realizado, pero esa vida agota.

—Que os lo digan a vosotros —dice Irene y los tres se ríen.

Irene llevaba cuatro años como doctora en misiones humanitarias cuando conoció a Paula en un campamento en el que ambas estuvieron ocho meses. Su amistad sincera surgió de inmediato y formaban tan buen equipo, que a partir de ahí solicitaron siempre los mismos destinos para trabajar juntas. Dos años después conocieron a Aitor, dirigía la campaña de vacunación en uno de los poblados en los que ellas pasarían unos meses y acabó uniéndose al equipo. El amor entre él y Paula se fue fraguando poco a poco, con el paso de los meses, hasta que un año después, se casaron en una ceremonia dirigida por un chamán entre flores y rituales ancestrales que dejaron fascinados a los tres amigos.

El matrimonio no se interpuso en su trabajo y siguieron los tres juntos hasta que Paula se quedó embarazada hace dos años. Entonces decidieron que para ellos ya se habían acabado las misiones y era hora de volver. Irene se quedó sola y se encontró como cuando empezó, al principio lo llevó bien, pero en los últimos meses comenzó a sentir que ella también necesitaba frenar, asentarse en un sitio y crear su propio hogar. Después de pensarlo mucho, tomó la decisión y empezó a mover hilos, hasta que el médico de Tablas —el pueblo donde se crio— se jubiló y le ofrecieron ser la nueva médica de familia en el pueblo.

Irene no se ve trabajando en un hospital obedeciendo órdenes y siguiendo las reglas de otros. Está acostumbrada a improvisar y a tomar decisiones importantes en tiempos demasiado reducidos, por eso aceptó el puesto, porque en un pueblo de apenas cuatro mil habitantes, las cosas se gestionan de un modo más informal.

—Y a ti —contesta Paula—. Escucha, Irene, sé que para ti no es fácil volver ahí, que todo puede ser muy abrumador después de lo que te pasó con tus padres y lo que sentías por aquella chica.

A Irene se le gira el estómago.

—Bárbara no vive aquí, ella no es un problema —dice tratando de que no le tiemble la voz cuando pronuncia su nombre.

—Bueno, pero tú te enamoraste de ella ahí, y habrá muchas cosas que te la recuerden. Con nosotros no has de hacerte la dura, ¿vale? Sabemos la historia, lo que llegó a afectarte todo y lo que te sigue afectando.

A Irene le entran ganas de llorar, pero traga saliva y aguanta como puede.

—Se casó y se fue a vivir a la ciudad, salvo que venga a visitar a sus padres, dudo mucho que me la encuentre.

—Pero puede pasar, Irene.

—Sí, puede pasar —reconoce suspirando.

Irene ya ha contemplado esa opción, pero no le preocupa demasiado. Los padres de Bárbara viven en la otra punta del pueblo y es casi imposible que tenga la mala suerte de encontrarse con ella.

—Estaré bien —asegura esbozando una sonrisa—. Solo necesito un poco de tiempo para adaptarme y deshacerme de esta casa cuanto antes.

—Exacto —aplaude su positivismo Paula.

—Y no te quedes en casa encerrada cuando salgas del trabajo, busca actividades o adopta un perro y sales a pasearlo, pero relaciónate, a ver si te casamos pronto —dice Aitor.

—¿Casarme yo?

Irene se señala y se ríe, nunca ha entrado dentro de sus planes, quizá porque en ellos solo existe una persona con la que estaría dispuesta a cualquier cosa, pero esa persona está felizmente casada con Moisés, un chico de la misma cuadrilla con la que salían Bárbara y ella, así que Irene, a sus treinta y nueve años, nunca hace planes románticos.

Capítulo 2

Irene Costa se ha despertado más animada esta mañana, después de la conversación con sus amigos ayer por la tarde, se siente algo mejor y ha recordado que no está completamente sola, los tiene a ellos, a su única familia.

Su primera hora de trabajo está reservada para hacer visitas programadas a domicilio, pero hoy no tiene ninguna, así que ha pensado en pasar por la churrería que vio la otra tarde cuando llegó al pueblo. Esa es nueva, porque cuando ella vivía aquí, en ese local había una tienda de bicicletas. Decide que comenzará el día desayunando churros con chocolate, algo que hace mucho tiempo que no come, y cuando termine su jornada, pasará por la inmobiliaria del pueblo y pondrá en venta su casa. Paula y Aitor se lo advirtieron antes de su llegada, que instalarse en la casa que heredó de sus padres no era buena idea, pero ella necesitaba creer que había superado esa parte de su vida y que podía hacer frente a esos fantasmas de los que un día salió huyendo. La realidad le ha demostrado que siguen ahí y que probablemente no se marchen nunca. Como le dijo una terapeuta una vez, no se trata de borrar su pasado, sino de aprender a convivir con él, e Irene todavía no lo ha logrado.

Llega a la churrería en diez minutos, ese día de primeros de junio ha amanecido completamente despejado y amenaza con ser abrasador en pocas horas. Irene se ahueca la blusa y empuja la puerta. El ambiente está viciado de un agradable olor a churros y chocolate fundido. Hay mesas a un lado y a otro de la puerta, casi todas llenas. Nota como las miradas curiosas de sus vecinos se clavan en ella y siente mucha incomodidad al principio, pero se limita a saludar con un *buenos días* y a pasar de largo para ir directa al mostrador. Irene llega con la mirada clavada en la pizarra que ofrece las distintas opciones de desayuno, empieza a dudar sobre si quiere churros o quiere porras, lo único que tiene claro es que quiere chocolate, y está en pleno debate cuando una de las camareras aparece frente a ella.

—¿Irene?

A Irene la recorre una corriente que la paraliza cuando escucha su voz. Todavía no le ha visto la cara, pero sabe que es ella, no podría olvidarla nunca. El corazón comienza a latirle a un ritmo frenético y lentamente, con un cosquilleo encogiéndole el

estómago que hacía mucho tiempo que no experimentaba, baja la mirada para encontrarse con los ojos intrigados de Bárbara Sierra, que la mira con una expresión que va entre la sorpresa y la alegría.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Irene con la voz quebrada y el ceño fruncido.

—Trabajo aquí —contesta Bárbara sin saber cómo encarar la situación.

A Irene el corazón comienza a martillearle las sienes como si estuviera recibiendo una información que no es capaz de comprender. Se siente mareada y colapsada, y sabe que no puede seguir allí ni un segundo más o acabará desmayada como le pasa en ocasiones.

Mira a Bárbara a los ojos una última vez, como si necesitase corroborar que no es una alucinación suya, que no es un fantasma y que, realmente, la que era su mejor amiga y al mismo tiempo la chica de la que se enamoró hasta que le dolía respirar, trabaja en esa churrería, lo que quiere decir que ya no vive en la ciudad.

Irene se da la vuelta y camina hacia la salida arrastrando los pies como si los tuviera hundidos en el barro. Le tiemblan los labios y nota los ojos humedecidos. Necesita correr y gritar, y al mismo tiempo sabe que no puede porque su cuerpo no responde. Sale al exterior, se aparta del escaparate y pega la espalda a la pared sintiendo que se ahoga. Mira al cielo buscando alguna nube para distraer su mente imaginando formas, pero está totalmente despejado, así que clava la mirada en la acera, comienza a contar los adoquines y a caminar con pasos cortos y lentos hacia la consulta. Ya no quiere churros.

—Te dije que había vuelto —la voz de su madre hace girarse a Bárbara, que todavía está aturdida por lo que acaba de suceder.

Mira a su progenitora y espera con paciencia a que termine de cobrar a unas clientas que se marchan tras el desayuno. Es cierto que su madre le dijo ayer que Irene estaba en el pueblo, que una vecina le había dicho que era la nueva doctora de cabecera, pero Bárbara, aunque en el fondo deseaba que fuese cierto, no suele creerse los cotilleos entre vecinas.

—Sigue enfadada conmigo —dice frustrada cuando su madre se acerca a ella.

—Siempre dices que no pasó nada, Bárbara, pero algo tuvo que pasar para que el disgusto le dure tantos años.

Bárbara suelta un resoplido de rabia e impotencia. Irene se marchó de un día para otro, sin dar explicaciones y sin dejar opción de contactar con ella. Bárbara todavía recuerda aquella

vez que la llamó como solía hacer cada semana después de haberse marchado a vivir a la ciudad y, en lugar de contestarle Irene, le habló una voz robótica que decía que ese número ya no existía. Se quedó desconcertada mirando su teléfono, no podía ser, ella no se había equivocado porque tenía el número de Irene grabado y solo tenía que pulsar el botón de llamada. Lo hizo de nuevo y el resultado fue el mismo, y así hasta doce veces. En su desesperación, llamó a otros amigos en común, que probaron a llamarla y les pasó lo mismo. No fue hasta que Laura, una de sus amigas, se acercó a casa de Irene y descubrió a través de la vecina que se había marchado del pueblo hacía un par de días. La mujer no pudo darle más detalles porque Irene no le dijo a dónde iba, solo que estaría fuera una larga temporada y que le hiciera el favor de ventilar su casa de vez en cuando. Así pasaron los meses y también los años, catorce para ser exactos, en los que Bárbara no ha sabido nada de ella, hasta ahora. Irene ha vuelto y no es capaz de aguantarle la mirada.

Durante todo este tiempo Bárbara trató de imaginar mil motivos que pudieran causar la marcha de Irene, el único que para ella lo justificaba todo, fue la muerte reciente de sus padres, sobre todo la de su madre, a la que Irene encontró desangrada en la bañera un mes después de que su padre muriera en un accidente laboral. Bárbara se ha aferrado a esa idea durante todo este tiempo, pero la actitud de Irene hace unos segundos, acaba de dejarla descolocada por completo. ¿Por qué demonios está enfadada con ella cuando debería ser al contrario? Es Bárbara la que podría lanzar mil reproches a su amiga por desaparecer de ese modo sin decirle nada precisamente a ella, cuando se lo contaban todo y tenían una confianza absoluta, ¿o no?

—No pasó nada, joder —dice irritada, aferrándose con fuerza al mostrador—. Yo no le he hecho nada, mamá, te lo he dicho mil veces.

Un matrimonio mayor llega para desayunar y Esperanza, la madre de Bárbara, deja a su hija a solas con su frustración y se dirige a atenderlos.

Irene necesita sentarse, algo le está quemando el pecho y la sensación de ahogo aumenta por momentos. Llega al parque, vacío a esas horas porque los niños están de camino al colegio, así que se sienta en uno de los bancos y saca su teléfono para llamar a Paula.

—¿Qué pasa, Irene? —pregunta Paula, extrañada de que la llame a esas horas.

—Está aquí —a Irene le sale la voz rasposa y floja.

—¿Quién? ¿De qué hablas?

—De Bárbara —la sentencia sale acompañada de un sollozo de impotencia que no puede controlar.

Paula se asusta, conoce muy bien a su amiga, todos sus secretos y sus miedos, y como consecuencia de ello, sabe que desde que Irene encontró a su madre desangrada en la bañera y se desplomó por la impresión, como secuela a ese fuerte trauma que nunca ha superado, sufre desmayos repentinos cuando se enfrenta a situaciones muy tensas que le impactan o no sabe gestionar.

—Joder, Irene, cálmate. ¿Hay alguien contigo?

—No, pero tranquila, estoy sentada y lo tengo controlado.

—¿Segura?

Irene asiente de manera inconsciente, como si su amiga pudiera verla.

—Irene.

—Qué sí, solo necesito digerirlo.

—Está bien, ¿cómo sabes que está ahí? ¿La has visto?

—En la churrería, trabaja ahí —Irene habla muy rápido, casi atropellando las palabras.

—Vaya —Paula no sabe qué decir, eso sí que no se lo esperaba—. ¿Cómo te has sentido al verla? —pregunta finalmente.

—Igual que cuando tenía veinte años, Paula. ¿Qué hago? —pregunta agobiada.

—Nada, Irene, seguir con tu vida. Quizá así sea mejor, antes temías poder encontrarla si iba de visita, ahora ya sabes que anda por ahí, asúmelo y no pases cerca de esa churrería.

—Qué fácil —se irrita Irene.

—¿Y qué te digo, cariño? Si en catorce años no la has olvidado, no vas a hacerlo ahora, pero tampoco puedes detener tu vida por eso ni volver a huir del pueblo. Enfréntate a ello de una vez, asume que está ahí y tú también, te prometo que te acostumbrarás.

Irene suspira y cierra los ojos apoyando los codos sobre las rodillas. Con la voz de su amiga al otro lado de la línea, se siente algo mejor, al menos esta vez no está sola, los tiene a ellos, conocen su secreto, saben lo que siente por Bárbara y no ha de tragárselo para ella como hizo en su día por miedo a que alguien se fuera de la lengua y su amiga se enterase de lo que sentía por ella.

—Vale —dice Irene tras una pausa—. Está aquí.

—Sí, está ahí —confirma Paula con serenidad.

—Gracias por escucharme, ahora me voy a la consulta o acabaré llegando tarde.

—Tú llama siempre que lo necesites, sabes que si en casa no estoy yo, está Aitor.

—Sí —Irene sonríe agradecida.

—Venga, anímate. A ver si podemos dejarle un día al niño a mis padres y nos escapamos a verte.

—Eso sería genial, hace mucho que no nos vemos.

—Te prometo que iremos pronto.

Irene cuelga aferrada a esa promesa y se levanta para ponerse en marcha. De repente siente que todo ha cambiado y que su vuelta ya no va a ser tan tranquila como ella había planeado.

Capítulo 3

Han pasado dos días desde su encontronazo con Bárbara, pero Irene no se quita ese instante de la cabeza, el momento preciso en el que escuchó su voz —la de ella— esa que siempre deseó escuchar entre susurros en la cama. Sentada tras la mesa de la consulta médica se estremece cuando piensa en ello, no sabe cómo hacerlo, no sabe de qué modo logrará adaptarse a la posibilidad de encontrársela en cualquier parte. En su día huyó porque fue la única manera con la que consideró que lograría olvidarse de ella, al menos de lo que sentía, pero no ha funcionado, sus sentimientos hacia Bárbara no han cambiado y han condicionado su vida siempre, impidiéndole amar y ser amada.

Ahora se enfrenta a algo completamente diferente, sabiendo que no puede cambiar lo que siente, debe aprender a convivir con ello y a su vez con ella, y no está segura de que pueda hacerlo.

Pensando en eso, le entra una notificación por el calendario diario avisándola de que su siguiente cita ha llegado. Irene mira el nombre, Miguel Zamora, y se levanta para abrir la puerta y darle paso. Las piernas comienzan a temblarle cuando dice el nombre y ve desencajada como de una de las hileras de sillas de plástico que ocupan la sala de espera, se levanta Bárbara con un niño de la mano. Irene no se ha fijado en la edad de Miguel Zamora, pero teniendo en cuenta que, además de ellos, en la sala solo hay una anciana a la que ha visto todos y cada uno de los días que lleva pasando consulta, deduce que Miguel es el niño al que acompaña Bárbara y, por lo tanto, su hijo.

Se hace a un lado para dejarles paso con una agobiante sensación de mareo. Respira profundamente antes de cerrar la puerta y se concentra en Miguel. Debe dejar sus sentimientos a un lado y también la incomodidad que le produce la presencia de Bárbara.

—Hola, Irene —saluda la camarera de la churrería.

Irene le clava la mirada y la saluda con un gesto de cabeza, después vuelve a mirar a Miguel, dándose cuenta de inmediato de que el niño tiene un comportamiento muy esquivo. Está pegado a su madre, con la mirada fija en la mesa y el pensamiento abstraído.

—Hola, Miguel —saluda Irene.

Miguel alza esa mirada huidiza y la observa un instante, pero no le contesta y vuelve a bajarla.

—Es muy introvertido —explica Bárbara—, le cuesta mucho relacionarse con los demás y expresar sus emociones.

—¿Asperger? —pregunta Irene.

—No, le hicieron las pruebas, es una cuestión de carácter. Su timidez es extrema.

—Bueno, tiene siete años —dice la doctora tras echar un vistazo rápido al historial—, se le irá pasando.

—Eso me dijeron cuando tenía cuatro, pero yo no veo cambios.

—¿Has probado a llevarlo a un pedagogo?

—No he venido por él, Irene, Lito está bien.

—¿Entonces? —Irene se irrita.

—Quiero hablar contigo, y por como saliste huyendo el otro día, deduzco que si voy a tu casa no me abrirás la puerta, así que el único sitio donde se me ha ocurrido que podía acorralarte, es aquí.

—Qué fuerte —dice Irene boquiabierta—. ¿Malgastas recursos públicos para resolver tus problemas personales?

—¿Qué recursos? Ahí fuera solo tienes a doña Paquita, que para tu información, viene aquí todas las mañanas porque se está más fresco y así de paso se entera de lo que le pasa a todo el mundo. Esa vieja es una cotilla.

Lito alza una mirada sorprendida hacia su madre.

—No me hagas caso, cariño, es que mamá está enfadada.

—¿Conmigo? —Lito habla tan bajo y cohibido, que a Irene le cuesta escucharlo.

—No, mi amor, contigo no.

Bárbara mira a Irene y contiene un exabrupto.

—Entonces es peor, utilizas a Miguel como excusa, lo haces perder un día de colegio…

Miguel suelta una especie de lamento y se acurruca contra su madre.

—No le llames Miguel, no le gusta. Mamá no estuvo muy acertada eligiendo tu nombre —Bárbara habla para ella e Irene tiene la sensación de que se arrepiente de demasiadas cosas—. Llámalo Lito.

—Cambiarle el nombre a él no cambia lo que has hecho tú.

—Hoy su clase está de excursión, y Lito se pone muy nervioso si se aleja del pueblo —zanja Bárbara—, por eso ha venido conmigo.

Irene no sabe qué decir, a pesar de haber trabajado con muchos en las misiones humanitarias, fuera de ese ámbito no está

acostumbrada a tratar con niños, pero mira a Lito y siente una ternura extraña, hay algo en su mirada que la hace empatizar con él de un modo incomprensible.

—Está bien, pues dime qué quieres de una vez —dice Irene con frialdad, tratando de no mostrar su turbación ante la presencia de la mujer que hace que le tiemble todo el cuerpo.

—¿Qué quiero? Joder, Irene, me parece increíble que me preguntes eso. Quiero muchas cosas, empezando por saber por qué demonios te fuiste de ese modo y cortaste todo contacto conmigo. Quiero saber dónde has estado todo este tiempo y qué ha sido de tu vida, pero por encima de todo eso, necesito saber qué es lo que te pasa conmigo, ¿qué te hice para que me apartases de tu vida de esa manera?

Las preguntas han salido de la boca de Bárbara como si de una ametralladora se tratase, ha hablado tan rápido que, cuando termina, siente que le falta el aire. Irene está bloqueada, si no estaba preparada para encontrarse con Bárbara, lo está mucho menos para tener esa conversación con ella. Se fija entonces en Lito, al que considera un salvavidas cuando lo ve con la mirada clavada en el fonendo que cuelga de su cuello.

—¿Quieres escuchar cómo late el corazón de tu madre, Lito? —le pregunta la doctora.

El niño asiente sin abrir la boca.

—Perfecto, muy adulto por tu parte, como todo lo que haces —ladra Bárbara.

Irene la ignora y extiende el fonendo hacia Lito, que lo coge con cautela, como si fuera de cristal y temiera romperlo.

—¿Sabes cómo se usa? —pregunta Irene.

El niño asiente, se lo coloca en los oídos y pone la parte plana sobre el pecho de su madre. Lito sonríe y abre los ojos sorprendido, su madre lo mira embelesada y después mira a Irene cuando su hijo le devuelve el aparato.

—¿Qué se dice, Lito? —pregunta Bárbara.

Lito mira a la doctora con ojos huidizos y la cabeza gacha.

—Gracias —dice tan bajito que Irene tiene que leerle los labios.

—De nada, Lito.

—¿Y bien? —pregunta Bárbara dirigiéndose de nuevo a Irene —. ¿De verdad no me piensas contar nada? ¿Cuál es tu plan? ¿Ignorarme cada vez que te cruces conmigo?

A Bárbara se la llevan los demonios y si se controla y no le grita es porque su hijo está delante, pero no hay nada que soporte menos que sentirse impotente, y con Irene le pasa justo eso.

—No voy a tener esta conversación aquí —dice Irene tras

meditarlo durante unos segundos.

Es consciente de que su actuación no fue la mejor, ni la de antes, ni la de ahora. En su momento consideró que era mejor que Bárbara no supiera lo que sentía, pero ahora han pasado muchos años y, teniendo en cuenta que las dos han madurado, lo mejor es decírselo y después pedirle que la ignore y cada una siga con su vida.

—Me parece bien, dime dónde.

Irene encoge los hombros y traga saliva porque ningún sitio le parece apropiado, solo de pensar en confesárselo, le duele el pecho.

—Delante del parque hay una cafetería que hace esquina, tiene mesas fuera y se está muy tranquilo. ¿Te parece bien ahí? —propone Bárbara.

—Sí —acepta la doctora.

—Perfecto, pues quedamos esta tarde a las cinco. Vamos, Lito, di adiós a la doctora Costa.

Lito alza la mano a modo de despedida. Irene le devuelve el saludo y recuesta la cabeza en la silla cuando salen por la puerta.

Capítulo 4

Irene divisa la cafetería desde el otro lado del parque. Bárbara ya está allí, sentada en una de las mesas bajo una sombrilla. El corazón se le acelera y, durante más de un minuto, se queda quieta mientras se plantea dar la vuelta y volver por dónde ha venido.

—Joder —maldice en voz baja con la angustia subiéndole por el pecho.

No quiere enfrentarse a esta conversación, la ha temido siempre, pero también sabe que ahora que Bárbara está allí, no se va a dar por vencida y cuanto antes acabe con esto, mejor se sentirá. Deja que sus pies se muevan solos y bordea el parque hasta que llega a la cafetería. Bárbara hace rato que la ha visto y le hace una seña para que se siente sin levantarse a saludarla, consciente de que, por algún motivo, eso solo va a incomodar a Irene.

—Gracias por venir —dice cuando la doctora se sienta frente a ella.

Irene asiente con un gesto y mira hacia el parque.

—¿No has traído a Lito?

—No, se ha quedado con mi padre jugando al tres en raya. He preferido venir sola y no tener que estar pendiente de él para poder estarlo de ti.

La doctora se tensa, consciente de que Bárbara no va a darle tregua.

—Ya veo.

Una camarera llega e Irene se pide un zumo de melocotón bien fresco. Mientras esperan, se mantienen en un silencio espeso, pero cuando la camarera vuelve y deja sobre la mesa el pedido, Bárbara ya no le concede más tiempo.

—¿Y bien? —pregunta exigente, mirándola a los ojos mientras espera una respuesta.

A Irene el corazón se le vuelve a desbocar y comienzan a sudarle las manos. No debería costarle tanto, es una mujer madura que se ha enfrentado a muchas cosas y situaciones infinitamente peores que esta, pero no puede evitar sentirse vulnerable y asustada.

—¿Qué? —dice sin esconder su turbación, buscando que Bárbara sea más específica y así solo responder lo que pregunte.

—Joder, Irene —chasquea la lengua Bárbara—. ¿De verdad tengo que insistir?

Para su desesperación, la doctora se limita a encogerse de hombros, puesta a parecer imbécil, no le viene de serlo un poco más.

—Está bien, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué desapareciste como un puto fantasma?

Irene le clava la mirada y coge aire antes de soltar la bomba.

—Principalmente, porque estaba enamorada de ti y no sabía qué hacer para olvidarte.

Ya lo ha dicho, y no es que se sienta liberada precisamente, porque lleva tanto tiempo soportando esa carga, que está acostumbrada, pero sí que siente que experimenta una extraña sensación de valentía que le resulta agradable, por fin se ha atrevido a decírselo a la cara.

Bárbara la está mirando y no pestañea. Estaba a punto de morder la galleta que le han traído acompañando su café, pero esta ha quedado suspendida en el aire, a medio camino entre el platito y su boca. Su mente repite en bucle lo que acaba de decir Irene y es incapaz de comprenderlo.

—¿Es una broma? —pregunta Bárbara con el aire contenido en los pulmones.

—No —niega rotunda Irene, que no deja de mirarla mientras hace botar ambas piernas de manera compulsiva.

La churrera tose y se frota la frente con una turbación que hacía mucho tiempo que no sentía, en todos estos años ha llegado a imaginarse muchas cosas, pero esta no, no se lo esperaba y no sabe qué decir. El silencio se instaura entre ambas durante un largo rato e Irene va bebiendo de su zumo a pequeños sorbos, pensando en que cuando lo acabe, se marchará. Bárbara la mira sin dejar de intentar encontrar alguna situación que delatase lo que su amiga sentía y no la encuentra, ¿quizá estaba tan centrada en sí misma que no veía más allá?

—¿Desde cuándo, Irene? —pregunta de repente.

Su tono de voz parece de otra persona, suena floja, débil y sin ese temperamento que la caracteriza.

Irene vuelve a encoger los hombros.

—No me jodas, Irene —se irrita Bárbara—. ¿Desde cuándo? —repite recuperando la compostura.

—No sé, desde los veinte o así.

—¿Desde los veinte? —Bárbara la mira ojiplática y apoya los codos sobre la mesa—. ¿Y por qué no me lo dijiste?

—Porque no hubiera conseguido nada y solo habría sido peor para mí.

—¿Peor para ti? ¿Era mejor salir huyendo y dejarlo todo atrás? —le reprocha Bárbara, que sigue sin saber encajar la información que ha recibido.

—Fue lento, Bárbara —comienza a explicar Irene con tono cansino, como si hablase con un niño—. Tú ya salías con Moisés y al principio no me daba cuenta, no entendía lo que me pasaba, solo sabía que necesitaba estar contigo y que él me molestaba. Eso se fue acrecentando hasta que un día me abrazaste, lo hacías muchas veces —dice alzando la vista al cielo y Bárbara asiente—, pero aquel día sentí un cosquilleo en la boca del estómago que me dejó paralizada, y a partir de ahí todo fue a peor y entendí por fin que me había enamorado de ti.

—Madre mía —dice Bárbara impresionada.

—Para entonces ya te habías prometido con Moisés, solo hablabas de la despedida de soltera, de la boda y de que te marcharías a la ciudad con él. A mí se me encogía el corazón cada vez que te escuchaba, y me costaba respirar cuando me pedías que te acompañara a elegir el vestido, buscar el restaurante para el banquete o escoger muebles para el piso al que te irías a vivir con él.

Bárbara está temblando, sin entender cómo pudo estar tan ciega.

—Y entonces pasó lo de mis padres, él murió en aquel accidente en la fábrica y un mes después mi madre decidió que era mejor irse con él que quedarse conmigo.

A Irene la vista se le ha perdido en algún punto del parque mientras habla, tiene la mandíbula tensa y el ceño fruncido, pero contiene la bola de tristeza que le sube por la garganta y sigue hablando porque ahora que ha comenzado no quiere parar, necesita decírselo todo para que comprenda por qué decidió irse. Sin embargo, la que no puede con la emoción es Bárbara, que recuerda perfectamente aquellos dos meses de espanto para su amiga en los que perdió a sus dos progenitores y se quedó completamente sola. Bárbara estuvo a su lado, pero ahora se da cuenta de que no lo suficiente, de que Irene necesitaba mucho más de ella, algo que no podía darle y que la tuvo que terminar de hundir.

—Irene, yo…

—Tranquila, aquello no fue culpa de nadie, solo de mi madre —escupe sin controlarse.

Bárbara se da cuenta de que sigue sin perdonarle que la abandonase de aquel modo tan cobarde, de que la espina sigue ahí, y no le extraña.

—En fin —sigue explicando la doctora mientras Bárbara se

seca las lágrimas con los dedos—. Después tuve que ir a tu boda —sonríe con amargura—, a contemplar como te casabas con él, como decías aquel *sí quiero* para después marcharte del pueblo. Aquí ya no me quedaba nada, Bárbara, en mi casa me ahogaba y tú te habías ido para siempre, al menos yo lo sentía así, y todo en este puto pueblo me recordaba a ti y a mis padres. La gente me miraba como a la pobre chiquilla desvalida que se había quedado sola. Un día estaba en la facultad y vi un panfleto de Médicos sin Fronteras y de repente supe que era eso lo que necesitaba, alejarme para olvidarme de ti y de todo, así que en cuanto me gradué, me marché.

Bárbara guarda silencio unos instantes, mientras asimila toda la información.

—Sigo sin comprender por qué era peor para ti que yo lo supiera, Irene, te habría apoyado, quiero decir…

—¿Lo ves? —la interrumpe Irene con una sonrisa triste, pero sincera—, precisamente por eso, Bárbara, yo contigo no tenía ninguna posibilidad y las dos lo sabemos, y te habrías sentido tan mal por mí, que habrías estado más pendiente que nunca, y eso era justo lo que yo no necesitaba. Yo necesitaba dejar de sentir eso tan fuerte que sentía por ti, eso que me ahogaba y me hacía sentir tan desdichada. Decírtelo no era una opción, Bárbara, y seguir manteniendo el contacto tampoco, no para mi cordura, necesitaba romper con todo y comenzar de cero.

—Está bien, lo entiendo —dice Bárbara, todavía abrumada por la información.

La doctora asiente y suspira aliviada, no sabía que necesitaba tanto la comprensión de Bárbara.

—¿Has sido feliz, Irene? —pregunta de repente.

A Irene le impacta tanto la cuestión, que se queda paralizada mientras la angustia le estrangula la garganta.

—Supongo que a mi manera sí que lo he sido —contesta tras unos segundos.

Bárbara también tiene ganas de llorar, las dos tienen los sentimientos a flor de piel, demasiados años separadas y demasiadas revelaciones después de un reencuentro con el que ninguna de las dos contaba.

—No sé si esa respuesta me deja tranquila, Irene —dice Bárbara con voz tierna, casi susurrante.

Irene sonríe con los labios apretados.

—Estoy bien, Bárbara, quédate con eso.

No puede explicarle que su felicidad ha sido a medias, que siempre le ha faltado ser feliz en el amor porque sigue enamorada de ella y eso le ha impedido estar con nadie más allá de unas

pocas citas.

—¿Y tú? ¿Tú has sido feliz? —le devuelve la pregunta.

Bárbara suelta una risilla irónica y comienza a desmenuzar una servilleta de papel sobre la mesa.

—Bueno, en gran parte no me puedo quejar, he tenido mis cosas buenas y mis cosas malas, como todo el mundo, supongo.

—¿Sigues con Moisés?

—¿Moisés? Qué va —Bárbara cabecea y pone los ojos en blanco—. Joder, Irene, la de vueltas que da la vida. Me casé con él enamorada como una perra, bueno, eso tú ya lo sabes —dice haciendo un mohín de disculpa—, estuvimos bien el primer año y medio, después él cambió de trabajo, echaba demasiadas horas y de repente me di cuenta de que nos habíamos convertido en dos completos desconocidos. Todo fue muy extraño, al final nos divorciamos al cabo de tres años.

—Vaya —dice Irene con las cejas arqueadas.

—Sí, para que veas cómo cambian las cosas. Alquilé un apartamento y me quedé en la ciudad, pero con mi sueldo iba muy justa, así que al cabo de unos meses, decidí alquilar una habitación. Entonces yo ya tenía veintiocho. Se la alquilé a una chica, era reportera de una revista y poco a poco, no sé, nos enamoramos.

Esa revelación impacta a Irene, a quien saber que Bárbara ha estado con una mujer, la deja muy descolocada y al mismo tiempo dolida. ¿Se equivocó al no decirle nada? Ella siempre dio por hecho que a su amiga solo le gustaban los hombres, tal vez si le hubiera dicho lo que sentía… Descarta de inmediato la idea, dan igual los gustos de Bárbara, por aquel entonces estaba loca por Moisés y no tenía ojos para nadie, ni hombres ni mujeres.

—Con ella estuve cuatro años —sigue narrando Bárbara con cierto sentimiento de culpa, consciente de cómo debe sentirse Irene al saber esto—, le ofrecieron un puesto en la revista que ella siempre había ansiado, pero debía trasladarse a cuatrocientos kilómetros de allí y ambas decidimos de mutuo acuerdo que lo mejor era dejarlo. Poco después conocí a Miguel, el padre de Lito, y me quedé embarazada cuando solo estábamos tonteando. Yo tuve muy claro que lo quería tener, y pensé que él se echaría atrás, pero me dijo que también quería y seguimos adelante. Cuando Lito tenía cuatro años me enteré de que estaba liado desde hacía meses con una compañera de su trabajo.

Bárbara hace una mueca de sorpresa e Irene admira la deportividad con la que se lo toma todo.

—Me enfrenté a él y además de reconocerlo, me confesó que también la había dejado embarazada y que quería irse a vivir con

ella. Yo lo único que le supliqué fue que no dejase de venir a ver a Lito, era muy de su padre, siempre papá por aquí y papá por allá, todo lo demás me daba igual, pero empezó a espaciar sus visitas hasta que fueron completamente nulas, eso sí, la manutención me la pasa como un reloj cada mes el muy cabrón, se piensa que con dinero lo arregla todo. Lito se iba cerrando poco a poco y yo era incapaz de hacer nada para evitarlo, la psicóloga decía que el niño no era capaz de comprender ese rechazo por parte del padre por mucho que yo le explicaba que tenía mucho trabajo y por eso no venía. Me inventé de todo para excusarlo, pero no conseguí nada. Lito iba a peor, y no solo eso, ha desarrollado una especie de pánico al abandono, sobre todo en torno a mí porque teme que yo haga lo mismo que su padre.

Bárbara hace rato que llora, Irene la escucha compungida.

—Por eso no quiere ir a las excursiones ni a los cumpleaños de sus compañeros, teme volver a casa y que yo no esté cuando lo haga.

—Lo siento.

—Con mi padre hace muchas migas, con él se siente protegido cuando yo no estoy, así que decidí trasladarme aquí. Compré el local a buen precio y monté la churrería, la llevo a medias con mi madre.

El silencio vuelve a ellas, en poco más de una hora, Bárbara la ha puesto al día de su vida e Irene le ha explicado el motivo de su marcha. La doctora quiere irse, no soporta estar allí, de nuevo delante de ella con esa sensación palpitante dentro de su cuerpo, las ganas de acercarse y cogerle la mano, de rozarle los labios. Todo la estremece y siente que ha retrocedido en el tiempo, que todo lo que hizo no ha servido para nada, ni se ha olvidado de Bárbara ni se siente cómoda en su casa. Está perdida, y prefiere estar sola.

—Bueno, creo que es mejor que me marche —dice Irene poniéndose en pie.

—Claro, ¿quieres que quedemos otro día? —pregunta Bárbara precavida.

—Es mejor que no, Bárbara —responde escueta—, lo siento, pero es mejor dejar las cosas como están, las dos somos personas distintas ahora. Ha pasado mucho tiempo —dice y se marcha.

Bárbara se queda allí sentada, pasmada, sin entender por qué motivo no pueden recuperar su amistad. En cualquier otra ocasión, habría protestado y exigido una explicación, pero está tan abrumada por el montón de sentimientos que han brotado en esa mesa en tan poco tiempo, que se queda callada y no la detiene. Tampoco piensa ir rogándole amistad si ella no la quiere.

Capítulo 5

Bárbara lleva varios días con la cabeza en otra parte. Desde que habló con Irene la semana anterior y conoce el verdadero motivo de su marcha, no se lo puede quitar de la cabeza. No piensa en otra cosa desde entonces, en lo mal que lo tuvo que pasar su amiga, pero sobre todo se reprocha haber estado tan cegada con Moisés como para no haber sido capaz de verlo. Ahora lo piensa y cada vez entiende más cosas, las muchas negativas de su amiga cuando le proponía ir a tomar algo con ella y con su novio, algunas de sus miradas y muchas de sus sonrisas, hubo muchas señales que si hubiera estado atenta, habría sabido interpretar y tal vez podido ayudar a Irene de algún modo que no la obligase a tomar la decisión que tomó.

—Bárbara, ¿quieres espabilar? —le reprocha su madre, cansada de verla dar vueltas como una peonza sin hacer nada útil.

Bárbara reacciona y va corriendo hacia la máquina de hacer chocolate cuando se da cuenta de que prácticamente no les queda. Allí, después de hacer la mezcla, se queda pasmada mirando como el batidor gira en espiral mientras ella sigue pensando en Irene. Saber que le gustan las mujeres es algo que la hace sentir inestable sin que se explique el motivo. Sabe que es absurdo, pero después de conocer ese detalle, no deja de preguntarse cómo habría sido su vida si lo hubiera sabido, ¿habría reaccionado de algún modo? ¿Se habría visto afectada su relación con Moisés? Está convencida de que no, Irene tiene razón, estaba ciega por él, aun así…

—Madre mía —sisea agobiada y sigue pensativa.

Lo que más la turba es que ahora no es capaz de verla del mismo modo, antes solo veía a Irene como a una amiga, ahora la ve como una mujer, y eso la trastoca porque tiene otro tipo de pensamientos. Se imagina cosas, cosas entre ellas, y se pone muy nerviosa.

—¿Me piensas contar lo que te pasa? —ladra su madre cuando ya han cerrado y están terminando de barrer el local.

Bárbara se gira, entre sorprendida y desubicada.

—¿De qué hablas?

—¿De qué hablo? Hablo de que llevas una semana como si no estuvieras, eres como un bulto que más que ayudar, estorba.

—Vaya, gracias, mamá —dice impactada por su sinceridad.

Esperanza deja la escoba y retira dos sillas de una de las mesas.

—Siéntate —le ordena a su hija haciendo ella lo mismo.

Bárbara la mira dubitativa, pero al final obedece porque conoce esa mirada y prefiere no provocar a su madre.

—Cuéntame lo que sea que te ronda la cabeza y lo solucionamos para que vuelvas a ser tú. Y no me vengas con chuminadas de esas tuyas, algo te preocupa, y verte tan abstraída, altera también a Lito, ya lo sabes.

Bárbara siente una punzada en la boca del estómago, puede permitirse cualquier cosa, pero no preocupar a su hijo.

—Vale —dice reconociéndose a sí misma que realmente no es capaz de centrarse—. ¿Recuerdas que la otra tarde quedé con Irene?

Su madre asiente, ceñuda y concentrada, con las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Pues me confesó algo, y no puedo dejar de pensar en ello.

Bárbara le explica a su madre todo lo hablado con Irene, el verdadero motivo de su marcha, así como lo mal que se siente por haber estado tan cegada con sus cosas que no se dio cuenta de lo mucho que sufría su amiga.

—No sé cómo no me di cuenta —dice clavando la mirada en la cristalera.

—Bueno, hija, tampoco tenías porqué hacerlo, no eres adivina y ella no te contó nada.

—Ya, pero mamá, tú sabes lo que pasó con su familia. Imagina lo sola que debió sentirse en aquel momento. Su padre muere, su madre se suicida y la chica de la que está enamorada no solo no le hace caso, sino que no deja de pedirle que la acompañe en sus planes de boda con otro hombre. Tuvo que ser espantoso.

—Sí, supongo que sí, no me extraña que se fuera, yo también lo hubiera hecho —reconoce Esperanza.

—De todos modos, hay algo que me martiriza por encima de todo —reconoce Bárbara.

—¿Y qué es?

—Su comportamiento. Joder, mamá, yo también entiendo que se marchase de aquel modo, que cortase todo contacto y comenzase de cero en otra parte, pero ¿ahora? ¿Por qué no quiere verme?

Esperanza cavila unos segundos, su mente más experimentada piensa varias posibilidades, pero se decanta por la que le parece más probable en ese momento.

—Imagina que te pasa a ti, Bárbara, que vives esa experiencia

tan traumática con tus padres y además tienes el corazón hecho añicos. Se marcha, los años pasan y ella consigue superarlo todo, pero entonces le ofrecen un trabajo y vuelve.

—No te entiendo.

—Pues que por mucho que lo haya superado, ahora mismo se le ha tenido que remover todo, Bárbara. Es inevitable que los recuerdos vuelvan, lo de sus padres y lo tuyo… Lo que necesita es tiempo para adaptarse, dale espacio y no la agobies, ya verás como en unas semanas se le pasa y todo vuelve a su cauce.

—Sí, tal vez tengas razón —responde Bárbara dando por concluida la conversación.

Esperanza se queda satisfecha, piensa que todo está resuelto y que esa preocupación de su hija ha terminado con su charla, lo que no sabe, es que Bárbara ahora está más inquieta que antes. Ese comentario de su madre sobre que a Irene se le han tenido que remover muchas cosas, la ha dejado con la mosca detrás de la oreja y sobre todo con la repentina certeza de que no le ha hecho a Irene la que quizá es la pregunta más importante de todas. Se fue porque estaba enamorada de ella, pero en ningún momento le ha dicho que haya dejado de estarlo, ¿y si su insistencia a no mantener más contacto es porque todavía siente algo?

Pensar en esa posibilidad le provoca un hormigueo por el pecho que la deja atónita. Bárbara se queda clavada en el sitio, paralizada ante la idea de que Irene pueda sentir algo por ella, ¿cómo no se le ha ocurrido preguntar algo tan básico después de una confesión tan importante? No le extraña que Irene no quiera verla si no hace más que mostrar desinterés por sus sentimientos.

La duda le empieza a carcomer las entrañas, y Bárbara decide en ese mismo instante que no piensa quedarse con ella, tiene que preguntárselo aunque eso signifique que Irene la mande a paseo de manera definitiva.

Capítulo 6

Es domingo, Irene tiene fiesta y, en cuanto se ha levantado, ha comprendido que el día se le iba a hacer muy largo. Se ha dado una ducha, se ha vestido con ropa cómoda y ha salido a comprarse el desayuno dispuesta a dar un largo paseo por las afueras del pueblo. Mientras lo hacía ha comenzado a agobiarse, el encuentro con Bárbara la martiriza, tenerla tan cerca, esa forma de mirarla de su amiga…, su cuerpo se estremece cada vez que piensa en ella. El hormigueo la bloquea y la doctora se maldice sin descanso por no haber sido capaz de controlar sus sentimientos. Probablemente, es la única persona en el planeta capaz de seguir enamorada de la misma mujer después de tantos años y de no saber siquiera lo que es el roce de sus labios.

Asqueada y sintiendo que los minutos no pasan, cambia de rumbo y sin pensarlo mucho, llega hasta la parada de taxis, donde sorprende a uno de los conductores cuando le dice que la lleve a más de doscientos kilómetros de allí, a casa de Paula y Aitor. Por el camino los llama para asegurarse de que están en casa y pueden recibirla, los dos se quedan sorprendidos por la visita inesperada y, aunque habían previsto salir a comer, no le dicen nada, cambian los planes y se quedan en casa haciendo algo de comida para cuando llegue.

Irene llega dos horas más tarde y, cuando llama al timbre, la mano le tiembla. Hace meses que no se ven, y ahora más que nunca necesita su apoyo. Los dos salen juntos a recibirla, con el pequeño Iker caminando de manera patosa tras ellos. Los tres se abrazan e Irene tiembla entre los brazos de sus amigos, sobre todo en los de Paula, con la que más paz siente cuando habla.

La doctora se entretiene haciendo arrumacos al pequeño Iker mientras todos pasan al patio trasero de la casa, donde Aitor está terminando de asar la carne de la barbacoa. La primera hora y media se la pasan comiendo y poniéndose al día, no es hasta que el niño se queda dormido y se pueden permitir centrarse en ellos mismos, cuando sus amigos comienzan a disparar.

—Me podrías haber avisado y te habría ido a buscar, Irene —le recrimina Aitor.

—Sí, claro, a más de dos horas de aquí.

—El viaje te habrá salido por un ojo de la cara —dice Paula.

—Bueno, me hace descuento por llevarme de vuelta también.

—Deberías comprarte un coche —opina Aitor.

—Debería hacer muchas cosas, aunque ya no sé lo que me conviene.

—¿Qué es lo que pasa, Irene? Es por Bárbara, imagino. ¿La has vuelto a ver?

Irene les explica su encuentro con ella, y al igual que Bárbara hizo con su madre; no se deja ni un solo detalle.

—Así que ahora ya lo sabe —dice Aitor.

La doctora encoge los hombros.

—Eso es lo de menos, lo peor es lo que yo siento, es…

A Irene le cuesta expresarlo porque ni ella misma lo comprende.

—Es peor, es infinitamente peor de lo que recuerdo. La tenía allí delante y era un burbujeo constante, apenas me llegaba la sangre a la cabeza, ni siquiera sé cómo fui capaz de hablar con ella sin que me temblase la voz o parecer tonta perdida. Quizá sí que se lo parecí.

Paula no puede contener una risotada, no es que quiera reírse de su amiga, pero le sale tan natural, que su marido se contagia e Irene los mira con cara de fastidio.

—No te enfades —dice cariñosa Paula, que le coge la mano por encima de la mesa—. Sé que es una putada.

—No, Paula, no lo sabes —la corta Irene más seca de lo que le hubiera gustado—. Vivo allí, me la voy a encontrar a diario y me sigue gustando más que a un niño una pelota. Los años le han sentado bien, ¿sabéis? Está más guapa, y saber que estuvo con una mujer, joder —cabecea cabreada—, eso me tiene trastornada. No dejo de preguntarme si cometí un error al marcharme, si hubiera estado aquí, tal vez cuando se separó de Moi, no sé, en lugar de aquella chica…

—No hagas eso —la interrumpe ahora Paula—. Lo hecho, hecho está, Irene. Hiciste lo que creías que necesitabas, lo que era mejor para ti, y no solo saliste huyendo por ella, también te empujaron los recuerdos que te absorbían en tu casa.

—Ya —suspira Irene—, en cualquier caso, no sé qué hacer, si sigo encontrándomela solo voy a ir a peor, quizá debería marcharme a otro sitio.

—No puedes estar huyendo siempre, Irene —interviene Aitor esta vez—. Ya lo intentaste una vez y no sirvió de nada, ya lo has visto. Tal vez lo que necesitas es enfrentarte a ello, acostumbrarte. Lo pasarás mal al principio, pero cuando asimiles que entre ella y tú no va a pasar nada y que por muchos vuelcos que te dé el corazón, la situación seguirá siendo la misma, te adaptarás y es posible que esa sea la manera en la que logres

desenamorarte de ella.

—Qué profundo —dice Paula sorprendida mientras mira a su marido—, pero estoy de acuerdo. Huir no es una opción, Irene. Vas a cumplir cuarenta, tú misma has dicho que estás cansada de esa vida nómada. En el pueblo tienes un buen trabajo, en algo que además te gusta mucho. Así que céntrate en buscar una casa para vivir y después haz lo que te dijimos, apúntate a todas las actividades que se te ocurran, en tu pueblo o en los de al lado. Necesitas conocer gente, moverte en otros círculos que te saquen de esa rueda que no hace más que devolverte a tu pasado. Tus padres están muertos y eso no va a cambiar, pero tú estás viva y no puedes seguir desperdiciando tu vida solo porque estás enamorada de Bárbara. Tal vez no seas capaz de enamorarte de nadie más, pero puedes sentir, ten todas las amantes que puedas y disfruta de la vida con ellas, en ningún sitio pone que hay que casarse y tener hijos para ser feliz, no te guíes por esa mierda que no dejan de vendernos.

Ahora es Aitor el que la mira con las cejas arqueadas. Irene suelta una risotada sincera mientras mira las dos cervezas que ya se ha bebido su amiga y le han soltado la lengua.

—No te enfades, que yo te quiero mucho y no te cambio por nada —dice Paula dando un beso a Aitor.

Las dos amigas vuelven a reírse de su cara de circunstancias.

—Sí, supongo que tenéis razón.

Irene sabe que pensar en Bárbara solo puede hacerle más daño, no puede hacerse ilusiones solo porque en el pasado hubiera estado con una mujer, eso no cambia nada. Después volvió a estar con un hombre, además, Irene nunca ha sentido que su amiga la viese más allá de eso, ni siquiera cuando le contó lo que había llegado a sentir por ella. La expresión de Bárbara fue de puro asombro, de nada más.

—Por supuesto —insiste Paula—. Tenías más amigos además de Bárbara, podrías llamarlos y enterarte de qué ha sido de cada uno de ellos, seguro que alguno habrá que esté soltero, ya sabes que eso está a la orden del día.

—Bárbara está soltera —espeta Irene, que le ha salido sin pensarlo.

—Ya, pero Bárbara no cuenta, táchala de la lista —dice Aitor.

Ella suspira, si fuera tan fácil, lo habría hecho hace catorce años.

—Siento haber venido a molestaros —dice de repente.

—No digas tonterías —se enfada Paula y su marido asiente apoyándola—. Aquí puedes venir siempre que te apetezca, Irene, esta es tu casa. De hecho, nosotros ya tenemos pensado ir un día

de estos a visitarte, estamos esperando a que mis padres vuelvan de viaje para dejarles a Iker y escaparnos a pasar un día contigo.

—¿En serio?

Irene se emociona, los echa tanto de menos, que la sola idea de volver a ver a su único apoyo pronto, le encharca los ojos.

—Por supuesto —dice Aitor—, desde que nosotros volvimos apenas nos hemos visto, pero ahora tú también estás aquí, y algo más de dos horas en coche tampoco es tanto. Iremos siempre que podamos dejar al niño, y tú puedes venir aquí cuando quieras, ya lo sabes. Eso sí, quítate de la cabeza la idea de volver a huir, Irene, tienes que enfrentarte a tus miedos, solo así vas a conseguir avanzar, creo que sigues arrastrando demasiado.

—Estoy de acuerdo —interviene Paula—, lo de las misiones humanitarias te ha servido como parche, pero no para enfrentar y superar lo que sientes. Esos desmayos —Paula saca el tema con cautela, sabe que a Irene no le gusta hablar de ello, pero a sus amigos es algo que les preocupa mucho.

—Está controlado, apenas tengo —dice Irene.

—De verdad que en ocasiones parece mentira que seas doctora —bufa Paula.

—¿Recuerdas lo que hablamos la noche que celebramos nuestro último día antes de despedirnos en el campamento? —pregunta Aitor.

Irene suspira, sí que se acuerda, aunque no le apetece admitirlo, así que solo asiente con gesto cansino.

—Dijiste que si algún día volvías a España y te asentabas en un sitio fijo, irías a terapia de forma constante —le recuerda Paula.

—Sí, lo sé.

—Pero no lo has hecho.

—No.

Los dos le clavan una mirada dura y exigente. Irene hace una mueca y carraspea.

—Vale, os prometo que lo haré, pero vosotros tenéis que venir a verme.

—Muy pronto, cariño —Paula se levanta y la abraza.

Irene se deja envolver y cierra los ojos. Dos horas más tarde está de regreso al pueblo, asumiendo que se volverá a encontrar a Bárbara en muchas ocasiones y cuando menos se lo espere, y debe afrontarlo por mucho que le tiemble el corazón al hacerlo.

Capítulo 7

Bárbara ya no se aguanta, ha pasado la mañana del lunes dando vueltas al asunto y ha decidido que de hoy no pasa, por eso, en cuanto recoge a Lito del colegio y lo lleva a casa de sus padres, le da la merienda y le dice que se quede con el abuelo, que ella vuelve enseguida.

—¿A dónde vas? —pregunta su madre.

Esperanza es como un perro rastreador, intuye que algo sigue rondando la cabeza de su hija, aunque esta se esfuerza mucho por disimularlo.

—A dar una vuelta —dice Bárbara un poco sorprendida.

Con cuarenta años no esperaba tener que dar explicaciones, pero teniendo en cuenta que no es habitual en ella salir los días entre semana, entiende la intriga de su madre.

—¿Una vuelta? ¿Has quedado con alguien?

—Solo quiero que me dé un poco el aire, mamá, tampoco creo que haya que poner el grito en el cielo por eso —dice molesta.

—Espe, déjala tranquila, mujer —la apoya su padre desde el salón—, que ya es mayorcita.

Su madre aprieta los labios y se guarda lo que piensa porque Lito está delante. Bárbara sale de su casa sintiendo sus ojos clavados en la espalda hasta que cruza por fin la cancela.

Expulsa el aire de los pulmones, en el fondo no está segura de que sea buena idea, lo que va a hacer es justo lo contrario de lo que le aconsejó su madre, no va a dar espacio a Irene y quizá es cierto que eso es justo lo que su amiga necesita para adaptarse. Se detiene en seco y se gira para volver sobre sus pasos, pero no ha dado más que unos pocos cuando vuelve a girarse y reemprende el camino hacia casa de la doctora. No puede con la intriga, y sabe que hasta que no se lo pregunte, no podrá volver a concentrarse en otra cosa que no sea eso, y necesita recuperar su serenidad, por ella y por Lito.

Cuando por fin llega, está más nerviosa que antes, encuentra la puerta de la cancela abierta, cosa que le extraña porque Irene es muy metódica con todo, al menos lo era, y ella jamás la dejaría así. Se dice que a lo mejor es una señal y se toma la libertad de entrar, está a punto de llamar a la puerta cuando esta se abre y Bárbara casi se da de bruces con Silvia Aimé, la dueña de la única inmobiliaria del pueblo y una de las integrantes de su antigua

cuadrilla.

—Silvia —dice sorprendida, pero se sorprende más cuando su amiga utiliza un juego de llaves para cerrar la puerta.

—Hola, Bárbara —dice guardando las llaves en el bolso.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Bárbara cada vez más extrañada.

—Supongo que te podría preguntar lo mismo.

—¿Yo? —a Bárbara le molesta el comentario—. Vengo a ver a Irene.

Silvia aprieta los labios y asiente, después le señala el escalón del porche y Bárbara, desconcertada, camina junto a ella hasta que las dos se sientan.

—Irene no vive aquí —suelta Silvia dejando a Bárbara de una pieza.

—¿Cómo que no? Pero si trabaja en el ambulatorio, y yo estuve con ella la otra tarde…

A Bárbara va a explotarle la cabeza, no entiende nada.

—Supongo que no te ha dicho nada. Es cierto que se instaló aquí cuando llegó, pero hace varios días que vino a verme y me pidió que le pusiera la casa en venta, al parecer no está cómoda, y qué quieres que te diga, la entiendo perfectamente después de lo que hizo su madre.

Bárbara tiene la boca abierta, pero no dice nada. Se pregunta si cuando ella estuvo con Irene ya había puesto la casa en venta, y le disgusta mucho que no se lo contara.

—¿Y dónde vive? —pregunta Bárbara gesticulando con las manos con exigencia.

—No sé si debo decírtelo, Bárbara, yo…

—No me jodas, Silvia, que nos conocemos de toda la vida, sabes que Irene y yo somos amigas.

Silvia hace una mueca, todavía se acuerda de las llamadas desesperadas de Bárbara pidiéndole que se pasara por casa de Irene para ver si le había pasado algo, fue a ella a quien la vecina le dijo que Irene se había marchado para no volver.

—No quiso decirte a dónde iba —dice Silvia casi susurrando.

A Bárbara esa verdad incontestable le sienta como una patada en la boca del estómago, a pesar de que ahora sepa el verdadero motivo.

—Ni a ti tampoco —contesta borde—, no se lo dijo a nadie, necesitaba empezar de cero y lo hizo, pero ahora ha vuelto. Joder, Silvia, solo me preocupo por ella.

—Tienes razón, yo también. Se aloja en el hostal de don Paco.

—Venga, hombre, no me jodas —dice Bárbara cada vez más enfadada—. ¿En serio?

Silvia afirma con un movimiento de cabeza.

—Me pidió que le buscara algo de alquiler, pero lo poco que tengo no le gusta y de compra no quiere nada, así que en eso ando, a ver si le encuentro lo que sea para sacarla de ahí. Me he puesto en contacto con inmobiliarias de los pueblos cercanos, a ver si por allí hay más suerte.

Bárbara no puede creerse lo que escucha.

—Está bien —dice y se atusa el pelo resignada—. Gracias por decírmelo.

Las dos se ponen en pie y salen juntas de la casa, Silvia echa la llave de la cancela y se vuelve hacia Bárbara.

—Quizá deberíamos reunirnos todos algún día, al menos, los que seguimos en el pueblo. A Irene a lo mejor le hace ilusión, y estaría bien rememorar los viejos tiempos —propone Silvia.

Bárbara sopesa lo que ha dicho unos segundos antes de contestar.

—Sí, podría estar bien, aunque vamos a darle unos días más, dejemos que encuentre un sitio donde vivir, que se instale y se acomode para que vuelva a sentirse como en casa.

—Tienes razón, seguiré haciendo llamadas, seguro que algo encontramos que le guste.

—Gracias, Silvia.

Se despiden con dos besos y se dedican una sonrisa nostálgica, comprendiendo lo poco que se han esforzado todos para seguir manteniendo la amistad que tenían. Cada uno ha hecho su vida y parece no tener tiempo para nada más.

Bárbara espera a que Silvia se marche calle abajo, después gira en dirección contraria, directa hacia el hostal de don Paco.

Capítulo 8

Bárbara entra en el hostal de don Paco como un obús. No sabe por qué está tan irritada, pero lo está y tiene muchas ganas de gritarle a Irene.

—Bárbara, ¿qué haces por aquí? —se sorprende Jorge, el hijo de don Paco.

Bárbara se alegra de que sea él y no su padre el que está en la recepción esa tarde, eso le facilita las cosas, porque con Jorge tiene cierta confianza.

—He quedado con Irene, pero llego un poco temprano —disimula con calma mirando su reloj.

—¿Quieres subir? —pregunta Jorge—, aquí no hay ningún sitio cómodo para esperarla.

Bárbara sonríe porque le ha resultado mucho más fácil de lo que esperaba.

—Si no te importa, así le meto prisa, que cuando quiere es muy tranquila.

—Claro, segunda planta, habitación cinco.

—Gracias.

La dueña de la churrería se da la vuelta y sube las escaleras casi sin enterarse. Cuando llega a la segunda planta, localiza la puerta con el número cinco y la aporrea sin piedad hasta que de repente, se abre y se encuentra con la mirada desconcertada de Irene al otro lado.

—Bárbara —dice Irene.

No le sale nada más, su corazón se ha desbocado y tiene un hormigueo intenso por el cuerpo que apenas la deja reaccionar cuando su amiga pasa al interior y cierra la puerta.

—No me lo puedo creer —dice Bárbara mirando cada rincón de ese cuarto pequeño y envejecido, que es de todo menos acogedor.

—¿El qué? —pregunta Irene, abrumada por su presencia y por estar a solas con ella en un cuarto tan pequeño.

Nota el corazón palpitar demasiado rápido y una dificultad para respirar que le resulta asfixiante.

—¿Cómo has podido venir aquí, Irene? Me lo podrías haber dicho, pueden pasar semanas hasta que encuentres algo que te guste, ¿de verdad quieres vivir en este cuarto de mierda?

Irene se sienta en la cama, mareada. Se frota los ojos y bebe

un poco de agua de la botella que tiene en la mesita, después clava la mirada en Bárbara.

—Te aseguro que estoy más cómoda aquí que en mi casa.

Bárbara se queda con la boca abierta, sin saber qué decir en ese instante.

—¿Por qué has venido? ¿Quién te ha dicho que estoy aquí?

Irene ha recuperado un poco la compostura y quiere zanjar el tema cuanto antes, necesita que Bárbara se marche porque siente que a su lado el cuerpo comienza a quemarle y que no puede pensar con claridad.

—He ido a verte a tu casa, y me he encontrado con Silvia, ella me ha dicho que estabas aquí.

—Pues Silvia es una bocazas —escupe Irene.

—¿En serio quieres estar aquí, Irene? —la ignora Bárbara.

—¿A qué has ido a mi casa?

La pregunta repentina de Irene provoca que el corazón de Bárbara se agite dentro de su pecho. Por un instante, vuelve a sentir ese hormigueo por el cuerpo que la deja sin habla, ahora que la tiene delante, tan cerca, no está segura de sí debe hacer esa pregunta que lleva días torturando su cabeza.

—Bárbara…

Irene está perdiendo la paciencia, su mirada no tiene muchos sitios en los que posarse y no puede evitar mirar más de la cuenta el cuerpo de su amiga. Le sigue fascinando la voluptuosidad de sus pechos y no porque sienta envidia por la diferencia de tamaño respecto a los suyos, sino por las ganas que siempre ha tenido de metérselos en la boca. Sus pensamientos la trastornan por completo, no puede estar ahí, tan cerca de ella y a la vez tan lejos, provocando esas palpitaciones en su cuerpo que la tienen en un estado que empieza a ser agonizante. El mareo vuelve e Irene comienza a asustarse, sabe que es un síntoma previo a esos ataques repentinos de ansiedad que acaban con ella desmayada en cualquier parte. Vuelve a beber agua a pequeños sorbos.

—Quería preguntarte algo —dice Bárbara dando un paso para sentarse a su lado.

Irene lo intuye y se levanta antes de que pase, no puede tenerla pegada a ella porque eso puede ser una catástrofe. Así que se aparta y pega la espalda a la pared, tratando de respirar sin que se le note que se ahoga.

—Pues pregunta y después vete, por favor.

A Bárbara le duele la frialdad utilizada por Irene, pero se recuerda a sí misma las palabras de su madre y decide no tenérselo en cuenta.

—Está bien, esto es un poco embarazoso y sé que no debería

—dice notando un calor inexplicable haciendo que le ardan las mejillas—, pero necesito saberlo.

A Irene comienzan a sudarle las manos, no puede adivinar lo que quiere preguntarle Bárbara, pero sí que tiene la seguridad de que no va a gustarle. Abre la boca para zanjar la conversación y pedirle que se marche, pero está lenta de reflejos y para cuando sus labios se mueven, Bárbara ya está hablando.

—Dijiste que estabas enamorada de mí, Irene —sisea como si fuese un delito decirlo en voz alta.

Irene le clava una mirada dura, severa y muy inquieta.

—¿Y? —pregunta cada vez más ansiosa.

Bárbara se pone en pie. Ella también está muy nerviosa, no sabe por qué se siente así y sentada en la cama con Irene de pie, se siente en una posición de vulnerabilidad muy incómoda. Se acerca a ella. Irene quiere que se detenga, pero su corazón ya late demasiado rápido y está concentrada en relajarse, así que no puede decírselo.

—¿Y ahora? —pregunta Bárbara mirándola a los ojos.

A Irene le cuesta verla con claridad, nota como su figura se le desdibuja, está muy mareada.

—Irene, necesito saberlo —insiste Bárbara—. ¿Sigues sintiendo algo por mí? ¿Queda algo de lo que te hizo salir huyendo?

La doctora se pone una mano en el centro del pecho mientras soporta la angustia que le tensa cada músculo del cuerpo. Mira a Bárbara un momento, detenida a medio metro, quizá menos o quizá más, no es capaz de definirlo.

—Irene, por favor —la súplica de Bárbara le taladra los tímpanos y se le cuela en el cerebro. Bárbara necesita saberlo y, en el fondo, ella desea decírselo.

—Siento lo mismo o más que al principio —confiesa y se desmaya.

Bárbara no es capaz de reaccionar a tiempo, la revelación la deja tan impactada que no ve venir ese momento en el que Irene palidece hasta quedarse casi transparente y se desploma hacia delante como un fardo. Su cuerpo inerte cae en parte sobre Bárbara, que no tiene tiempo de sujetarla y observa horrorizada como se escurre por sus piernas hasta quedar tendida en el suelo.

Lo primero que le sale es un grito desgarrador producido por el susto. Después abre la puerta de la habitación y grita todavía más fuerte para que Jorge pida una ambulancia. Bárbara se deja caer al lado de Irene con tal miedo en el cuerpo, que le tiemblan hasta las pestañas. Al momento aparece Jorge, que se queda más pálido que Irene cuando la ve en el suelo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta atónito.

—Y yo qué sé, ¿has pedido la ambulancia?

—Aquí las ambulancias tardan mucho en llegar, he llamado al consultorio.

A Bárbara se le desencaja la cara.

—Pero si la doctora del pueblo es ella —dice cada vez más nerviosa.

—Pues a mí me han dicho que enseguida venía —contesta con cara de póker.

Bárbara parpadea confusa y decide que tendrá que confiar en lo que le haya dicho la persona que le ha contestado la llamada, por lo que se centra en asegurarse constantemente de que Irene sigue respirando.

Capítulo 9

Irene abre los ojos y lo primero que hace es tratar de incorporarse, pero la mano de una mujer se lo impide. Sabe que la conoce de la adolescencia, pero le resulta imposible recordar su nombre.

—Tranquila, no te levantes —dice la mujer.

Irene, todavía muy nerviosa, mira a un lado y a otro. Está en su habitación del hostal, tumbada en la cama con la mujer sentada al lado. Dentro no hay nadie más, aunque lo último que recuerda es haber recibido la visita de Bárbara. Se queda muy quieta, tratando de tranquilizarse mientras piensa y rememora casi toda la escena.

—¿Te acuerdas de mí? —corta sus pensamientos la mujer.

—Sí, pero no consigo ponerte nombre ni sé por qué estás en mi habitación —contesta Irene—. ¿Dónde está Bárbara?

Trata de incorporarse, pero de nuevo la mujer se lo impide.

—Vayamos por partes —su voz es tan serena y apacible, que Irene deja salir el aire de sus pulmones y los vuelve a llenar lentamente notando que se está calmando poco a poco.

—¿Qué me has puesto?

—Diazepam.

Irene asiente y la mira.

—Soy Marta.

—Sanchís —completa Irene y Marta sonríe.

—Sí. Tú y Bárbara ibais un curso por detrás del mío.

—Sí, me acuerdo.

—Bien —Marta asiente complacida mientras le toma el pulso por tercera vez, corroborando que las pulsaciones de Irene se van normalizando—. Yo también soy médica, en Tejón, el pueblo de al lado, pero vivo aquí. Cuando Jorge ha llamado al consultorio diciendo que la paciente eras tú, me han pasado el aviso a mí y aquí me tienes.

—Vaya, lo siento —se lamenta Irene.

—No pasa nada, para eso estamos. ¿Me cuentas qué ha pasado?

—No lo tengo muy claro, Bárbara estaba aquí, y supongo que me he desmayado.

—Sí, en eso estamos de acuerdo. Lo que quiero saber es el motivo.

—A veces me pasa, Marta, cuando me pongo muy nerviosa, no hay motivo aparente —explica Irene suspirando.

—Bueno, estar nerviosa es un buen motivo. Cuando he llegado te había bajado la tensión, y al despertar te ha subido y se te han disparado las pulsaciones una barbaridad. Entiendo que has sufrido un ataque de ansiedad brutal para llegar a ese extremo, así que me gustaría saber qué te ha puesto así.

—Nada, Marta, en serio. Me sucede a veces, desde que pasó lo de mi madre tengo desvanecimientos cuando me altero mucho.

A Irene no le apetece hablar del tema, pero como médica, comprende que su compañera necesita respuestas.

—Llevo unos días muy nerviosa, me está costando adaptarme a la vuelta, mi casa me agobia mucho y me he trasladado aquí. No sé qué más decir —miente Irene, comenzando a estresarse.

—Tendrás un tratamiento, algo que tomarte para prevenir estos ataques cuando empiezan.

—Sí, Diazepam —Irene hace una mueca y Marta arquea las cejas.

—¿Y por qué no te lo has tomado?

—Ha sido muy rápido y…

—Está bien, lo entiendo, lo de tus padres fue muy duro —Marta le hace un gesto afectuoso en el brazo y decide no insistir en ese tema—. Bárbara está fuera, bastante preocupada, ¿quieres que entre?

—No.

La respuesta de Irene es tan tajante que hasta ella se sorprende y Marta es incapaz de contener una sonrisa que deja a la doctora desconcertada. Entonces la mira, y lo que le dice la deja pasmada.

—¿Sigues enamorada de ella?

Irene es incapaz de parpadear o abrir la boca para decir nada, intenta buscar en su cabeza y no encuentra ningún momento en el que ella tuviese una conversación con Marta en el pasado, y mucho menos para contarle lo que nunca le confesó a nadie.

—¿Has hablado con Bárbara? —pregunta notando un terrible enfado crecer dentro de ella.

—¿Con Bárbara? No —Marta mira extrañada hacia la puerta —, lo he sabido siempre, Irene, te lo notaba.

—¿Qué?

—Mi marido —explica Marta sonriéndole—. ¿Tú te acuerdas de Jose Pedraza?

Irene pone cara de circunstancias, incapaz de saber quién es por el nombre.

—No importa —se ríe Marta—, era de mi cuadrilla y por

aquel entonces yo estaba colada por él, el problema es que él estaba colado por ti.

—¿Por mí? —Irene se queda petrificada.

—Sí —Marta se ríe ante su cara de sorpresa—. El caso es que yo estaba celosa al principio y eso me hacía fijarme mucho en ti, hasta que me di cuenta de cómo mirabas a Bárbara.

A Irene se le contrae el estómago y baja la mirada antes de que se le escape un largo suspiro.

—Y yo pensando que nadie lo había notado.

—Bueno, de no existir ese pequeño detalle con Jose, no me habría fijado. El caso es que al final te fuiste y ahora estamos casados.

Las dos se ríen e Irene mira hacia la puerta.

—Si no la dejas entrar, al menos dile que estás bien, estaba histérica cuando he llegado —le aconseja Marta.

—Su presencia me provoca taquicardias —bromea Irene, admitiendo así ante la doctora sus sentimientos por Bárbara.

A Marta le da la risa y le toma el pulso poniéndole los dedos en el cuello.

—Bueno, ahora estás bastante relajada, creo que podrás soportarlo.

Irene pone los ojos en blanco y se vuelven a reír.

—Ahora en serio, si no quieres que entre le diré que estás bien y que se marche. Tú deberías descansar el resto de la tarde. Te voy a dejar mi número personal apuntado por aquí.

Marta coge un panfleto de publicidad del hostal y se lo escribe en un hueco en blanco.

—Si te encuentras mal o necesitas cualquier cosa, me llamas, y no te preocupes por la hora, en serio, vivo aquí al lado.

—Gracias, Marta, y siento que te hayan molestado.

Marta mira el reloj y se encoge de hombros.

—En realidad me has hecho un favor, Jose no sale de la fábrica hasta las diez, y las tardes que no tengo turno se me suelen hacer largas. En este pueblo no hay mucho que hacer salvo que tengas más de sesenta años y te apuntes a las actividades del ayuntamiento.

—Vaya —Irene tuerce el gesto—, y yo que quería buscar alguna actividad para socializar un poco.

Marta se levanta y coge su bolso.

—Tienes mi número, llámame cuando te encuentres bien y nos tomamos algo si quieres, aquí no hay gran cosa, pero en Tejón está el centro excursionista y podemos salir algún día.

—¿No tienes amigas? —Irene se da cuenta de inmediato de lo grosera que ha sido su pregunta, pero Marta se ríe divertida y eso

la tranquiliza.

—Sí, claro que tengo, pero ninguna que quiera hacer nada que vaya más allá de sentar el culo en una silla y tomarse un café mientras habla de lo aburrida que es su vida en lugar de hacer algo diferente.

—Está bien —a Irene cada vez le cae mejor la doctora—, te llamaré.

—Bien, ahora descansa —dice Marta de camino hacia la puerta.

—Espera, Marta, dile a Bárbara que pase.

—¿Segura?

—Sí, creo que es lo mínimo.

—¿Pero estáis? —Marta hace un gesto con el dedo señalando hacia la puerta y hacia Irene.

—¿Liadas? —a Irene los ojos se le abren como platos y se ríe —. No, Bárbara siempre me verá como una amiga.

—Pero sabe qué tú…

—Creo que me he desmayado cuando se lo he dicho —confiesa por fin Irene.

—Ya sabía yo que tenía que haber algún motivo más justificado —suspira Marta—. En fin, intenta estar tranquila, ¿vale?

—Sí, y gracias de nuevo.

Marta asiente, abre la puerta y sale de la habitación dejándola abierta. Bárbara entra inmediatamente después y la cierra, caminando hasta la cama de Irene para sentarse a su lado.

Se miran, Irene deshaciéndose de ganas de que le dé un abrazo, Bárbara desconcertada, sin saber por qué se siente tan perdida y por qué el susto todavía no se le ha ido del cuerpo a pesar de que Marta le ha dicho que está bien.

—Casi me da un infarto por tu culpa —espeta de repente—. ¿Es que además de vivir en este sitio de mierda tampoco comes?

Irene aguanta el tipo, no sabe si comprende el enfado de Bárbara. Por una parte, tal vez lo haga, pero por la otra, ni siquiera considera que tenga derecho a estarlo. Se calla, no quiere discutir con ella y su silencio altera más a Bárbara.

—¿Por qué no hablas conmigo, Irene? Éramos amigas, joder, y ahora estamos aquí las dos.

—Ya lo sabes, Bárbara —se enfada Irene—, no sé si quieres regodearte o solo joderme, pero tenerte cerca no es bueno para mí, así que, por favor, márchate.

Bárbara tiene la sensación de que tiene un cuchillo clavado en la nuca y no puede quitárselo, una punzada incómoda de la que no se puede deshacer, algo que le quema y que le escuece, una

herida que se abre y sangra, y desconoce el motivo.

—Vale, tienes razón, no debería haber venido, todo esto ha sido culpa mía.

—Yo no he dicho eso —rebate la doctora.

—No, lo digo yo. Cuídate, Irene.

La dueña de la churrería se levanta y se marcha. Irene se queda con tal vacío dentro del cuerpo que tiene la sensación de que va a desvanecerse de nuevo.

Capítulo 10

Bárbara sabe que no está haciendo lo correcto, que no está respetando la petición de Irene de mantenerse alejada de ella, pero cada vez que la recuerda viviendo en esa habitación, experimenta una corriente de algo parecido a la rabia que no puede entender. No soporta la idea de que viva allí, y menos desde que ayer por la tarde volvió a encontrarse con Silvia y esta le dijo que de momento la cosa seguía igual, que como Irene no se decida por una de las casas en venta, lo va a tener muy difícil.

Le ha pedido a su madre que vaya a recoger a Lito al colegio. Ha estado comprobando los horarios del consultorio y sabe que hoy Irene tiene consulta desde las ocho hasta las cuatro, así que se ha tomado la libertad de comprar unos bocadillos y ahora está allí, en la acera de enfrente bajo la sombra de un árbol, esperando a que salga.

Son casi las cuatro y media cuando la doctora abandona el centro médico, y también cuando ve como Bárbara cruza la calle corriendo en su dirección.

—Joder —bufa Irene con el corazón a mil por hora.

—Lo sé, sé que no me quieres ver —dice Bárbara en son de paz—, pero no estoy aquí por mí, Irene. Entiendo que mi presencia solo te hace daño y te trae recuerdos que te entristecen, bueno, y ahora, pues no sé cómo te sientes…

Irene no puede evitar enrojecer hasta la raíz del pelo, una cosa es haberle confesado que sigue enamorada de ella y otra que hablen sobre el tema. Además, Bárbara se ha puesto nerviosa al mencionarlo, como si se sintiera incómoda, e Irene no sabe cómo debe interpretarlo.

—Cómo me sienta o me deje de sentir, no importa, ¿qué quieres, Bárbara? —pregunta hastiada, cansada de verla en todas partes.

—Una tregua de media hora en el parque —Bárbara alza la bolsa con los bocadillos—, como en los viejos tiempos, y por favor, no me digas que no porque estoy a punto de desmayarme de hambre.

—¿No has comido? —se sorprende Irene comprobando la hora.

—No, quería comer contigo. Media hora, por favor —insiste Bárbara.

—Está bien —acepta Irene, a la que le ruge el estómago desde hace rato.

Las dos caminan en absoluto silencio hasta el parque. Irene necesita preguntarle lo que quiere y acabar cuanto antes con la incertidumbre, pero no quiere ser impertinente. Bárbara, en cambio, tiene la cabeza a punto de explotarle, camina un paso por detrás de la doctora y, por mucho que lo intenta, no para de mirarla. Observa cada detalle de su cuerpo mientras se pregunta el motivo por el que en su día no se fijó en ella. Irene, salvo en las arrugas de expresión, no ha cambiado en nada, sigue teniendo la misma constitución envidiablemente atlética que le permitía comer todo tipo de cerdadas sin que la grasa se quedase en su cuerpo, de hecho, está demasiado delgada para su gusto, pero nada que no arreglen unos cuantos potajes de su madre. Está convencida de que Irene no come en condiciones, al menos, no desde que ha vuelto al pueblo.

Llegan al banco de siempre, en el que se habían sentado mil veces por las tardes para contárselo todo. La costumbre parece que radica en ellas porque Irene se sienta a la izquierda, Bárbara a la derecha, y por un momento, sienten que el tiempo no ha pasado y las dos sonríen.

—Toma, de atún, espero que siga siendo tu favorito —dice Bárbara entregándole el bocadillo.

—Se me hace la boca agua —responde Irene salivando.

—¿Qué tal te encuentras? —se interesa Bárbara mientras comen.

—Estoy bien, solo fue un desmayo.

Irene lo suelta de un modo tan casual, que Bárbara casi se atraganta.

—¿Solo? Joder, Irene, te desplomaste como un fardo, ¿eres consciente del miedo que pasé? Encima con Jorge, que el pobre parece idiota.

A Irene le entra la risa tonta, lleva días tratando con Jorge y ya se ha dado cuenta de que es un poco corto de miras y que solo se le puede pedir lo justo. Se imagina a Bárbara, asustada y con él como único recurso, y todavía se ríe con más ganas.

—Lo siento, en serio —dice sin dejar de sonreír—, lamento que tuvieras que ver aquello y que fuese Jorge y no don Paco quien estaba en la recepción.

—Vaya, gracias por tu consuelo. ¿Qué te pasó? ¿Es cierto que fue por un ataque de ansiedad? No tendrás otra cosa más grave, ¿verdad? —se asusta Bárbara.

—Si tuviera algo te lo diría, tranquila.

—¿Me lo dirías igual que me dijiste que estás viviendo en el

hostal? —Bárbara ha sido incapaz de morderse la lengua.

Irene la mira de soslayo y da un mordisco al bocadillo, ninguna dice nada más hasta que terminan y Bárbara se pone en pie.

—De acuerdo, se me está acabando la tregua —dice mirando la hora—, así que iré directa al grano.

La doctora se limpia la boca con la servilleta, tira el envoltorio del bocadillo en la papelera que tienen al lado y bebe un poco de agua. Cada vez que Bárbara abre la boca, a ella le tiembla todo el cuerpo.

—Todavía me cuesta aceptar que estés aquí y no quieras verme, Irene —dice Bárbara, no tenía pensado mencionar nada al respecto, pero no puede evitarlo.

A Irene se le tensan todos los músculos del cuerpo, tiene la sensación de que, cuanto más tiempo pasa con Bárbara, más le gusta, y le parece imposible estar más enamorada de lo que ya está en ese momento. ¿Hasta dónde puede llegar esa agonía que siente?

—Pero después de lo que me dijiste en el hostal —Bárbara vuelve a sentir ese inquietante hormigueo por el cuerpo al recordar la confesión de Irene—, comprendo que para ti es muy complicado estar conmigo y no…

Bárbara se detiene en seco, de repente nota ardor en las orejas y se siente completamente imbécil por haberse metido ella sola en ese berenjenal. Le resulta inevitable fijarse en los labios de Irene, que la mira absorta, y por un momento tiene la tentación de acercarse y besarla para probar lo que se siente. Se le bloquea la mente y aparta la mirada consciente de que no puede jugar así con la doctora y sin entender por qué motivo ese tipo de pensamientos son cada vez más frecuentes en ella.

—Joder, parezco tonta, no me hagas caso —dice avergonzada, con el corazón latiendo tan fuerte que ni siquiera escucha el ruido de los coches que pasan por la calle.

—Te agradecería que fueses directa al grano, Bárbara —apunta Irene, que empieza a sentir ansiedad y no quiere volver a desmayarse.

—Sí, claro, perdona —Bárbara traga saliva y se recompone—. Lo que he venido a decirte es que el local que compré no solo es la parte baja donde tengo el negocio, el apartamento que hay justo encima también iba incluido en la compra, fue una condición del vendedor, que quería quitárselo todo de encima. Al mismo tiempo que hice la obra para arreglar el local, reformé también el apartamento para irme allí con Lito, estaría al lado de mis padres y de paso mantendría mi independencia.

—Pero vives con tus padres, ¿no? —pregunta Irene, que se está perdiendo.

—Sí, me instalé allí mientras se hacía la reforma. Ahí es donde quiero ir a parar. Ya has visto cómo es Lito de introvertido y lo mucho que le cuestan las relaciones, pero con mi padre es completamente distinto, se abre y se ríe, no sé cómo explicártelo. Es como si ese bloqueo que tiene desapareciese cuando está con su abuelo, creo que, de algún modo, compensa la carencia de su padre.

—Siento que esté así, en serio —dice Irene—, parece un niño encantador.

—Y lo es. En fin, de una manera muy lenta y desesperante para mí, él mejora estando con mi padre cerca, le da seguridad, así que no me voy a marchar de su casa hasta que esté bien del todo, y créeme, el proceso va a ser lento.

—Entiendo —Irene tiene cara de póker, así que Bárbara decide no dar más rodeos.

—Silvia me dijo que no quieres comprar nada, que buscas algo de alquiler.

La doctora asiente.

—Alquila mi apartamento, vete allí y sal de ese cuartucho de mierda. Es muy pequeño, pero para ti sola tienes de sobra y es una lástima que esté vacío.

Irene abre la boca para negarse, pero la cierra cuando comprende que la propuesta de Bárbara es probablemente su única opción.

—Sé que no me quieres ver y no tendrás que hacerlo. Tiene entrada independiente, tú entras y sales por tu puerta y lo peor que puede pasar es que nos crucemos en algún momento, pero eso te puede pasar en cualquier parte y lo sabes, este es un pueblo pequeño.

—No sé, Bárbara…

—No me jodas, Irene. ¿En serio quieres seguir durmiendo ahí? Dime una cosa, ¿estás cómoda? Porque no me lo creo. Eso es para pasar una o dos noches, pero más, joder; qué agobiante —le entran escalofríos solo de pensarlo—. Ven a verlo al menos, estamos cerca y será un momento, si no te gusta, se acabó la conversación y te juro que no te molesto más.

Irene la observa y se estremece cuando no logra aguantarle la mirada y sus ojos acaban posados en su busto. Bárbara lleva una camiseta de tirantes que evidencia la prominencia de sus curvas, y la está poniendo enferma.

—Está bien, vamos a verlo —acepta sintiendo que es la única escapatoria que tiene para no mirarla.

Bárbara sonríe y le hace un gesto con la cabeza para que la siga y, en cuestión de cinco minutos, están cruzando la puerta que hay al lado de la churrería. Suben las escaleras que llevan a la primera planta y Bárbara abre la única puerta del rellano.

—No hay ascensor, pero tampoco lo hay en el hostal —dispara Bárbara sin pensar.

Irene, que está detrás con la mirada clavada en su trasero, no esconde la sonrisa que le provoca la puya. No entiende por qué Bárbara está tan enfadada ni el motivo por el que le afecta tanto lo que hace o deja de hacer, pero le gusta.

—Bueno, tú misma —Bárbara ha subido las persianas y le hace un gesto con la mano para que entre y observe el apartamento a su antojo.

Como ya le ha dicho, es muy pequeño, dos habitaciones muy justas y un salón que solo tiene cabida para un sofá pequeño y la mesa. La cocina forma parte de la estancia y el baño está entre las dos habitaciones. A Irene le encanta que sea tan soleado, es justo lo que busca, algo pequeño y acogedor, lo necesario para ella. Y la decoración escogida por Bárbara le encanta.

—Es precioso —dice asintiendo.

—¿A qué sí? —Bárbara confirma orgullosa—, y una lástima que esté vacío. Será un favor mutuo, Irene, tú necesitas algo así y a mí me vendrá bien un ingreso extra para pagar el préstamo.

—De acuerdo.

—¿Sí? —se emociona Bárbara—. Pues ve al hostal a buscar tus cosas, ya arreglaremos el contrato a lo largo de la semana, pero no duermas allí ni una jodida noche más.

Capítulo 11

La mañana de Irene está siendo muy tranquila, tanto, que hasta se está aburriendo. Tan solo ha atendido un resfriado en las tres horas que lleva pasando consulta, por lo que lo más interesante que le ha pasado, ha sido recibir la llamada inesperada de la doctora Marta Sanchís para preguntarle cómo estaba. Irene se ha sentido muy descolocada en un principio, poco acostumbrada a que más allá de Paula y Aitor, alguien se preocupe por ella. Por algún motivo que todavía no se explica, ha decidido ser sincera y le ha explicado que se sigue sintiendo ansiosa, sobre todo en presencia de Bárbara. Eso la altera mucho, le desboca el corazón y le provoca un miedo aterrador a desplomarse, tanto, que en ocasiones cree tener los síntomas cuando a lo mejor no es así.

—Somatizas —ha concluido Marta—, como te pasó una vez con ella, piensas que te va a volver a pasar.

—El otro día quedamos en el parque y había momentos que me sentía mareada —ha confesado Irene.

—Deberías buscar ayuda profesional, Irene, asistir a terapia para que te den alguna pauta que te ayude a canalizar esa ansiedad.

—Lo sé —ha dicho recordando que se lo prometió también a Paula y Aitor—, pero no me apetece contarle mis mierdas a un desconocido, aunque sé que debería.

—Te entiendo, en ocasiones las cosas te cogen en momentos de tu vida en los que no reaccionas igual a todo. Unas veces te sientes más fuerte para enfrentarte a los problemas, y otras más débil. Lo sé porque me ha pasado. ¿Qué te parece si quedamos esta tarde? Yo ya sé tu historia, no puedo darte pautas, pero puedo escucharte, y tal vez si hablas sobre ello es más fácil para ti sobrellevarlo.

Irene se ha quedado pensativa, pero finalmente ha aceptado. Marta le cae bien, y como ha dicho, sabe su problema, le vendrá bien tenerla como apoyo porque desde que se trasladó al apartamento de Bárbara, se la encuentra mucho más de lo que creía. Por no hablar de que para ir hacia el consultorio, debe pasar por delante de la cristalera de la churrería, y por mucho que lo intenta, siempre acaba mirando hacia el interior, y no para hasta que la encuentra y el estallido de mariposas le sacude todo el cuerpo.

Ahora, aburrida como una ostra, ha estirado las piernas caminando por el pasillo y ha aprovechado para entrar al baño. No tiene pacientes ni los espera, hasta que oye pasos acelerados y el farfulleo angustiado de la voz de Bárbara, que podría reconocer aunque le hablase desde debajo del agua. Irene se asusta y sale al pasillo a enterarse de lo que pasa. Allí se encuentra con Bárbara, que arrastra a Lito a pasos rápidos con la mano del niño envuelta en una toalla. Ambos van manchados de sangre, y Bárbara parece estar a punto de desfallecer en cualquier momento.

La enfermera, que también hace de recepcionista, los acompaña hacia la consulta de la doctora, que abre la puerta y se prepara para recibir a Lito, el único que no parece asustado.

—¿Qué ha pasado?

Irene en cualquier otra situación, lo primero que haría sería hacerse con el control, coger a Lito y sentarlo en la camilla para quitarle la toalla y ver el origen de la sangre, pero recuerda de inmediato que Lito es muy reservado y receloso de su espacio personal, y que, si lo traspasa sin ganarse la confianza del niño antes, puede generar un conflicto mayor del que ya tienen.

—Se le ha caído un vaso y se ha cortado cogiendo los cristales —explica Bárbara de corrido, muy asustada—, mira que le tengo dicho que no toque los cristales, que cortan…

—Bueno, tranquilízate —le dice Irene—, porque necesito que él también esté tranquilo.

Bárbara parpadea varias veces, comprendiendo de inmediato que la doctora tiene razón. A pesar de la angustia y los nervios que tiene, intenta serenarse para centrarse en su hijo.

—¿Qué hacemos? —le pregunta a Irene, Lito está pegado a la pierna de su madre, inmóvil, con la mirada fija en la mesa, o tal vez en la ventana, imposible saberlo.

—Necesito ver la herida, eso lo primero. Siéntalo en la camilla.

Durante los siguientes dos minutos, Irene asiste con asombro a ese momento en el que Bárbara, hablando con una dulzura enternecedora, le va explicando a su hijo todo lo que debe hacer mientras que al mismo tiempo lo va convenciendo de que debe dejar que la doctora le cure la herida. Ella permanece quieta, ni muy cerca ni muy lejos, mostrándole al niño que no se va a marchar de allí, pero que tampoco hará nada que lo asuste. Lito alterna miradas rápidas entre ella y su madre, como si tratase de confirmar que no corre peligro.

—Tu madre se quedará aquí contigo, Lito —dice Irene una vez que el niño está sentado en la camilla, con la mano envuelta en la toalla sobre las piernas—. ¿Quieres que le ponga una silla

aquí a mi lado?

Irene tiene un taburete en el que se ha sentado frente a él, el niño asiente, así que se levanta y consigue otro para Bárbara que, aturdida y sobrecogida por la dulzura con la que Irene le habla a su hijo, se sienta y se queda muy quieta.

—¿Me dejas que te quite la toalla? Aunque me parece que prefieres quitártela tú —Irene le guiña un ojo—, yo creo que la única que está un poco asustada aquí es tu madre.

La doctora rueda los ojos hacia Bárbara en un gesto divertido. Lito casi esboza una sonrisa que deja alucinada a su madre y, muy lentamente, se quita la toalla de la mano y la deja suspendida en el aire. A pesar de lo rápido que su abuela Esperanza, que era la que estaba en la cocina en ese momento, ha cogido la toalla para detener la hemorragia, la mano de Lito está completamente ensangrentada.

—¿Me enseñas dónde te has cortado? —pregunta Irene, armada de paciencia.

Lito gira la mano y le muestra la yema del dedo pulgar atravesada por un corte que a la doctora le parece bastante profundo.

—Dios mío —dice Bárbara tambaleándose en su taburete, Irene reacciona cogiéndola del brazo.

—¿Qué te pasa?

Cuando Bárbara la mira lo comprende, está más blanca que la sábana que cubre la camilla.

—Madre mía, ¿te impresiona la sangre?

Bárbara no puede ni contestarle y a Lito se le escapa una risilla traviesa que sorprende a Irene.

—Lito, cúbrete un momento la herida con la toalla —le pide la doctora.

Irene coge el taburete de Bárbara y lo gira hasta que queda de espaldas a su hijo, sabe que no puede pedirle que salga de la consulta, pero tampoco se puede permitir que se desmaye.

—¿Quieres agua? —Irene le pasa una mano por la espalda, Bárbara siente tal estremecimiento que parte del mareo desaparece y sus ojos se abren como los de un búho.

—No, estoy mejor —dice mirando al suelo.

—¿Segura? Tengo que coserlo, Bárbara, necesito estar centrada en él y si te desplomas no puedo.

—Segura, de verdad.

—Bien, pues quédate aquí y no te gires hasta que yo te lo diga, ¿queda claro?

Bárbara asiente y la mira de reojo, fijándose en la línea de su cuello hasta llegar a la clavícula. No sabe por qué lo ha hecho,

pero una corriente le ha recorrido el vientre y se ha puesto muy nerviosa. Irene, ajena a todo eso, se ha centrado tanto en Lito que está logrando que la presencia de Bárbara no le afecte tanto como otras veces.

—Bueno, vamos a ver ese corte otra vez, Lito.

Bárbara, con el corazón desbocado de un modo inconcebible, se limita a escuchar como la doctora le explica a su hijo con mucho tacto, que tiene que coserle la herida y que para eso antes tiene que pincharle un poco de anestesia. Su madre siente escalofríos solo de pensarlo, pero Lito no se queja, incluso contesta algunas preguntas que Irene le va haciendo para distraerlo, lo que tiene cada vez más asombrada a Bárbara, que se está dando cuenta de la conexión que su hijo, de una manera muy lenta, parece estar estableciendo con Irene.

—¿Cuál es tu comida favorita? —escucha preguntar a la doctora de repente.

—La empanada de atún de mamá —contesta Lito.

—Seguro que está muy buena. ¿Te gusta la comida de tu madre?

—Sí, y la de la abuela.

—Pues tienes mucha suerte, Lito, a mí la empanada me sale de pena.

Lito suelta una risilla, Bárbara se recoge las lágrimas.

—Ya puedes girarte, Bárbara —dice Irene unos minutos después.

Cuando lo hace, ya no hay rastro de sangre por ningún sitio y Lito, sonriente y orgulloso, le muestra su dedo vendado como si fuese una herida de guerra.

—Le he puesto dos puntos, le quedará una cicatriz muy chula —dice mirando al niño con los ojos entornados.

Lito está tranquilo, incluso balancea los pies que le cuelgan en la camilla. Bárbara alucina.

—Intenta que no se le moje el vendaje y tráemelo dentro de una semana, si todo está bien, le quitaré los puntos. Cualquier otra cosa, te pasas por aquí o me llamas.

—Vale, gracias —dice Bárbara casi como un robot.

—¿Estás bien? ¿Sigues mareada? —se interesa Irene, a quien le extraña ese comportamiento tan pausado de Bárbara.

—Sí, tranquila, es que me he asustado.

—Pues relájate, porque ya ves que él de susto tiene bien poco.

Bárbara sonríe e Irene nota la explosión de mariposas que le corta el aire, por suerte para ella, madre e hijo se marchan rápido y la cosa no pasa de ahí.

Capítulo 12

Irene baja las escaleras que dan acceso a su apartamento y sale a la calle quedando cegada unos instantes por el sol, que brilla con fuerza en un cielo completamente despejado. Están a punto de ser las cinco de la tarde, hora en la que ha quedado con Marta en una cafetería cercana.

Como todas las veces, se dice a sí misma que esta vez no va a mirar hacia el interior de la churrería, que aguantará y pasará de largo sin hacerlo, pero, como siempre, la tentación y las ganas de ver a Bárbara un solo instante la dominan y sus ojos acaban clavados en el interior, con la sorpresa paralizante de que Bárbara no solo la ha visto, sino que le acaba de hacer un gesto con la mano pidiéndole que espere.

Irene tiene el corazón en la boca y esta vez no solo siente ese burbujeo en el centro del pecho, también nota una incontrolable excitación palpitarle en su zona más sensible, algo que únicamente suele pasarle cuando piensa en Bárbara en la intimidad, no así, no en plena calle.

—Mierda —maldice en voz muy baja justo cuando Bárbara abre la puerta y sale.

En honor a ese calor insoportable que hace, la dueña de la churrería lleva otra camiseta de tirantes de color granate que de nuevo expone la voluptuosidad de su pecho, torturando a Irene y haciendo que prefiera estar en el infierno.

—Hola —saluda Bárbara.

Irene ni siquiera le devuelve el saludo, tiene tantas ganas de besarla en ese momento, que si separa los labios será para atrapar los de la mujer que tiene delante.

—Solo quería agradecerte lo que has hecho esta mañana, esa manera de ganarte a Lito ha sido… —Bárbara siente un latigazo recorrerle la entrepierna cuando se percata del modo en el que Irene la está mirando.

La sensación la deja clavada en el sitio, tratando de entender qué cojones le pasa últimamente.

—Solo hacía mi trabajo —dice Irene tras un silencio incómodo que se estaba extendiendo demasiado.

—Tu trabajo era curarlo, pero has hecho algo más que eso, te has ganado su confianza, y te aseguro que eso es muy difícil.

Irene no sabe qué decir, solo quiere salir corriendo antes de

que la presencia de Bárbara la trastorne por completo y le genere otro ataque de ansiedad que acabe con ella tirada en la acera.

—¿Cómo está? ¿Se queja por el dolor? —se interesa la doctora.

—Apenas —responde su madre.

—Tiene una tolerancia muy alta. Me he dado cuenta al pincharle la anestesia, apenas se ha inmutado un poco, por eso no te he recetado nada, pero si ves que más tarde le duele, dímelo.

—Sí, oye —Bárbara no sabe si es correcto lo que le va a decir, pero le está quemando la lengua desde que la ha visto salir.

—Dime.

—¿Te apetece tomar una cerveza después? A las seis cierro y a partir de las seis y media estaré libre.

Irene nota un cosquilleo tonto invadirle todo el cuerpo, este es diferente a los demás, no sabe por qué, pero lo siente así, menos angustioso.

—Sé que me dijiste que no querías verme, pero Irene…

—No puedo, he quedado con Marta —la corta la doctora de forma abrupta.

Bárbara estaba a punto de confesarle que siente una pulsión extraña empujarla hacia ella, que no sabe qué le pasa, pero que comienza a ser una necesidad tenerla cerca. Pero al escuchar su respuesta tajante, se queda en silencio, sintiendo una congoja extraña y al mismo tiempo experimentando algo que sí que sabe definir con claridad; celos. Está celosa de que Irene haya quedado con Marta, y la transformación de su cara no hace más que confirmarlo.

—Claro, no hay problema. Ya nos veremos.

Bárbara se da la vuelta y entra en su local dejando a Irene tremendamente descolocada, sin tener muy claro lo que acaba de pasar.

Se va de allí pensando en ello, y llega a la cafetería donde se ha citado con Marta sin haber llegado a ninguna conclusión. La actitud de Bárbara la tiene tan desconcertada que no sabe qué pensar.

—Hola —sonríe cuando se encuentra con Marta en la puerta.

La doctora le da dos besos y las dos buscan una mesa con sombra en la terraza. Primero hablan de cosas banales, después, Irene también se interesa por su vida y le pregunta cómo le va con Jose, al que por mucho que se esfuerza, casi no encuentra en sus recuerdos. Ella le cuenta que están bien, en plena monotonía, pero que no puede quejarse. Se terminan los cafés y esta vez piden refrescos, Irene piensa en Bárbara y la cerveza que le ha propuesto tomar, y le explica a Marta con detalles lo sucedido en

la puerta de la churrería.

—Ha sido todo muy raro, su actitud, parecía tan nerviosa. Y después, de repente, se ha marchado como si estuviera enfadada. Creo que fui muy clara en su momento cuando le dije que no quería verla, no sé qué parte es la que no entiende —ahora la que está molesta es Irene, aunque ya no sabe si es porque Bárbara la ignora o porque, en realidad, se moría de ganas de decirle que sí a esa cerveza.

—Vamos a ver, porque a mí hay algo aquí que se me escapa, Irene —dice Marta comprobando si el refresco que le acaban de traer está lo suficientemente frío para su gusto.

—¿El qué? —pregunta Irene con intriga.

—Tú le has confesado a Bárbara que sigues enamorada de ella.

A Irene se le gira el estómago ante semejante verdad y asiente para confirmarlo.

—Y le has dicho que no quieres verla.

—Correcto.

—Porque tú sientes muchas cosas y su presencia te provoca esa ansiedad tan angustiosa, entiendo que por las ganas que tienes de estar con ella —continúa Marta.

—Sí, resumido es así —confirma Irene notando un zumbido en el centro del pecho.

—¿Y ella qué ha dicho al respecto?

—¿Cómo dices?

—Bárbara. Algo tuvo que decir. A mí si me dices que sigues enamorada de mí, te aseguro que no me quedaré callada, tendré preguntas, no sé, algo.

Irene cavila y se queda pasmada.

—Bueno, a ver. Es que no todo es así.

—¿Y cómo es?

—Primero le confesé que había estado enamorada de ella hace mil años, y que fue gran parte del motivo por el que me fui de aquí. Ella se casó, ya sabes, pensarlo era agónico.

—Sí, me lo puedo imaginar.

—Fue ahí, cuando le confesé eso fue cuando le dije que no quería verla más.

Marta arquea las cejas.

—¿Y el día del hostal? ¿Qué hacía allí entonces?

—Vino a preguntarme si seguía enamorada de ella. Le dije que sí y me desmayé, el resto ya lo sabes.

A Marta le explota una sonrisa que le sale por la nariz y deja a Irene bloqueada.

—¿Qué pasa?

—Es decir, que no habéis hablado sobre el tema después de que tú le dijeras que sigues enamorada de ella, ¿es eso?

—Sí, claro, ¿qué quieres que hablemos?

—Hombre, Irene, pues no sé, Bárbara tendrá algo que decir al respecto, esto le afecta de una forma muy directa. ¿Tú le has preguntado cómo se siente? ¿O incluso lo que siente?

—No, joder, claro que no. ¿Qué va a sentir?

—No lo sé, Irene, pero desde luego, me parece que es importante que os sentéis y las dos habléis del tema. Tú le dijiste que no querías verla y, sin embargo, ella, que es tu amiga y se supone que te quiere, no lo respeta. Algún motivo habrá. Con esto no te quiero dar falsas esperanzas, es muy posible que lo que tenga ahora sean un montón de dudas muy normales, preguntas que yo también me haría.

—¿Cómo cuáles?

—No lo sé, hablo de un modo retórico, querría saber más cosas de ti. Han pasado mil años, Irene, sois personas diferentes, todas lo somos. Yo tendría mucha intriga por saber cómo te ha ido, lo que has hecho, a quién has querido, lo que te gusta o lo que te mueve. Vamos, me pongo en su situación y pienso que es lo que me pasaría. Vosotras estuvisteis muy unidas en su momento, no creo que Bárbara se haya tomado esto como la declaración de cualquier pesado en una noche de copas, tú eras importante para ella y por lo que vi el otro día, lo sigues siendo. Insisto, mi opinión es que deberías quedar con ella y preguntarle cómo se siente después de lo que le has contado.

—Al final el desmayo me lo vas a provocar tú —dice suspirando.

—Venga, no me jodas —Marta se asusta y le coge la muñeca para tomarle el pulso—. No seas dramática, solo estás nerviosa —se ríe y vuelve a acomodarse.

—Sí —reconoce Irene, que solo de pensar en hablar sobre ese tema con Bárbara, se le ponen los pelos de punta.

—Solo es mi opinión, Irene, sé que es fácil decirlo, pero visto desde fuera, no sé, creo que lo necesitas. Has dado por hecho que no tienes ninguna oportunidad con ella cuando ni siquiera se lo has preguntado.

—Porque ella…

—¿Ella qué? Está soltera que yo sepa.

—Ya, pero no sé, estaba tan enamorada de Moisés que no consigo sacarme ese recuerdo de la cabeza ni me la puedo imaginar en una situación que no sea esa.

—¿Moisés? Joder, Irene, pero si se divorciaron hace un montón de años.

—Ya lo sé, pero yo tengo grabada a fuego esa forma que tenía de mirarlo y todavía me cuesta aceptar que después de él, haya estado con otras personas.

—Bueno, tú haz lo que consideres, lo que te haga sentir cómoda. Si crees que lo mejor es mantenerla lejos, vuelve a hablar con ella y déjaselo claro.

—Es que ahora tengo muchas dudas, antes, cuando me ha invitado a la cerveza, me he quedado con las ganas de decirle que sí.

—Todavía estás a tiempo —Marta mira su reloj—, la tarde es muy larga.

—No, por hoy ya he tenido suficiente dosis de Bárbara, además, creo que está molesta y no tengo ganas de discutir.

—Sois como dos crías ahora mismo —sonríe la doctora, Irene no puede rebatirlo.

Capítulo 13

Los días pasan e Irene tiene la cabeza como un bombo. Desde que quedó con Marta, no deja de darle vueltas a lo que le dijo. Ha estado tentada varias veces de no pasar de largo y entrar en la churrería cuando sale de su casa, de pedirle a Bárbara que se tome unos minutos para merendar con ella y, de algún modo que todavía no ha logrado elaborar en su cabeza, sacar el tema y preguntarle si tiene alguna posibilidad con ella. Solo de pensarlo le entra una corriente por el vientre que la deja fuera de juego unos instantes, después se recompone, suspira y descarta la idea porque le aterroriza enfrentarse a la respuesta de Bárbara. Una cosa es dar por sentado algo y otra escucharlo de su boca.

Pensando en todo eso vuelve a mirar por la ventana y por fin los ve aparcando. Este domingo ha sido el elegido por Aitor y Paula para hacerle una visita, como le prometieron, han podido escaparse y ahora están ahí, bajando del coche.

Irene coge las llaves y el teléfono y sale corriendo escaleras abajo para recibirlos. Es la primera vez que ignora la cristalera de la churrería y cruza la calle para abrazarse a Paula y después a Aitor.

—Qué bien que hayáis venido —dice realmente contenta.

Sus dos amigos la observan y sonríen al percibir en ella un poco menos de esa tristeza de la que suele acompañarla últimamente.

—¿Esa es la churrería? —pregunta Aitor acompañando sus palabras con un movimiento de cabeza.

Irene se gira y ve a Esperanza recogiendo el toldo, están a punto de cerrar y eso la pone nerviosa, porque si no se marchan a comer pronto, podría tropezarse con Bárbara cuando salga.

—Sí, esa mujer es la madre de Bárbara.

—La verdad es que tengo mucha curiosidad por verla —reconoce Paula.

—Pues yo espero que no nos la encontremos. Venga, os enseño el apartamento y nos vamos a comer, que todavía llegaremos tarde.

Irene los empuja hacia delante con prisas, cruzan la calle y abre la puerta del portal todo lo rápido que puede mientras sus dos amigos se ríen a sus espaldas.

—¿Sabes quiénes son? —pregunta Bárbara a su madre en

cuanto entra dentro de la churrería.

—¿Quiénes son? —repite su madre sin entender a qué se refiere.

—La pareja que estaba con Irene.

Esperanza arquea las cejas y apoya el palo de la escoba en una de las mesas.

—¿Y qué más da? ¿Es que no puede tener amigos?

—Claro que puede, solo era curiosidad, no los había visto nunca —responde incómoda.

—Vamos a ver, hija, yo sé que es duro saber que está aquí y que no quiera recuperar la amistad con lo unidas que estuvisteis en su día, pero tiene sus motivos y tú los tienes que respetar.

—Que ya lo sé, mamá. Si lo sé, no te pregunto —dice sin saber por qué está tan molesta.

Bárbara continúa colocando las sillas encima de las mesas mientras sigue dando vueltas a su encuentro de la otra tarde con Irene. Todavía no comprende por qué le molestó —y le sigue molestando— que quedase con Marta. Quizá fuese ese tono tan cortante que Irene utilizó para responderle o que simplemente le cuesta admitir que se puso celosa. Chasquea la lengua contrariada y agobiada porque cuantos más días pasan, más crecen en ella esas ganas de buscar de nuevo a la doctora y volver a invitarla, pero está ofendida y la realidad, es que Bárbara lo que desea es que sea Irene la que se acerque, la que se dé cuenta de una vez por todas de que mantenerla alejada de ella es una absurdez, se cruzan a diario, ¿por qué no pueden también hablar?

Unos murmullos y las risas amortiguadas provenientes del exterior la hacen girarse para encontrar de nuevo a Irene y a sus amigos saliendo del apartamento. Se queda con la mirada fija, observando cómo camina enganchada al brazo de ella mientras habla con él entre risas. Bárbara siente un latigazo en el vientre cuando clava la mirada en el trasero de Irene, confirmando así que le encantan sus formas. ¿Ha engordado un poco? Los sigue observando hasta que desaparecen de su campo de visión mientras se pregunta qué le da más envidia, si la cercanía con la que la doctora se abraza a la mujer, o esa confianza con la que mira al hombre.

Mientras ella piensa en Irene, su madre la observa desde detrás del mostrador. Empieza a hacerse una idea de lo que le pasa a su hija y le preocupa mucho que esta vez sea Bárbara la que sufra por esa incapacidad de comunicación que parece haber entre ella y la doctora.

Irene ha llevado a Paula y Aitor a comer a uno de los

restaurantes del pueblo. Le hubiera gustado invitarlos en su casa, cocinar algo para ellos y hablar tranquilos en la intimidad de sus cuatro paredes como han hecho tantas veces en las tiendas de campaña de algunos campamentos. Echa mucho de menos esos ratos de confidencias, pero comer en su casa ha quedado descartado por lo reducido del espacio.

—Yo estoy de acuerdo con esa tal Marta —concluye Aitor cuando Irene les explica la conversación con la doctora.

—Pues yo no estoy muy segura —añade su mujer—, te afecta demasiado todo lo relacionado con Bárbara, y si te da una negativa, te va a hundir.

—Joder, qué negativa eres —protesta Aitor mirando a Paula mientras Irene, con las cejas arqueadas, los escucha atenta porque siempre ha valorado la opinión de ambos—. También podría decir que sí, eso no lo sabes, o que necesita conocerla, yo qué sé.

—¿Y no crees que se lo habría dicho ya? —se enfada Paula—. Lo siento, Irene, yo solo quiero ser realista. Bárbara sabe lo que sientes y no se ha pronunciado, no sé, a mí que dejes pasar el tiempo y te aclimates a tu vida aquí, no me parece mala idea. Pienso que haces bien en evitarla.

Irene mira a Aitor buscando una réplica, pero esta vez, su amigo permanece en silencio.

—Es que desde la otra tarde tengo una sensación extraña —reconoce la doctora—, esa forma de mirarme de Bárbara, la transformación de su cara cuando le dije que había quedado con Marta. Yo qué sé, a lo mejor solo me empeño en ver lo que me gustaría, pero percibí un interés diferente.

—¿Diferente? ¿Te refieres a celos? —pregunta Paula.

—No lo sé, y eso me tiene con la cabeza ardiendo.

—Bueno, haber comenzado por ahí, en ese caso sí que quizá sería interesante tener una conversación con ella y aclarar las cosas.

Aitor alza las manos clamando al cielo y suelta un resoplido.

—Justo lo que yo he dicho.

—Tú lo has dicho sin un motivo aparente, por probar, y eso no va así.

Irene los mira divertida, cuando no coinciden en algo, no paran de lanzarse dardos.

—En fin, ya veré lo que hago. ¿Queréis dar un paseo para bajar la comida antes de marcharos? —propone la doctora.

Han alargado la sobremesa todo lo que han podido, pero los camareros ya están preparando el restaurante para cerrar y deben irse.

—Me vendrá bien, estoy a punto de explotar —se acaricia la

barriga Aitor.

—Pues a mí me apetece un granizado de limón —dice Paula.

—Hay un puesto de helados en el parque, si quieres podemos ir —contesta Irene.

Los tres caminan a paso lento mientras la doctora les explica algunos detalles de las calles por las que pasan, más relacionados con sus recuerdos que porque tengan algún tipo de interés turístico. Llegan al parque e Irene no puede evitar que se le vayan los ojos rastreando la zona para buscar a Lito entre los niños. Siente esa repentina ansiedad ante la idea de que Bárbara pueda estar allí, pero la descarta de inmediato cuando recuerda ese carácter cerrado del niño y comprende que en un sitio así, no debe sentirse nada cómodo.

Paula se pide su granizado y Aitor un helado de bolas. Irene espera detrás de ellos porque no le apetece nada. Una vez pagan, se dan la vuelta y dejan paso a un par de niños y, cuando se apartan, a Irene se le hiela la sangre cuando se encuentra de frente con Bárbara y Lito.

—Hola —saluda la dueña de la churrería, que tampoco se esperaba encontrarla ahí.

—Hola, Bárbara —dice Irene a punto de escupir el corazón por la boca, después baja la mirada y se centra en el niño—. ¿Qué tal estás, Lito?

Lito, pegado a la pierna de su madre, alza la mano y le muestra el vendaje impoluto que cubre su dedo.

—¿A qué no te duele? —entorna los ojos Irene provocando en él una mueca de sonrisa.

Lito sigue con la mano extendida, por lo que Irene entiende que espera que le dé su aprobación.

—¿Me dejas mirar? —pregunta extendiendo la mano hacia él, sabiendo que debe pedirle permiso antes de tocarlo.

Lito asiente ante la mirada enternecida de su madre e Irene le coge la mano con delicadeza y observa el vendaje por un lado y por el otro.

—Lo estás cuidando muy bien, Lito.

—Se pone un guante de látex para cualquier cosa que hace, es muy ordenado y metódico, y también muy obediente —explica su madre frustrada, ante la mirada desconcertada que el niño le dedica a Irene.

—Bueno, a lo mejor no es necesario proteger tanto el vendaje, con que te pongas el guante solo para ducharte es suficiente, Lito —le explica la doctora.

—Así está blanco —responde él.

Irene mira a Bárbara, que aprieta los labios como toda

respuesta.

—Tú no te preocupes por eso, si se ensucia mucho, te lo cambio por uno nuevo.

Lito asiente no muy convencido y de repente se genera un silencio incómodo que ninguna de las dos sabe cómo romper.

—Yo soy Paula, y él es mi marido, Aitor, somos amigos de Irene —dice Paula al ver que la doctora no los presenta.

—Encantada, yo soy Bárbara, una vieja amiga de Irene —se presenta tendiéndoles la mano.

La tensión entre ambas es casi insoportable. Irene la mira sin saber qué decirle, nerviosa, mientras que Bárbara desea hacer mil preguntas, conocer a los amigos de Irene y así tal vez conocerla un poco más a ella durante estos años.

—Bueno, nosotros nos marchamos ya —dice al fin Irene—, que seguro que Lito está deseando que le compres un helado.

Se despiden y cuando están a punto de marcharse, Lito dice algo que deja a Irene clavada en el sitio.

—¿Vendrás a mi cumpleaños?

Irene mira a Bárbara mientras busca una excusa en su cabeza, pero no tiene tiempo de decir nada, porque la madre de Lito la coge por un brazo y la arrastra un par de metros separándola del grupo, aunque a la vista de su hijo.

—Di que sí, por favor —le suplica en voz muy baja, mirándola con una intensidad que hace que a Irene le tiemble todo el cuerpo.

—Bárbara, no creo que sea buena idea.

Los ojos de la churrera comienzan a brillar hasta que se encharcan, conmoviendo a la doctora.

—Lito no tiene amigos, Irene, le cuesta socializar y confiar en la gente, si te ha invitado es porque te considera parte de su círculo. Por favor, ve solo media hora y después márchate con cualquier excusa, pero no le digas que no.

La mano de Bárbara sigue alrededor del brazo de Irene, cerrada como un cepo, aunque sin apretar, solo está ahí, quemándole la piel y electrocutando su cuerpo.

—Está bien, ¿cuándo es?

—El miércoles por la tarde, en la churrería, solo tienes que bajar y estar un rato.

Irene asiente.

—Gracias, de verdad, te juro que después de esto no vuelvo a molestarte.

—No me molestas, Bárbara —dice y se gira para dirigirse a Lito, sin ser consciente de lo mucho que ha significado esa afirmación para la churrera.

Capítulo 14

La poca calma que Irene había logrado recuperar, se ha desvanecido con la invitación de Lito a su cumpleaños. Lleva toda la mañana del lunes en la consulta sin parar de darle vueltas. Sabe que se sentirá incómoda porque la presencia constante de Bárbara le alterará cada molécula, por no hablar de que sus padres también estarán allí. En el pasado había entrado en su casa mil veces con Bárbara por las tardes, desde que ha vuelto, solo ha hablado un par de veces con Esperanza y saludado desde lejos a su marido, siempre con prisas.

Agradece que la mañana sea bastante movida y, aunque tiene ratos para pensar, son realmente pocos porque la lista de pacientes es larga. Cuando abandona la consulta va directa hacia su casa, se da una ducha, se calienta los macarrones que preparó la noche anterior y se tumba en el sofá para descansar un rato.

Sabe que no va a poder dormir ni un poco, con la sorpresa que le produjo la inesperada invitación del niño acompañada del ruego de su madre, Irene olvidó preguntarle qué podía comprarle a Lito y eso la tiene desesperada.

Si fuese un niño como otro cualquiera, iría a la tienda, diría su edad y compraría cualquier cosa que le recomendasen, pero Lito no es como los demás niños y a Irene le importa mucho acertar con el regalo, y la única manera es preguntárselo a su madre.

Después de dar varias vueltas y mantener una breve conversación con Paula por mensaje, se arma de valor y se levanta. La churrería ya está abierta en el turno de tarde y sabe por la hora que es, que Bárbara ya debe haber vuelto de recoger a Lito, que como siempre, estará merendando sentado en la parte interior de la barra. Baja las escaleras, sale a la calle y por primera vez desde que abandonó la churrería aquella mañana cuando descubrió la presencia de Bárbara, vuelve a entrar en ella. El aroma la embriaga por completo haciendo que le entren ganas de pedirse una taza de chocolate con unos cuantos churros, pero la embriaga mucho más ver a Bárbara de espaldas, retirando la taza de su hijo mientras este se ríe con muchas ganas de lo que sea que su madre le ha dicho. Irene no lo había visto reír así todavía, y le parece fascinante.

—Irene, qué sorpresa, hija. No te quedes ahí plantada, entra

—dice Esperanza cuando la descubre.

A ella se le acelera el corazón cuando Bárbara se gira y la mira. Lito le clava la mirada y alza una de sus manos para saludarla. Irene se siente desbordada por un instante, así que va por partes y lo primero que hace es devolverle el saludo y una sonrisa al niño. Después se acerca a la barra y saluda a su abuela mientras Bárbara, que se ha puesto muy nerviosa y desconoce el motivo, la mira de reojo al mismo tiempo que termina de llenar varias tazas de chocolate.

—Quería hablar con Bárbara un segundo, pero me parece que he venido en mal momento, estáis muy liadas —le dice a Esperanza.

—¿Liadas? Esto lo puedo controlar yo sola sin problema, parece más de lo que es.

—Pero…

—Pero nada. Bárbara, Irene quiere hablar contigo, ¿por qué no pasáis al almacén? Allí estaréis más tranquilas, yo vigilo a Lito —resuelve Esperanza tan convencida, que ninguna de las dos puede decir nada.

Bárbara se limpia las manos y le hace un gesto a Irene para que pase detrás del mostrador y la siga por la puerta que lleva a la cocina y después al almacén. La doctora camina tras ella como si acabaran de reprenderla y la llevasen a la zona de castigo, oliendo la estela del perfume afrutado de la churrera.

—Tampoco es para tanto, solo quería hacerte una pregunta —dice Irene cuando entran en el almacén y Bárbara se gira hacia ella—, tu madre lo ha dramatizado tanto que parece que vengo a comprar droga.

Bárbara la mira y de repente estalla en una carcajada que también contagia a Irene, lo que ayuda a que ambas se relajen un poco.

—Mi madre es muy dramática, deberías recordarlo.

—Ya, después de tantos años, parece que me he olvidado de muchas cosas —reconoce Irene.

—De mí no —suelta Bárbara sin pensar—, joder, no me hagas caso, no sé por qué mierda he dicho eso —se disculpa abochornada.

A Irene le están ardiendo hasta las orejas del sofocón que le ha entrado.

—Porque es verdad —declara sorprendiéndose de sus propias palabras—, me sigues gustando mucho, ya te lo dije.

Ahora es Bárbara la que comienza a experimentar un creciente hormigueo que asciende por su cuerpo y le provoca temblor en las extremidades.

—En realidad, lo que dijiste fue que sentías lo mismo o más que antes —le recuerda Bárbara, que memorizó cada palabra que salió de su boca.

Por primera vez, Irene no tiene esa sensación de ahogo, ni teme que su cuerpo pueda fallarle y acabe desvaneciéndose como la otra vez. Se siente más fuerte, tal vez porque cada vez nota a Bárbara más vulnerable y eso hace que ella vea un poco de luz, no lo sabe exactamente, pero ya no tiene tanto miedo.

—¿Eso dije? —pregunta y se acerca un poco a Bárbara.

La churrera siente que comienza a haber muy poco aire en el almacén, el tono sensual de Irene le acaba de provocar un corrientazo entre las piernas que ha tensado todo su cuerpo y provocado que no pueda pensar con claridad.

—Justo eso —afirma mirándola a los ojos sin pestañear—, y después te desmayaste.

—Ya. Y si no me hubiera desmayado, ¿qué hubieses respondido después de semejante afirmación?

Bárbara no se esperaba una pregunta tan directa y se muerde los labios, nerviosa.

—Te recuerdo que fuiste tú la que viniste a mi habitación a buscarme porque si no me falla la memoria, necesitabas saberlo —dice la doctora.

—Sí, eso es verdad —confirma Bárbara temblando.

¿Está excitada?

—Ahora ya lo sabes y yo quiero saber qué piensas. Porque algo tendrás que decir, ¿no? —pregunta Irene con un tono entre retador y seductor que deja a Bárbara paralizada.

—Sí, claro que tengo algo que decir —balbucea Bárbara y ahora es ella la que da un paso hacia Irene.

La doctora no se puede creer lo que está pasando, o lo que intuye que podría estar a punto de pasar. No tiene la sensación de estar alucinando, el modo de mirarla de Bárbara y su expresión corporal, dejan muy claro que al menos en ese momento, se la quiere comer entera.

—¿Y bien? —Irene no se achanta, ya se ha lanzado y no piensa detenerse.

—Tengo muchas dudas, Irene —confiesa en un susurro y da otro paso más, el último, porque sus cuerpos ya no pueden estar más juntos—, me siento muy rara últimamente y no paro de pensar en ti —confiesa susurrando.

—¿Y eso es bueno o malo?

Irene está a punto de desfallecer, jamás ha estado tan cerca de los labios de Bárbara. Si saca la lengua, podría rozarlos con la punta y la tentación es tan inmensa, que se tiene que morder los

suyos para contener el músculo dentro de su boca.

—No lo sé, pero me estoy volviendo loca. No quiero hacerte daño, Irene —añade dejando que una de sus manos resbale por la mejilla de la doctora hasta que cubre su oreja y se hunde entre su pelo—, pero si ahora no te beso, la que se va a desmayar soy yo.

El cuerpo entero de la doctora se sacude en un ligero espasmo cuando Bárbara acerca los labios y la besa muy despacio. Irene se queda tiesa, sin atreverse a mover un solo dedo porque sabe que si pone una mano sobre ese cuerpo que tanto desea, no podrá detenerse. El beso se intensifica y Bárbara la invita a abrir la boca y dejar salir esa lengua enjaulada y ansiosa, que choca con la suya provocándole un ardor a ambas que se transforma en un suave gemido que escapa de sus bocas cuando se separan.

Irene exhala todo el aire vaciando sus pulmones de manera entrecortada y mira al suelo intentando que sus pulsaciones se normalicen y la ferviente excitación que la recorre desaparezca.

Bárbara no puede pensar, el beso ha sido tan agradable que solo quiere repetirlo, pero no está segura de si es por puro deseo o porque realmente Irene comienza a gustarle mucho, nota que la cabeza puede explotarle en cualquier momento.

—Es mejor que me vaya —dice Irene tratando de recuperar la compostura.

Bárbara alza la mirada y vuelve a clavarla en ella. Se fija en los labios de la doctora, todavía húmedos, enrojecidos e hinchados, tan apetecibles que a la que le entra ansiedad es a ella.

—No sé qué me estás haciendo, Irene —dice sacudiendo la cabeza mientras se da cuenta de que respira muy rápido. Excitada.

—Yo no te he hecho nada —se defiende la doctora a pesar de que no entiende muy bien a qué se refiere, aunque lo intuye.

Bárbara la mira y sonríe, incrédula por lo que acaba de pasar.

—Perdona, es que estoy muy nerviosa —dice la churrera.

—Lo sé, me voy ya, antes de que entre tu madre y se pregunte por qué tienes esa cara de tonta.

—Yo no tengo cara de tonta —Bárbara se toca las mejillas y las dos se ríen, más tranquilas.

—Es mejor que me vaya, Bárbara, de verdad —insiste Irene poniéndose seria.

No tiene claro qué ha pasado, ni lo que siente Bárbara, pero sí que sabe que la churrera está ahora mismo muy perdida, sobrepasada por lo que acaba de suceder. Entiende que necesita tiempo para procesarlo, comprender lo que le pasa y poner en orden sus pensamientos. Irene no quiere repetir lo que ha pasado si para Bárbara solo es una tentación, objeto de deseo o de

curiosidad después de conocer sus sentimientos.

—Espera, has venido para preguntarme algo —la detiene Bárbara.

—Joder, sí —dice Irene suspirando—. Lito, ¿qué le compro? Y no me digas que cualquier cosa.

Bárbara sonríe y su cara se transforma en una expresión tan dulce, que Irene tiene que contenerse mucho para no volver a besarla.

—Vale, si quieres acertar, cómprale una maqueta, le encanta montarlas —dice apretando los labios en una mueca de asentimiento.

—De acuerdo, ¿algo en especial?

—No, cualquier cosa le sirve siempre que pueda ver que la estructura crece.

—Vale —Irene sonríe dispuesta a marcharse.

—Irene… —cuando la doctora la mira, Bárbara duda, no quiere dejar las cosas así, pero tampoco sabe cómo gestionarlas ahora mismo.

—Nos vemos el miércoles, Bárbara.

La doctora le sonríe y se marcha. Bárbara la observa hasta que sale del almacén, después se agarra con las manos a una de las estanterías y deja salir todo el aire de los pulmones en una profunda exhalación. ¿Cómo puede ser que la doctora acabe de marcharse y ella ya la esté echando de menos? ¿Es eso posible?

Capítulo 15

—Vale, para ya —dice Esperanza cuando a Bárbara se le caen las dos tazas que llevaba en la mano.

Ya han cerrado la churrería para la clientela y ahora lo están preparando todo para celebrar el cumpleaños de Lito.

—¿Qué te pasa? —pregunta su madre barriendo los trozos de porcelana mientras Bárbara mira el suelo como si la cosa no fuera con ella.

Está muy nerviosa, solo que esta vez no es únicamente porque es el cumpleaños de su hijo y quiere que todo salga bien, también es porque viene Irene, y desde que se besaron en el almacén, no se la quita de la cabeza ni un solo segundo. Es como si se le hubiese clavado tan adentro que ya no hay forma humana de arrancarla de sus entrañas, y Bárbara no logra comprender cómo ha podido pasar algo así.

—Besé a Irene —suelta de sopetón.

Esperanza se queda quieta, con la escoba en la mano y la mirada sobre su hija, tanteando su expresión.

—¿Y eso es bueno o malo? —la tantea su madre.

—¿Qué?

—No lo sé, Bárbara, te lo estoy preguntando, ¿cómo te hace sentir eso?

—No quiero hacerle daño a Irene, eso es lo que más me preocupa.

—Eso está muy bien, pero no es lo que te he preguntado.

—Es que no lo sé, mamá, no dejo de pensar en ella, ni en el beso, pero me parece demasiado abrumador.

Esperanza deja la escoba y se sienta, esperando que su hija haga lo mismo.

—¿Abrumador?

—¿Puede ser que me guste así, de repente? —Bárbara se aprieta el puente de la nariz—. Antes de que volviera jamás había pensado en ella de ese modo, pero desde que me lo contó, es como si algo se hubiese activado en mi cerebro, algo que me empuja hacia ella sin que pueda detenerlo.

—Pues curiosidad no es, porque tú ya has estado con mujeres antes —opina su madre.

Bárbara la mira a los ojos.

—Ya lo sé, pero me da tanto miedo hacerle daño y que vuelva

a salir huyendo.

—Así que es eso —dice Esperanza con una sonrisa de satisfacción.

—¿El qué? —Bárbara no entiende nada.

—Miedo, Bárbara. Te aterra perderla otra vez, y eso solo significa que te importa mucho más de lo que piensas. Puede que el sentimiento te parezca repentino, pero a Irene la has querido siempre, es solo que ahora empiezas a quererla de otro modo, nada más, y eso te asusta porque si se marcha, te dolerá mucho más que antes.

—Genial —dice Bárbara y deja caer las palmas de las manos sobre las rodillas cuando lo comprende—, me estoy enamorando de ella.

—Eso parece, y deja que te diga algo —dice su madre levantándose después de mirar la hora—. Cuando Irene se marchó de aquí, apenas era una niña con demasiados problemas encima y un montón de sentimientos que no sabía gestionar.

—Sí, eso lo sé.

—Bien, porque ahora es una mujer, Bárbara, y por mucha ansiedad que le entre, tiene experiencia y trabajando donde ha estado estos años, estoy convencida de que se habrá enfrentado a problemas mucho más duros que un corazón roto. Estáis asustadas, las dos, pero deberías dejaros de tonterías, estáis aquí y os gustáis, no entiendo que le deis tantas vueltas a algo tan sencillo.

Esperanza se pone a inflar un globo mientras su hija la mira sintiéndose peor que si tuviera doce años. Su madre tiene razón, debería pensar menos y actuar más.

—¿Sabes que a Lito le cae bien? —dice de repente.

Su madre se gira con el ceño fruncido.

—Eso no debería condicionar tus decisiones, Bárbara, a Lito algún día se le pasará, superará lo de su padre y cambiará. No debes ceder en todo y hacer solo lo que a él le gusta.

—Lo sé —sonríe Bárbara sin poder aguantarse—, pero es un punto más para Irene.

Esperanza suelta un resoplido y le da un globo para que lo infle, cuando se pone así de tonta, prefiere no escucharla.

Irene tiene la ventana de su casa abierta y está apoyada en la pequeña baranda que a su vez hace de retén para que no se caiga la única maceta que ha puesto en la repisa. Mira hacia abajo constantemente, sabe que el cumpleaños ya ha comenzado, pero está dejando pasar un poco el tiempo porque no quiere pasar allí demasiado rato. Si antes la presencia de Bárbara la ponía

nerviosa, después de ese beso la va a poner enferma. Irene se muere de ganas de repetirlo, y sabe que, en cuanto la vea, sentirá ese deseo compulsivo de acercarse y le resultará muy difícil apartar la mirada de ella.

Cuando la fiesta ya lleva media hora comenzada, se decide a bajar y por fin cruza la puerta. Se sorprende al ver a cinco niños en una de las primeras mesas, merendando mientras juegan y hablan sin parar. Lito no está entre ellos, él está en la mesa situada más al fondo, sentado solo con una niña. En la barra está su abuelo, que la saluda con la mano, en otra mesa hay algunos padres y madres y detrás de la barra están Bárbara y su madre.

Irene, con el corazón desbocado después de que la churrera le dedique una sonrisa que la derrite por completo, dedica un saludo general, se acerca a felicitar a Lito y por último se dirige hasta la barra.

—¿Dónde dejo esto? —pregunta mostrando la bolsa con el regalo de Lito dentro.

—Ven, lo dejaremos en la cocina —dice Bárbara invitándola de nuevo a que la siga.

Irene no entiende por qué no coge ella misma la bolsa y se la lleva, pero lo hace en cuanto cierran la puerta de la cocina y se quedan a solas.

—Tengo muchas ganas de besarte otra vez —suelta Bárbara girándose hacia ella.

La doctora nota un temblor extraño en su labio inferior, quizá por el deseo casi enfermizo que tiene de tomar contacto con los de Bárbara.

—Tienes ganas —dice mientras se humedece los labios, notando un ardor insoportable entre las piernas.

—Muchas, algo desquiciante —confiesa Bárbara acercándose a ella.

—Pues deja de hablar tanto y hazlo, joder —se desespera Irene.

Su exigencia desata un latigazo de excitación en Bárbara que la sorprende, aunque no por eso se detiene y, después de colocar una mano en la nuca de Irene, la atrae hacia ella con tanto ímpetu, que los labios de ambas se estrellan en un beso mucho más ardiente y necesitado que el que se dieron el otro día. Las manos de la doctora aterrizan en la cintura de Bárbara, se aferra a ella y retuerce la tela de su camiseta entre los dedos mientras la churrera, excitada y descontrolada, deja que una de sus manos resbale por el costado de la doctora hasta llegar a su trasero y agarrarlo como lleva tantos días deseando hacerlo.

Irene bota por la impresión y exhala un suave gemido en la

boca de Bárbara que la deja al borde del colapso.

—No sé por qué no hemos hecho esto antes —dice la churrera parpadeando varias veces en un intento de centrarse.

—No sabía que tú…

Irene no termina la frase, realmente no sabe nada, no tiene ni idea de lo que Bárbara siente, ni de si todo va a quedarse en cuatro besos a escondidas o acabará pasando algo más entre ellas, tampoco se atreve a preguntarlo.

—No creo que este sea el mejor momento para hablar de esto, ahí fuera se estarán preguntando dónde nos hemos metido. Mi madre sabe que tonteamos.

—¿Qué? —pregunta Irene pasmada.

—Quizá se me ha escapado lo del beso del otro día —confiesa divertida.

—Joder, Bárbara —alucina Irene—, a ver cómo la miro yo ahora.

—Pues igual que antes. Anda, déjate de tonterías —Bárbara le da una palmada en el culo y un beso en el cuello que la dejan sin habla—, y salgamos de una vez.

Bárbara abre la puerta sin que Irene tenga tiempo de reaccionar, así que no le queda más remedio que seguirla, aunque lo hace sofocada y, cuando Esperanza las mira, siente que las mejillas le arden de vergüenza.

—Ahora pensará que nos hemos enrollado ahí dentro —sisea junto a Bárbara.

—Bueno —se ríe su amiga—, piensa mal y acertarás, ¿no?

—Madre mía —Irene no se puede creer la desfachatez con la que actúa Bárbara, pero le gusta, y la pone muy cachonda.

—Anda, siéntate un poco antes de que te desmayes —bromea Bárbara cediéndole un taburete en la barra—. ¿Qué te apetece?

—En realidad no he merendado, llevo queriendo probar estos churros desde que llegué al pueblo —confiesa Irene.

—¿Y por qué mierda no lo has hecho? —se enfada Bárbara.

—Ya lo sabes. Ahora haz tu trabajo y sírveme —ordena sorprendiendo a la churrera, que se muerde el labio para no saltar por encima de la barra.

—Muy bien, marchando unos churros con chocolate. Eso sí, tienen un precio.

—Ah, ¿sí? Pensaba que estaba invitada al cumpleaños y como consecuencia de ello a comer de todo.

—Y así es, pero la hora de los churros ha acabado hace rato, como puedes ver —dice y señala las bandejas con sándwiches, los platos de patatas fritas o los ganchitos con sabor a queso—. Estos los voy a hacer en exclusiva para ti —dice vertiendo la masa en la

sartén—, y como digo, eso tiene un precio.

—Mamá, quiero más zumo —dice Lito de repente.

Esperanza deja la botella sobre la barra mientras termina de preparar unos platos con chucherías.

—Emilio, llévaselo tú —el padre de Bárbara hace una mueca de fastidio.

—Ya se lo llevo yo —se ofrece Irene, que se acerca con la botella y rellena el vaso de Lito y el de la niña.

—¿Quién es? —le pregunta a Bárbara cuando vuelve a la barra.

—Se llama María, iban juntos al mismo curso el año pasado hasta que ella repitió, aunque siguen siendo amigos, de hecho, es su única amiga.

—¿Y aquellos? —Irene señala a los niños de la mesa de la entrada.

—Hemos invitado a toda su clase porque es lo que se estila por aquí, tampoco son muchos críos, estos son los únicos a los que sus padres han traído, pero ya ves, no se hacen ni caso.

—Tiene que ser frustrante —reconoce Irene.

—Lo es, pero no voy a echarlos, con un poco de suerte, algún día alguno de ellos sí que será amigo de mi hijo. En fin, aquí tienes, espero que te relamas.

Bárbara deja un plato con un enorme churro enroscado y una taza de chocolate caliente. Irene lo mira salivando y después clava la mirada en Bárbara.

—Y esta delicia, según tú, ¿cuánto me va a costar?

—La pregunta no es cuánto, sino qué.

—Muy bien —Irene le sigue el juego—. ¿Qué me va a costar?

—Una cena, o comida, lo que tú prefieras, pero en tu casa.

A Irene el estómago se le gira solo de pensar en estar a solas en su apartamento.

—De acuerdo, ¿cuándo estás disponible?

Bárbara se inclina sobre la barra, invadiendo su espacio lo justo para ponerla nerviosa.

—Esta noche no porque quiero pasar todo el día con Lito, pero mañana… —Bárbara encoge los hombros.

—Muy bien, mañana —confirma Irene—, pero no pienso cocinar.

—Contaba con ello, una pizza me sirve, pero no perdono el postre —dice y sale de detrás de la barra para atender a los niños.

Irene tiene que apoyar un pie en el suelo para estabilizarse.

Capítulo 16

Cuando Irene mira la pantalla para ver quién es su siguiente paciente, el corazón se le acelera al ver el nombre de Miguel Zamora, o Lito, como lo conoce ella. Con los nervios que ayer le provocó Bárbara en el cumpleaños, olvidó completamente que hoy tienen cita para revisar la herida y quitarle los puntos si todo está como debe.

Se ahueca la bata sintiendo un calor repentino sacudirle todo el cuerpo y se levanta para abrir la puerta y darles paso. Los localiza sentados en una de las hileras de sillas, Lito no repara en ella porque anda entretenido con el móvil de su madre, pero Bárbara le clava una mirada penetrante y le sonríe antes de avisar a su hijo, provocando en la doctora un ligero temblor en las extremidades.

—¿Qué tal estás, Lito? —pregunta Irene en cuanto entran.

Él alza la mano como toda respuesta, mostrándole orgulloso ese vendaje impoluto que ha mantenido durante todos estos días.

—Nunca he visto nada igual —dice divertida, mirando de reojo a Bárbara, que suspira y aprieta los labios en una mueca de resignación.

—Ni creo que lo veas.

—Bueno, tampoco es tan grave, mejor eso que ser un desastre. Coge ese taburete de ahí, puedes sentarte de espaldas si te mareas —suelta Irene con la intención de molestarla, y lo consigue.

—Me marea la sangre —aclara masticando cada sílaba—, además, tú no eres la más indicada para hablar.

—En eso tienes razón.

Mientras hablan, Irene va retirando el vendaje hasta destapar la herida por completo.

—Pues esto está perfecto, ¿qué te parece si te quito los puntos? Después podrás vacilar de cicatriz con todo el mundo, seguro que tu abuelo no tiene ninguna como esta.

Lito sonríe de ese modo tan suyo, más para él que para los demás, pero sonríe, al fin y al cabo.

—Listo —dice la doctora cuando retira el último punto—, ¿a que no te ha dolido nada?

Lito niega con un movimiento contundente de cabeza.

—Mamá hubiera llorado —dice de repente.

—Anda —se indigna Bárbara haciendo un gesto con la mano.

—Sí, estoy segura —sonríe Irene.

—Cariño, quédate aquí sentado mientras la doctora rellena los papeles —le pide Bárbara a su hijo.

Irene la mira con una sonrisa traviesa y se dirige hacia su mesa seguida por Bárbara, que se sienta frente a ella como si de verdad la doctora tuviera que entregarle algún papel.

—Recuerda que tenemos una cita esta noche —susurra la churrera inclinándose hacia delante.

—Lo recuerdo, y una conversación pendiente, una en la que me aclares un poco qué es esto, así que ve pensando una respuesta —dice Irene muy seria.

—Joder, me encanta cuando te pones mandona —confiesa Bárbara suspirando—, pero vale, intentaré poner en orden lo que hay aquí —se señala la cabeza—, porque te juro que es un caos, y la culpa la tienes tú.

—¿Yo? —se sorprende Irene.

—Por supuesto —asegura convencida Bárbara—. Yo estaba muy tranquila hasta que te vi en la churrería aquella mañana. En fin, me voy, que Lito tiene que volver al colegio.

Bárbara se levanta e Irene la imita, se quedan frente a frente, separadas por la mesa de la doctora.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer ahora? —dice Bárbara tras suspirar profundamente, tratando de controlar esa ansia que le entra cuando está cerca de la doctora.

—¿Qué? —pregunta Irene, nerviosa porque en el fondo ya lo intuye.

—Despedirme con un beso —dice en voz muy baja.

A Irene la corriente la sacude de arriba abajo.

—Bueno, tal vez podríamos solucionar ese pequeño problema.

—¿De verdad? —pregunta Bárbara en tono socarrón—. ¿Y me vas a decir cómo?

—Tal vez yo podría ir al baño ahora mismo, y tú hacer un poco de tiempo consultando algo en el móvil antes de decidir que también necesitas entrar. Será rápido, Lito se quedará solo unos segundos.

Irene no se puede creer que esté proponiendo algo así en su trabajo, pero ya lo ha dicho, y por la sonrisa que se ha expandido en el rostro de Bárbara, parece que la idea le ha gustado.

—Pues venga, que tengo prisa —dice divertida señalando la puerta.

La doctora pone los ojos en blanco y, con el corazón a punto de explotarle dentro del pecho, se despide de Lito y va directa hacia los baños.

Bárbara hace justo lo que han dicho, coge a Lito de la mano y sale de la consulta, pero antes de salir del edificio, se detiene para consultar algo en el móvil, ni siquiera lo desbloquea, se limita a mirar la pantalla en negro mientras nota un hormigueo expandirse por su vientre ante la idea de volver a besar a Irene.

—Vamos un momento al baño, cariño, que mamá necesita hacer un pis antes de salir.

Lito se limita a seguirla, y se queda en la puerta a esperarla con tranquilidad porque sabe que su madre no puede salir por ningún otro sitio sin que él la vea.

Bárbara entra en el baño con prisa y muy nerviosa, no le gusta dejar a su hijo solo y, al mismo tiempo, no se ve capaz de marcharse de allí sin besar a Irene. La encuentra al fondo del servicio, pegada a la pared, aunque rápidamente se impulsa hacia delante y va en busca de Bárbara en cuanto la puerta se cierra. Bárbara la agarra de las solapas de la bata, Irene de la cintura, y las dos se atraen como si necesitasen el contacto del otro cuerpo para funcionar. El beso es un estallido entre dos bocas que se abren de inmediato para que las lenguas choquen y se saboreen hasta saciarse, provocando una corriente que baja por sus pechos hasta morir entre sus piernas.

—Tengo que salir —jadea Bárbara, tan alterada que se pregunta si alguna vez se ha llegado a sentir así solo con un beso.

—Vale —acepta Irene y carraspea para aclararse la voz.

—Nos vemos esta noche —dice Bárbara y esta vez le da un beso suave y corto en los labios.

Irene asiente y sonríe un poco mareada, demasiadas emociones para gestionar.

Capítulo 17

—Hola —saluda Bárbara con una sonrisa nerviosa en cuanto Irene abre la puerta—. Traigo la cena.

La churrera alza una bolsa y el olor a hamburguesa con queso invade la estancia. Irene sonríe y sacude la cabeza al mismo tiempo que se aparta para dejarla pasar.

—¿No te apetece? —pregunta Bárbara torciendo el gesto.

—¿Esa bomba de calorías? Por supuesto —bromea la doctora.

—Claro, porque una pizza es mucho mejor —ironiza la churrera.

Bárbara deja la bolsa sobre la mesa y se gira, las dos quedan frente a frente y el ambiente comienza a cargarse de una electricidad que puede provocar un chispazo en cualquier momento.

—Frías no valen nada —dice Bárbara señalando la bolsa con la cabeza.

Irene asiente y termina de preparar la mesa. Se sientan y reparten la comida, y durante los siguientes minutos, la doctora responde a varias preguntas sobre su vida a lo largo de estos años.

—¿Nunca echaste de menos el pueblo? Quiero decir, tu vida aquí a pesar de lo que había pasado.

—No, la verdad es que solo cuando me marché conseguí volver a respirar, y la vida en las misiones humanitarias es tan absorbente, que me dejaba poco tiempo para pensar, sobre todo al principio, que estaba muy perdida.

—¿Y la pareja con la que te vi el otro día? ¿Paula y Aitor? Joder, Irene, pensarás que soy una pesada y una entrometida, pero es que no sé nada de ti. Ni una sola noticia en más de una década, y tengo una curiosidad que me muero por conocer esa otra parte de tu vida.

Irene sonríe como toda respuesta, no solo no la considera pesada ni chismosa, es que le gusta que muestre interés por querer conocerla.

—En las pocas veces que nos hemos visto, tú sabes muchas cosas sobre mí —continúa Bárbara pensando que debe justificar su interrogatorio—, al menos, las más importantes, pero yo no sé nada de ti.

—A ellos los conocí en los campamentos, primero a ella y un tiempo después, a él. Congeniamos muy bien desde el principio, y

eso cuando estás tan lejos de casa, o como en mi caso que, además, no tienes a nadie, se agradece mucho.

—Tú no tenías a nadie porque no querías.

El tono de Bárbara suena a reproche y no se molesta en ocultarlo, en el fondo, sigue muy dolida por ese abandono repentino de Irene, aunque entienda sus motivos.

—Yo no te quería tener de ese modo, es más, no podía. ¿Tú entiendes eso? —rebate la doctora notando esa ansiedad que le provocan los recuerdos de la época.

Bárbara guarda silencio mientras piensa, sabe que en el fondo tiene razón, pero le sigue costando superar esa falta de confianza.

—Sí, lo entiendo —dice finalmente—, perdona. Dices que congeniaste bien con ellos —trata de seguir la conversación para no perder el buen ambiente que reinaba hasta hace un momento.

Irene tarda un poco en responder, lo hace cuando logra centrarse.

—Así es, tanto, que para mí son como mi familia. Puedo hablar de cualquier cosa con los dos, conocen mi historia desde el principio, lo de mis padres y lo tuyo, y siempre me han apoyado en todo. Son como mi pilar, sin ellos, ya me habría derrumbado.

Bárbara deja lo que le queda de hamburguesa, ya no puede comer más.

—Ahora también me tienes a mí, Irene —dice temerosa de su reacción.

Irene hace rato que ha dejado de comer y solo mordisquea patatas para calmar los nervios.

—Yo no estoy tan segura —dice la doctora.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué es esto, Bárbara? ¿Qué es lo que pasa entre nosotras? Necesito que me lo aclares de una vez porque no sé si soy un capricho, un pasatiempo, una novedad fresca que ha llegado al pueblo para darte un poco de alegría o algo que haces porque de verdad sientes, no sé, lo que sea…

—Joder, ¿en serio? —se ofende Bárbara, y se echa hacia delante para apoyar los brazos en la mesa—. ¿De verdad crees que soy así? Sé que hace demasiado tiempo que no nos vemos, pero sigo siendo la misma Bárbara de antes, con unas cuantas experiencias más a mis espaldas, eso sí —puntualiza frunciendo el ceño—, pero yo jamás jugaría contigo. ¿Quieres saber qué es esto?

Bárbara señala a Irene y después a sí misma, nerviosa. La doctora se limita a asentir con vehemencia.

—Sinceramente, no tengo ni idea, Irene, porque te juro que me ha cogido por sorpresa. Yo jamás había sentido nada por ti en

el plano romántico y, sin embargo, ahora, no puedo dejar de pensar en ti ni un solo segundo.

—¿Y eso qué significa?

—Y yo qué coño sé, Irene, tampoco creo que necesitemos definir nada, ¿no? —pregunta Bárbara cada vez más nerviosa.

—En eso te equivocas, yo sí que necesito definir, porque para mí esto no es un tonteo ni algo que se me puede pasar en unos días, Bárbara, yo estoy enamorada de ti desde hace demasiado tiempo, y si no es para algo real, prefiero que acabe antes de que empiece.

—Vale —dice Bárbara frotándose las sienes con fuerza—, vamos a calmarnos. Yo no voy a decirte que estoy enamorada, Irene, porque te mentiría, pero sí sé, y de eso estoy segura, que me gustas mucho. Me estás volviendo loca cada día que pasa. Me levanto buscando excusas para ir a verte y me acuesto preguntándome qué estarás haciendo o si estarás pensando en mí. Eso no lo piensa alguien que no se toma esto en serio, ¿no?

—Supongo que no —admite Irene algo más conforme.

—Además, está ese deseo casi enfermizo, esas ganas que te tengo y que no entiendo, Irene. Ahora cada vez que te veo me entran ganas de saltarte encima como una pantera, joder.

Bárbara se echa hacia atrás con gesto frustrado e Irene comienza a reírse, aunque lo hace con un gesto pícaro que pone de manifiesto todo lo que acaba de decir la churrera.

—¿Lo ves? Me miras así y todo me hace palmas.

A Irene la recorre una punzada de excitación que le impide seguir siendo racional, lo que la lleva a actuar de un modo completamente inesperado incluso para ella. La doctora se levanta de manera brusca, rodea la mesa para llegar al lado de Bárbara y se inclina sobre ella para comérsela con un beso húmedo y sediento que la churrera recibe con ansias.

Sin romper el beso, Bárbara se levanta y paso a paso va llevando a la doctora hasta el sofá, donde se dejan caer despacio y acompañan ese beso con caricias intensas que se escurren por debajo de su ropa.

—Vale, tengo que corregir mis palabras —dice Bárbara jadeante, tumbada bajo Irene mientras le baja el pantalón lo suficiente como para poder tocarla por encima de la ropa interior.

Irene cree sentirse al borde del desmayo cuando nota la mano ardiente de Bárbara entre sus piernas, por un momento, pone los ojos en blanco y a duras penas puede articular la siguiente frase. Demasiado tiempo esperando eso, y es mucho mejor de lo que había imaginado.

—¿Qué tienes que corregir? —pregunta de corrido.

—No es que me gustes mucho, es que me vuelves completamente loca.

Bárbara se incorpora un poco, aparta la ropa interior de Irene hacia un lado y lentamente la penetra mientras la mira a los ojos.

—Eres lo más exquisito que he tocado nunca, y necesito chuparte para confirmarlo.

El temblor que sacude el cuerpo de la doctora al escucharla es digno de quedar registrado, al igual que los gemidos descontrolados y suaves que escapan de su boca cuando Bárbara se asegura de hacerla arder en el infierno.

Capítulo 18

Bárbara mira el reloj y suspira tranquila al comprobar que todavía dispone de cuarenta minutos antes de tener que marcharse a su casa para levantar a Lito. Ayer lo dejó al cargo de su madre para acostarlo, después de explicarle al niño con paciencia que ella había quedado con la doctora para ir a cenar.

Para asegurarse de que su hijo no se asustaba pensando que no volvería, le contó que conocía a Irene desde hacía muchos años, que habían sido muy amigas y que ahora que había vuelto, necesitaban ponerse al día. Necesitó la ayuda de Esperanza, pero sobre todo la de su padre, Emilio, para que el niño se quedara tranquilo y no pensase que su madre no iba a volver.

—¿Cuánto rato llevas ahí?

Irene ha abierto los ojos y descubierto a Bárbara sentada a su lado, acariciándole el pelo con suavidad hasta que la ha despertado.

—Poco.

Irene bosteza.

—¿Poco? Estás vestida.

—En nada tengo que irme, no quiero que Lito se despierte y no me vea, pero, hasta entonces, he preferido quedarme aquí, mirándote.

La doctora nota un hormigueo en las mejillas seguido de un repentino calor que la sofoca. Todavía está desnuda y tan solo con sentir la mirada de Bárbara clavada en ella, se está excitando.

—Vale, será mejor que me vista —dice riendo, apartando las sábanas y saliendo por el otro lado.

Bárbara se levanta y la persigue hasta que atrapa su cuerpo rodeándolo con los brazos.

—¿Te vas a encerrar en el baño sin darme un beso? —le susurra al oído antes de darle un suave mordisco en el cuello.

Irene nota un corrientazo sacudirle todo el cuerpo.

—No hagas eso —dice girándose entre sus brazos para atrapar sus labios con un beso cariñoso.

—¿Hacer qué? —pregunta Bárbara apretándola más contra su cuerpo.

—Esto, calentarme para después marcharte y dejarme al borde del infarto.

Bárbara cierra los ojos, los aprieta con fuerza y lanza un

fuerte suspiro que calienta el hombro de la doctora.

—Si tuviera un poco más de tiempo te aseguro que me quedaría encantada, pero si me entretengo… No me lo puedo permitir, no todavía —dice resignada y afloja el agarre sobre el cuerpo de la doctora.

—Lo sé —Irene suspira tratando de bajar las pulsaciones—, ve tranquila.

—Oye, Irene…

Bárbara da un paso atrás, quiere decir algo, pero sus ojos no dejan de bailar por el cuerpo desnudo de la doctora.

—Si vas a decir algo profundo deja que me ponga una camiseta al menos.

Mientras los labios de la churrera se curvan hacia arriba en una mueca satisfecha y divertida, Irene abre un cajón, saca una camiseta amplia de las que utiliza para dormir y se la pone, cubriendo las partes más comprometedoras de su cuerpo para dejar de provocar a la mujer por la que suspira.

—Te prefiero desnuda, pero sí, mejor que te tapes —admite Bárbara.

—Ya, a ver, ¿qué ibas a decir? —la doctora se esfuerza por contener la risa.

Le parece increíble sentirse tan cómoda con Bárbara en una situación como esa. Desde que se dio cuenta de que la posibilidad de que se acabasen acostando era cada vez más real, a Irene le daba pánico el momento de después. Había imaginado varias posibilidades y para protegerse, se había puesto siempre en el peor de los casos, que Bárbara se arrepintiese y no fuese capaz de mirarla, o quedarse dormida y que al despertar no estuviera a su lado, que al terminar le pusiera alguna excusa tan absurda que llegase a ofenderla y se marchase, pero en ningún caso se imaginó lo que está pasando. La churrera no solo se ha quedado a pasar la noche con ella, sino que entre ambas existe una complicidad sorprendente. Irene se siente muy cómoda junto a ella, incluso hace unos segundos cuando estaba desnuda, y nota eso mismo en Bárbara. No solo no parece no querer irse por voluntad propia, es que desde que ha abierto los ojos hace un rato, nota que la mira de otra forma. Hacer el amor las ha conectado de un modo más profundo, e Irene lo nota y, aunque no sabe lo que Bárbara quiere decirle, por primera vez en su presencia, ya no tiene miedo ni esa sensación de ansiedad que la lleva persiguiendo desde que se la encontró en la churrería.

—Que me reitero en lo que te dije anoche —Bárbara se acerca y le coloca las manos en la cintura, mimosa—, me gustas muchísimo, y lo que pasó ahí —dice haciendo un gesto hacia la

cama—, todavía me tiene muy tierna y agilipollada, Irene. No sé qué es lo que ha cambiado en mi cabeza ni en qué momento, no sé qué es lo que ha provocado este giro para que nunca se me haya ocurrido pensar en ti como nada más que una amiga y ahora solo vea a una mujer exquisita que me vuelve loca, pero quiero estar contigo, me aceleras el corazón —añade colocándole una mano sobre su pecho—, y esto te aseguro que hacía mucho tiempo que no pasaba.

Irene extiende la palma de la mano sobre el pecho de Bárbara y guarda silencio unos segundos, notando sus latidos desbocados mientras el calor de su cuerpo le transmite una paz inimaginable para ella hace apenas unos días.

—Yo sí sé lo que ha cambiado en tu cabeza —dice la doctora sin moverse ni un centímetro, ni siquiera mira a Bárbara, pero la churrera sí que enfoca sus ojos sobre ella con mucha curiosidad.

—¿Y qué es, según tú? —pregunta alzándole el mentón.

—Que yo te confesase lo que sentía. Tú me habías considerado siempre amiga porque ni siquiera sabías que me gustaban las mujeres, y mucho menos tú, y conocer ese dato fue como abrirte una puerta que hasta entonces había estado cerrada.

Bárbara abre mucho los ojos, para finalmente, asentir con suavidad.

—Bueno, es solo una teoría —añade Irene.

—Y me gusta —dice Bárbara—, tiene bastante sentido, porque fue saber lo que sentías por mí y esa noche ya no pude dormir, tenía un burbujeo en la boca del estómago muy extraño —admite la churrera soltando una risa nasal y algo incrédula—. En fin, ahora sí que tengo que irme, ¿te veo esta tarde?

Irene abre la boca y su gesto de duda tensa a Bárbara.

—Bueno, si tienes planes no pasa nada.

—No, no es eso, es que ayer me llamó Silvia, le ha entrado una casa en alquiler que cree que puede gustarme y he quedado esta tarde con ella para verla.

—Ah, vale, pues entonces…

—No seas tonta —Irene la corta—, podrías venir conmigo a verla, una segunda opinión no me vendrá mal.

—¿Segura que quieres que vaya?

—Claro, incluso puedes traer a Lito y si quieres después vamos a cenar a algún sitio que le guste.

A Bárbara se le ilumina tanto la cara que, por un momento, Irene piensa que va a echarse a llorar.

—Está bien, preciosa —dice cogiéndole la cara con las manos antes de estamparle un beso—, envíame un mensaje después con la hora y nos vemos aquí abajo.

—Vale —Irene se ríe viéndola correr con prisa hacia la puerta.

Bárbara baja las escaleras corriendo, todavía tiene diez minutos antes de que suene el despertador que tiene en la habitación donde duermen ella y su hijo, tiene tiempo de sobra, pero se está estresando.

—Buenos días, Bárbara —saluda el cartero cuando abre la puerta de la calle.

—Hola, Jaime —responde deteniéndose en seco para no arroyarlo.

—No cierres, anda, que así no le tengo que tirar la carta por debajo de la puerta.

Bárbara se gira y mira el rellano donde vive Irene, dándose cuenta de que no tiene buzón.

—Ostras —dice sorprendida.

—Sí, a ver si me la encuentro un día y le digo que ponga un buzón, es más seguro.

—Dame, yo se la doy.

La churrera le arranca la carta de las manos tan deprisa que el cartero solo tiene tiempo de abrir la boca para protestar.

—Tranquilo, está en casa y yo vengo de ahí, somos amigas. Subo a dársela en mano y le digo lo del buzón.

—Es importante que lo ponga, sí —añade Jaime, pero Bárbara ya no lo escucha porque corre escaleras arriba.

Llama al timbre sintiéndose tonta por no haber caído en poner algo tan básico cuando hizo la reforma y, mientras espera a que Irene le abra, observa la carta y ve que es de Médicos sin Fronteras. La puerta se abre e Irene la mira sorprendida.

—Toma —le entrega la carta al mismo tiempo que vuelve a darle un beso rápido en los labios—, me he encontrado al cartero abajo —dice mientras comienza a bajar las escaleras ante la sonrisa de Irene—. No hay buzón, ¿te habías dado cuenta? Haré que pongan uno.

La última frase de Bárbara rebota en las paredes de la escalera antes de que Irene la escuche salir por el portal. Su sonrisa se ensancha todavía más, después se mete en su apartamento, cierra la puerta y abre la carta. Inmediatamente después de leerla; llama a Paula.

Capítulo 19

—¿Ha pasado algo? —pregunta Paula, preocupada al contestar—, es muy temprano, Irene.

Irene mira el reloj y suspira, apenas son las ocho de la mañana, pero se ha puesto tan nerviosa que ni siquiera ha pensado en ello antes de llamar.

—Lo siento, no he mirado la hora. Te llamo más tarde si estás liada.

—No, tranquila. Aitor acaba de llevar al niño a la guardería, aquí también se madruga, ¿sabes? Venga, cuéntame, ¿qué sucede? ¿Es Bárbara?

La doctora arquea las cejas, impactada porque todavía no les ha contado nada sobre ese extraño romance que tienen.

—No, bueno, también, las cosas han cambiado mucho entre nosotras, pero no te llamo por eso.

Irene habla demasiado rápido, está nerviosa y Paula la conoce demasiado bien.

—Está bien, vayamos por partes, déjame que me siento a tomarme el café.

Se quedan en silencio mientras Paula lo coloca todo en la mesa. Irene por su parte, aprovecha para respirar profundamente y tratar de calmar el temblor que tiene en las manos.

—Ya está —anuncia Paula—, soy toda tuya, empieza por dónde quieras.

—Deduzco que no has recibido la carta todavía.

—¿La carta? ¿Qué carta?

—La que tengo en la mano desde hace un rato y me está poniendo histérica.

—¿Qué carta, Irene? —ahora la que se está poniendo nerviosa es Paula.

—De la organización, nos ofrecen un puesto para dirigir un hospital de campaña en África.

Silencio.

—¿Paula?

—¿Dirigirlo? ¿Tú y yo? —pregunta impactada.

A Irene se le escapa una risilla nerviosa.

—Sí, tú y yo.

—Joder, Irene, es lo que siempre habíamos querido. Nosotras dos al frente, organizándolo todo, siendo las que deciden. No

sería para tirar cohetes, pero tendríamos más material, más medios…

—Ya.

El tono de ninguna suena emocionado.

—Pero para mí llega tarde. Si no tuviéramos al niño ni me lo pensaría, pero ahora mi vida es otra y tengo una nueva prioridad —explica Paula.

—Lo sé.

—¿Tú qué vas a hacer? —Paula suspira.

—No tengo ni idea, hace una semana hubiera contestado que sí con los ojos cerrados, pero ahora…, joder, ahora no sé qué coño hacer.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Bárbara.

—Ummm —el tono de Paula no es de celebración—, no sé si me gusta, Bárbara lleva pasando por tu vida demasiado tiempo, Irene.

—Lo sé, pero ahora está pasando del modo que yo siempre he querido.

—¿Qué quieres decir?

Paula está tan intrigada que se ha quedado inmóvil.

—Se acaba de marchar de mi casa, esta noche la ha pasado aquí.

A Irene le entra un temblor cosquilleante por el cuerpo cuando revive en su cabeza lo sucedido durante la noche y las comisuras de los labios se le curvan hacia arriba.

—¿Lo dices en serio? —pregunta Paula sorprendida.

—Muy en serio.

—¿Estáis liadas? Quiero decir, ¿es algo serio o solo un rollo? Porque Irene, ya sé que estás loca por ella, pero lo último que necesitas es que juegue contigo.

—Lo sé. No sé exactamente lo que es, Paula, pero no tengo la sensación de que Bárbara esté jugando, de hacerlo, nuestra conexión solo sería palpable bajo las sábanas, pero esta mañana hemos pasado unos minutos aquí que me han parecido casi tan increíbles como todo lo que hicimos anoche.

—¿Y ella qué dice?

—Todavía está digiriendo lo que pasa, pero no deja de asegurarme que le gusto mucho, y yo la creo, Paula, esa manera de mirarme, el tonteo y sobre todo esa conexión que se hace más intensa cada día, no puede ser solo de amigas.

—Joder, pues al final la espera sí que ha merecido la pena. Me alegro mucho, en serio, ya verás cuando se lo cuente a Aitor.

—Gracias.

—Entonces, ¿tú tampoco vas a aceptar el puesto?

El suspiro ansioso de la doctora es tan profundo, que Paula tiene que retirarse el teléfono de la oreja porque el ruido que emite el altavoz es una interferencia ensordecedora.

—¿Quieres un consejo? —pregunta Paula.

—Claro.

—Valora, Irene. Tienes sobre la mesa algo por lo que hemos peleado mucho, sobre todo tú. Deberías hablar con Bárbara y estar segura de lo que quiere, si rechazas el puesto, sabes que no te lo volverán a ofrecer, y no me gustaría que te quedases por ella y después se echase atrás, eso te hundiría.

—Lo sé. De todos modos, tenemos una semana para responder y no me quiero precipitar, yo también necesito reflexionar.

—Está bien, para cualquier cosa llámame, ¿de acuerdo?

—Claro.

Las dos amigas cuelgan, e Irene se mete en la ducha con la cabeza a punto de explotarle.

Capítulo 20

Irene lee el mensaje que le acaba de enviar Bárbara, le dice que ya están abajo y ella corre a la ventana como si necesitara verificarlo. Se pega al cristal y los ve ahí, a ella y a Lito cogidos de la mano mientras esperan en la acera. La doctora sonríe dejando salir el aire por la nariz y justo cuando va a girarse, Bárbara levanta la cabeza, mira hacia arriba y la descubre. El corazón se le detiene y nota un hormigueo recorrerle todo el vientre cuando le dedica una sonrisa y le hace un aspaviento con la mano para que se dé prisa.

—¿Nos espiabas? —pregunta Bárbara burlona, en cuanto la doctora llega junto a ellos.

Irene se muerde el labio y saluda a Lito sin invadir su espacio, el niño le sonríe y ellas se miran con cara de tontas. La doctora se queda quieta sin saber cómo actuar, Bárbara la mira con el pulso acelerado y se da cuenta de que se muere de ganas de darle un beso en los labios, pero no puede, no solo porque Lito está presente y antes de algo así tiene que hablar con él y explicarle que Irene y ella son algo más que amigas, es que entre ellas no han aclarado donde están los límites de lo que tienen.

—Esto lo vamos a tener que hablar —dice Bárbara frustrada, decidiendo finalmente acercarse a Irene para darle dos besos en las mejillas que prolonga un segundo más de lo necesario, suficiente para dejar claro que no son besos de amiga.

—Estoy de acuerdo —secunda Irene suspirando de gusto al sentir el roce de su piel en la cara—. ¿Vamos? —pregunta mirando a Lito.

El niño asiente sintiéndose importante y emprenden la marcha.

—¿Dónde has quedado con Silvia? —pregunta Bárbara.

—En su inmobiliaria, dice que la casa está muy cerca.

No tardan en llegar más de cinco minutos, en un paseo ameno donde Bárbara ha llevado la voz cantante explicándole tanto a la doctora como a su hijo, algunas anécdotas divertidas transcurridas durante el día en la churrería. Irene y Lito se ríen a carcajada limpia tanto de la torpeza de Bárbara como de las cosas que les cuenta.

—Estoy montando la maqueta —suelta Lito mirando a Irene en cuanto llegan a la puerta de la inmobiliaria.

Su madre se calla de repente y la doctora dirige toda su atención hacia el niño.

—¿En serio? ¿Y te gusta?

—Mucho, ya casi he terminado la base, un día puedes venir y te la enseño. Si quieres —añade tímido.

—Sí, Lito, claro que quiero verla, me encantaría.

Bárbara está paralizada, sin terminar de creerse que su hijo comience a abrirse así.

—Un día me pongo de acuerdo con tu madre y me paso a veros, ¿de acuerdo? —dice Irene mirando de reojo a la churrera, que sigue con su cara de pasmo—, así me puedes enseñar cómo lo haces, porque a mí me parece súper difícil.

—Es muy fácil —Lito suelta una risotada de incredulidad y Bárbara vuelve a la realidad.

—Para ti y esa destreza tuya, cariño —le dice a su hijo—, nosotras somos más torpes.

Lito vuelve a reírse, pero guarda silencio cuando Silvia sale a saludarlos. A la casa llegan en apenas cinco minutos y desde fuera, la primera impresión es muy buena.

—Como ves, es preciosa —dice Silvia—, y me parece que para ti es perfecta, ni muy grande ni muy pequeña. En cuanto entré pensé en ti, eres la primera a la que se la enseño, pero después tengo varias visitas programadas, así que te agradecería que me des una respuesta mañana como muy tarde.

—Sí, claro, tranquila.

En cuanto acceden al interior, Silvia les enseña cada estancia y le explica a Irene que la casa está completamente reformada. Los dueños dejan los muebles y los electrodomésticos, así que si la acepta, podría trasladarse al día siguiente.

—Si os parece, os dejo unos minutos a solas por si queréis comentar algo, yo aprovecho para hacer algunas llamadas fuera, cuando estéis, salís.

—Está bien, gracias —dice Irene.

—¿Se ha pensado que somos pareja? —le susurra Bárbara para asegurarse de que Lito no la escucha.

—Pues no lo sé, ¿tú crees? —se ríe Irene.

—Bueno, nos ha dejado a solas para que lo hablemos, como si yo también tuviera que opinar —dice rodando los ojos divertida.

—Yo quiero que opines —Irene le da un codazo suave, Lito se sienta en el sofá frente a un tablero de ajedrez donde comienza una partida en solitario.

—¿Opinar? A mí esta casa me encanta, está todo nuevo, es soleada, todo en planta baja, un poco de jardín, no sé, si fuera para mí, desde luego no me lo pensaba. ¿No te gusta?

—Sí, claro que me gusta.

—¿Pero?

—Nada, solo estoy pensando, tampoco tengo que decidirlo ahora, ¿no?

—No, claro que no.

Bárbara se queda un poco desconcertada porque no termina de comprender a Irene. Su apartamento es algo muy pequeño y también temporal, y esa casa no solo es perfecta, si no que, va a ser difícil que encuentre otra oportunidad tan buena. Aun así, prefiere no insistir por temor a que piense que quiere que se vaya de su apartamento o cualquier historia peor.

—¿Sabes lo que estoy pensando yo? —pregunta juguetona, metiendo a Irene en una habitación para salir del campo visual de Lito.

—No, pero creo que me lo vas a decir —Irene la besa en los labios.

—Por supuesto, me apetece mucho repetir lo de anoche, ¿qué te parece si me escapo después de cenar y acostar a Lito?

—¿Igual que una adolescente salida? —Irene siente la misma dosis de diversión que de excitación ante la idea.

—Sí, solo que en lugar de lanzarte piedras a la ventana para que me abras, llamaré al timbre, que una no tiene edad para andar haciendo el mono.

Irene suelta una risilla nerviosa y asiente, las manos de Bárbara acaban de posarse en su trasero y se está alterando mucho.

—Vale, pero guárdate las manos en los bolsillos, ya las utilizarás esta noche.

—Esta noche utilizaré las manos y la boca —confirma con una sonrisa malvada.

A la doctora la recorre un corrientazo justo cuando escuchan la voz de Silvia desde la puerta. Las dos salen de la habitación, sofocadas.

—Bueno, ¿qué te parece? —pregunta risueña la dueña de la inmobiliaria.

—Está muy bien, ¿te puedo decir algo mañana por la mañana?

—Claro, pero no te demores mucho. Deberíamos salir ya si no os importa, espero otra visita en diez minutos.

—Vamos, Lito —dice Bárbara, después mira a Irene, todavía sin comprender por qué se lo tiene que pensar tanto.

Capítulo 21

La historia se repite, cuando Irene abre los ojos, Bárbara está ahí, vestida y sentada a su lado en la cama, mirándola con una sonrisa resplandeciente. La doctora se frota los ojos y hace una mueca de dolor al incorporarse sobre el colchón.

—Me parece que no tengo el cuerpo acostumbrado a tanta actividad —dice estirando los músculos con las mejillas encendidas de vergüenza.

—Ya, yo tampoco, tengo agujetas en las ingles y en el brazo.

Las dos se echan a reír y se abrazan al mismo tiempo que Irene mira el reloj.

—Es muy pronto —dice con una mueca de fastidio.

—No podía dormir más, y no quiero marcharme con el tiempo tan justo como ayer, que un poco más, y Lito me pilla entrando por la puerta.

Irene la mira con cara de susto.

—¿Estaba despierto?

—Se estaba sentando en la cama cuando entré en la habitación, tuve que inventarme una excusa para justificar que yo ya estuviese levantada.

—Lo siento.

—No pasa nada, tarde o temprano se enterará, y entonces me encantaría poder despertarme un día aquí y no tener que salir corriendo. Aquí o en otro sitio, pero contigo.

La sonrisa que se estaba dibujando en el rostro de Irene se congela cuando piensa en la oferta de trabajo que todavía no ha contestado.

—¿Qué te pasa? ¿No te lo has pensado todavía? —pregunta Bárbara sorprendida.

—Bueno, no he tenido mucho tiempo tampoco.

—Pues tendrás que decidirte, porque Silvia te llamará esta mañana y si no le das una respuesta, llamará al siguiente de la lista.

—Lo sé.

Las dos se miran envueltas en un silencio que desconcierta a Bárbara, que sigue sin comprender por qué le resulta tan difícil decidirse, pero de nuevo, no se pronuncia al respecto.

—Bueno, cuando te llame sabrás qué hacer, no te agobies.

Irene sonríe y suspira, después agarra la cara de Bárbara y la

besa con tanta hambre, que terminan haciendo el amor de nuevo.

—Al final, me harás llegar tarde otra vez —dice la churrera mientras se viste por segunda vez esa mañana.

—No seas exagerada, todavía tienes media hora. Tómate un café, anda, te vendrá bien. Hay una cafetera hecha sobre la encimera.

—¿No te importa? Es lo que me falta para empezar la mañana con fuerza, un buen polvo y un café, no creo que se pueda pedir más —dice ante la risa espontánea de Irene.

—¿Cómo me va a importar? —pregunta poniendo los ojos en blanco.

—¿Te pongo uno a ti también?

—Sí, por favor.

Bárbara entra en el baño para asearse y después lo hace Irene, todavía desnuda.

—Más vale que no salgas al salón así o te juro que te siento en la mesa y te como para desayunar.

La churrera sale del baño dejando a Irene con las piernas temblorosas y el corazón desbocado.

Bárbara sirve los dos cafés, con poca leche para ella y con mucha para la doctora. Cuando los tiene, mete ambos en el microondas para calentarlos hasta que ardan y, mientras espera, se fija en lo que tiene a su alrededor. Como si tuviera una luz parpadeante para llamar su atención, sus ojos se clavan en unos papeles sobre la mesa, en concreto, la carta que ella misma le entregó a Irene el día anterior. El sobre está a un lado, rasgado y vacío, y el contenido al otro. Mira el microondas y después hacia la puerta del baño, no quiere invadir la intimidad de la doctora, pero siente tanta curiosidad, que se acerca y mira desde arriba para leer en diagonal. Algo llama su atención entre las primeras líneas del texto y, de repente, ya no le importa esa invasión. Bárbara ni siquiera escucha la campana del microondas cuando suena, de un manotazo, ha cogido la carta y la lee con atención mientras nota como se le forma una especie de pellizco de ansiedad en el centro del pecho.

—¿Has preparado el café? —pregunta Irene de manera distraída.

Bárbara se gira hacia ella con la carta en la mano y los ojos inyectados en rabia.

—¿Es por esto? —pregunta sacudiendo el papel en el aire mientras Irene nota que se le paraliza todo el cuerpo—. Por esto no le respondiste ayer a Silvia, ¿verdad? Si ya me extrañaba a mí —dice con los ojos encharcados.

—Bárbara, no es lo que piensas —rebate Irene, aunque apenas

le sale la voz porque se acaba de poner muy nerviosa.

—¿No es lo que pienso? —sus cejas se arquean y suelta una risita irónica antes de dejar caer la carta sobre la mesa—. Me extrañaba mucho, ¿sabes? La casa es perfecta y a muy buen precio, se supone que es lo que buscas y tú coges y sueltas ese rollo de que te lo tienes que pensar, cuando sabes que un chollo como ese no lo vas a volver a encontrar en este pueblo en mucho tiempo. Pero claro, es que ya no te interesa porque te vas, ¿verdad?

El tono de reproche de Bárbara no le gusta nada a Irene, y que haya leído su correspondencia, tampoco.

—Lo que haga o deje de hacer no es asunto tuyo. Lo que pone en esa carta es privado, y tú no tienes derecho a leerla —espeta la doctora envalentonada por fuera y aterrorizada por dentro.

—Tienes razón, no tengo derecho a leerla y lo siento, pero tú tampoco tienes derecho a jugar conmigo. He ido de frente, Irene, me he abierto a ti en canal, sabes lo mucho que me gustas y que empiezo a sentir cosas muy fuertes por ti y, aun así, te callas y haces ver que no pasa nada.

Bárbara se acerca a ella, está tan afectada que Irene no se atreve a abrir la boca para contestarle.

—Supongo que así es cómo actúas tú —sigue mientras coge su bolso—, no sé de qué me sorprendo.

La churrera ni siquiera mira a la doctora cuando habla. Se limita a moverse nerviosa de un lado para otro al mismo tiempo que sigue buscando las llaves de su casa, que no encuentra por ningún sitio.

—Ya desapareciste una vez —sigue soltando Bárbara sin poder contener la lengua, poseída por la rabia, pero sobre todo por ese repentino dolor intenso que siente que la desgarra y que no se esperaba. No ha sido hasta ahora, después de leer la carta, cuando ha sido consciente de lo profundo que ha calado la doctora en ella.

—Bárbara…

Irene quiere seguir hablando, pero los labios le tiemblan y su mente ha colapsado al ver a la churrera en ese estado.

—Cállate —dice ella levantando los cojines del sofá—. Supongo que esta vez harás lo mismo, me levantaré una mañana y de repente no estarás. Y será alguna vecina la que me diga que te has largado y que no tienes intención de volver. Y yo pensando en contárselo a Lito.

Bárbara niega con la cabeza y se queda inmóvil delante del sofá, secándose las lágrimas con los dedos mientras coge aire para intentar calmarse y que su hijo no la vea en ese estado cuando lo

despierte.

—¿Dónde están mis putas llaves? —pregunta de repente, desesperada por salir del apartamento.

—Ahí —Irene señala la mesa, sobre la que reposan muy visibles.

Bárbara gira la cabeza y camina con rapidez hasta cogerlas con fiereza.

—No te vas a convertir en alguien más a quien mi hijo tenga que echar de menos. Que te vaya muy bien, Irene, deja las llaves en el buzón de la churrería cuando decidas largarte.

La churrera abre la puerta y se marcha cerrando de un portazo sin que Irene pueda decir nada. Ni siquiera ha procesado toda la verborrea de Bárbara, lo único que sabe ahora mismo, es que solo siente vacío, un vacío desgarrador que la está asfixiando.

Capítulo 22

Solo cuando ya ha entrado en su casa, es cuando Bárbara se da cuenta de que no puede despertar a su hijo en ese estado. Su cara es un océano de lágrimas y el estallido de llanto histérico que ha sufrido en cuanto ha puesto un pie en la calle, apenas la deja articular palabra.

Pasa por delante de la cocina como un vendaval ante la mirada perpleja de su madre, que la sigue hasta el cuarto de baño con el tiempo justo de aguantar la puerta y colarse dentro antes de que Bárbara se encierre.

—Sal fuera, mamá, yo voy enseguida —logra decir al mismo tiempo que abre el grifo de agua fría.

Bárbara se llena las manos y se empapa la cara varias veces para tratar de eliminar cualquier rastro de dolor, pero cuando se incorpora y se mira en el espejo, no solo ve la mirada apenada de Esperanza tras ella, sino que, comprende que la rojez de los ojos la va a acompañar durante horas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta su madre con prudencia, acercándose a Bárbara hasta que la coge de un brazo y la hace girar hacia ella.

—Nada.

—¿Cómo que nada, hija? Si estás muerta de pena.

Que su madre constate lo que ella siente, solo la hunde más. Lo último que se esperaba era que un rechazo por parte de Irene o lo que ha pasado, que para ella es peor, le afectase de este modo.

—Tengo que despertar a Lito —dice mirando el reloj, dando por concluida la conversación.

—Ni hablar, ¿cómo vas a despertarlo así? Lo haré yo —decide Esperanza—, tú date una ducha mientras tanto y te despejas un poco. Tu padre lo llevará al colegio y después hablaremos tú y yo.

—Pero ¿qué dices, mamá? Lito se pondrá nervioso.

—Ya está bien, Bárbara —el modo abrupto que utiliza su madre para cortarla la deja paralizada—. Lito tiene que empezar a espabilar, y tú a dejar de protegerlo tanto, que así no le haces ningún bien. Tiene que acostumbrarse a que no puede ir todo el día protegido por la falda de su madre y entender de una vez que tú no te vas a ir. ¿O qué vas a hacer, hija? ¿No tener vida hasta que él sea mayor de edad? Mira estos días con Irene, tienes que salir corriendo a hurtadillas para estar aquí cuando él abre los

ojos, bueno, ahora no sé si te pasa algo con ella, pero no es el caso, si no es ella, será otra persona. Algún día encontrarás a alguien y necesitarás un poco de espacio para ti, y él tiene que entenderlo y aceptarlo, que para eso estamos también nosotros. Así que venga, a la ducha que esta mañana nos encargamos tu padre y yo del niño.

Esperanza sale del baño dejando a su hija con la boca abierta. Bárbara se queda quieta durante un par de minutos, escuchando con atención todo lo que sucede en la casa. Para su sorpresa, Lito apenas protesta cuando su abuela lo despierta. Lo primero que hace es preguntar por su madre, pero se da por satisfecho cuando su abuela le dice que está en el baño. Los escucha entrar en el otro servicio y se sorprende de que Lito obedezca sin objeción alguna a cada orden de su madre cuando con ella protesta casi siempre. Bárbara comprende en ese momento que Esperanza tiene razón, no solo está sobreprotegiendo a su hijo, es que encima él la torea como quiere cuando le interesa.

Esboza media sonrisa entre tanta amargura y sale del cuarto de baño para coger ropa limpia. Por el camino se encuentra con su hijo, al que saluda de forma muy rápida con un beso fuerte en la cabeza para evitar que le vea la cara.

—Hoy te lleva al cole el abuelo, que mamá tiene mucha prisa —resuelve tan decidida que Lito solo puede mirar a su abuela con la boca abierta.

—Ya has escuchado a tu madre, ahora a desayunar.

Esperanza se lo lleva a la cocina y Bárbara disfruta de una ducha matutina sin prisas por primera vez en mucho tiempo. Cuando sale, más despejada, aunque con los ojos todavía muy rojos, su madre la espera en la cocina con el desayuno listo.

—Deberíamos desayunar en la churrería, vamos a llegar tarde —dice Bárbara, mirando de nuevo el reloj.

—Pues mira, si un día abrimos diez minutos tarde no creo que se muera nadie, ahora siéntate y cuéntame de una vez lo que ha pasado.

El gesto autoritario de Esperanza señalando la silla, hace que Bárbara obedezca como cuando era una niña. Se sienta, bebe un sorbo de café con leche y mira a su madre.

—Irene se marcha —suelta compungida.

Esperanza la mira con los ojos muy abiertos. Desde que ha visto entrar a Bárbara ha supuesto que las dos mujeres han discutido por algún motivo que ha afectado a su hija más de lo que se hubiera imaginado, pero esto no se lo esperaba.

—¿Cómo que se marcha? ¿A dónde va?

—Le han ofrecido un puesto para dirigir un hospital de

campaña en África.

—¿África? Pero…

Esperanza no sale de su asombro y no sabe qué decir.

—¿Y sabes lo peor? Que me he enterado porque he visto la carta sobre la mesa, no creo que tuviera intención de decírmelo.

—¿No te lo ha dicho ella?

—No, ni siquiera ha tenido el valor para hacerlo.

Bárbara le narra el episodio de la casa que fueron a ver con Silvia.

—A mí me extrañó muchísimo que se tuviera que pensar la respuesta, no va a encontrar nada igual, y menos a ese precio, pero claro —dice resignada—. ¿Cómo iba a decir que sí, si pretendía marcharse?

—¿Cuándo se va?

—No lo sé, mamá, y me da igual —dice en pleno ataque de orgullo.

—Sí, está claro que te da igual —su madre pone los ojos en blanco cuando le señala la cara descompuesta por el llanto de hace unos minutos.

—En cualquier caso, ya no importa, va a huir de nuevo —zanja Bárbara en un suspiro.

—Habla con ella —dice Esperanza.

Bárbara la mira, intrigada.

—¿Qué hable con ella? ¿De qué quieres que hable? Me parece que ya está todo dicho.

—Pues a mí me parece que lo has dicho todo tú, has leído esa carta y decidido que se va, pero esas palabras no han salido de su boca, ¿me equivoco?

Bárbara frunce el ceño.

—Si es que siempre haces lo mismo, sacas tus propias conclusiones y las das por buenas sin escuchar lo que los demás tienen que decir. Está claro que Irene te gusta mucho, de lo contrario, no habrías entrado aquí tan disgustada que parecía que se había muerto alguien. Ve a verla y ten una conversación de adulta con ella. Y si tanto la quieres, díselo para que no se marche. Lleva media vida enamorada de ti, Bárbara, a lo mejor, lo único que necesita, es que le demuestres que vas en serio, que si se queda tendrá lo que siempre ha querido.

—Yo no puedo pedirle que se quede si ella quiere irse.

—No es pedírselo, es solo ofrecerle una alternativa, que sepa lo que tendrá si se queda, lo que hay si se marcha ya lo sabe.

Bárbara se queda callada, pensativa. Esperanza sabe que ahora no va a hacer nada, que está demasiado afectada, pero también conoce a su hija y está segura de que se pasará el día

reflexionando sobre lo que le ha dicho y al final tomará la decisión correcta.

—Anda, vamos, que ahora sí que vamos a llegar tarde.

Capítulo 23

A Irene la mañana en la consulta se le hace eterna y se pasa los ratos libres mirando el móvil encima de su mesa. Piensa en escribirle a Bárbara a cada momento, pero siempre se arrepiente, diciéndose a sí misma que conversaciones tan importantes como esa, se pueden malinterpretar de forma escrita y que lo mejor es que se vean y tengan una charla cara a cara. Cada vez que piensa en eso último le entran escalofríos, conoce a Bárbara y su carácter explosivo no ha cambiado ni un ápice, así que lo mejor es darle tiempo para que se calme a pesar de que ni siquiera sabe lo que le quiere decir. Irene tiene la cabeza a punto de estallarle, necesita pensar con claridad, centrarse en las decisiones que debe tomar y hacerlo con calma, pero la situación con Bárbara no la deja pensar en otra cosa y cuando su teléfono comienza a sonar y ve el nombre de Silvia —la dueña de la inmobiliaria— en la pantalla, siente que una situación que debería ser muy fácil, se le está yendo de las manos.

—Hola, Silvia —saluda seca con tono cansino.

—¿Qué tal, Irene? ¿Te cojo en mal momento?

—No, ahora mismo no tengo ningún paciente —Irene se levanta y sale de la consulta porque necesita que le dé el aire.

—Genial, eso es que en este pueblo la gente enferma muy poco —hace la broma Silvia, pero Irene no está para tonterías.

—Más bien que hay muy poca gente. Dime, ¿para qué has llamado?

La doctora se da cuenta de inmediato de lo estúpida que es su pregunta y se lleva la mano a la frente.

—Perdona —dice antes de que Silvia, que se ha quedado pasmada, logre articular una respuesta—, es obvio que llamas por lo de la casa.

—Sí, no quiero presionarte, pero tengo gente interesada…

—Lo sé, no te preocupes, la culpa es mía, debí haberte respondido ayer, pero necesitaba pensar un poco.

—Tranquila, lo entiendo. Entonces, ¿tienes ya una respuesta?

Irene se queda en silencio, y solo la llegada de un paciente al centro, la saca de ese trance.

—La tengo, Silvia, no la quiero. Siento haberte hecho perder el tiempo.

Silvia se queda algo descolocada, pero reacciona enseguida.

—No pasa nada, no puedes quedarte nada hasta que no estés del todo convencida.

—Ese es el problema, que ya no estoy segura de querer alquilar una casa —suelta Irene pensativa.

La dueña de la inmobiliaria iba caminando por la calle y se acaba de detener en seco.

—¿Entonces? ¿Prefieres comprar?

—No, tampoco. Hay algo que me ronda la cabeza y necesito pensarlo con calma, por ahora no me tengas en cuenta, Silvia, y a ser posible, no enseñes la casa de mis padres hasta que tome una decisión, no quiero que pierdas más tiempo por mi culpa.

—Está bien, no te agobies, esperaré a que me des indicaciones con lo que debo hacer, ¿te parece?

—Sí, eso es genial, muchas gracias, Silvia.

Cuando Irene cuelga la llamada se sorprende de haber actuado de un modo tan impulsivo, pero necesita hacerlo así, y también hablar con alguien cuya opinión sea imparcial en todo lo que le atañe estos últimos días, así que en lugar de llamar a su amiga Paula como haría en cualquier otra situación, le envía un mensaje a Marta Sanchís, la doctora del pueblo vecino, y le pregunta si pueden verse esa tarde o tiene mucho lío.

Por suerte para ella, Marta le contesta que pueden verse sobre las seis y acuerdan que lo harán en el apartamento de Irene, la doctora necesita tranquilidad, está tan agobiada que no le apetece sentarse en ninguna terraza rodeada de gente.

Marta llega puntual como un reloj suizo. Se dan dos besos a modo de saludo e Irene la invita a sentarse en el sofá después de ofrecerle algo de beber.

—Por casualidad, ¿te has cruzado con Bárbara? —pregunta Irene.

Desde que ha llegado a su casa no ha dejado de pensar que quizá no había escogido el mejor sitio para quedar. Bastante complicada es su situación con la churrera como para que ahora se piense que tiene algo con la doctora.

—Estaban recogiendo cuando he pasado, no sabría decirte si me ha visto, ¿por qué? —pregunta Marta intrigada.

—Por nada, tranquila —Irene hace una mueca con los labios y arquea las cejas.

—¿Estás bien? —prosigue Marta.

—Estoy a punto de volverme loca —confiesa la doctora dejando salir todo el aire por la nariz.

—¿Por qué?

—Tengo algo con Bárbara —explica Irene con una sonrisa

tonta.

Marta arquea las cejas y extiende las manos a ambos lados de su cuerpo con expresión alegre.

—Pero eso es genial, ¿no?

—Sí, supongo que sí —Irene vuelve a sonreír, cuanto más habla de ello, más cara de imbécil se le pone y más le arden las mejillas.

—¿Es algo serio?

—Bueno, ha comenzado como algo imprevisto, al menos, yo no me lo esperaba. Digamos que, aunque nos conocemos desde hace muchos años, ahora nos estamos conociendo otra vez.

—En otro plano —completa Marta.

—Sí, exacto, en el sentimental. Es muy pronto para saber si puede ser algo serio o no, pero yo estoy loca por Bárbara y ella dice que le gusto cada vez más, así que no sé, supongo que posibilidades sí que hay.

—¿Y cuál es el problema?

—Me han ofrecido un puesto para dirigir un hospital de campaña en África, a mí y a una compañera.

—Ummm —Marta hace una mueca—, ¿y eso es bueno o malo?

—Hace unos meses hubiera sido muy bueno, es algo que siempre he querido, pero ahora siento que llega tarde.

—Pues me parece que no te entiendo —dice Marta cambiando de postura.

—Bárbara se ha enterado de la oferta esta mañana, ha dado por hecho que la he aceptado y se ha enfadado muchísimo. Me ha acusado de querer abandonarla otra vez —dice notando como la angustia le invade el pecho de nuevo.

—¿Pero tú te quieres ir? —intenta comprender Marta.

—Yo solo quería un poco de tiempo para pensar con calma, en muchas cosas, no solo en esa oferta, pero lo cierto es que cuando he visto la reacción de Bárbara, he comprendido en ese momento que no quiero irme, que, aunque lo nuestro al final no llegue a nada, quiero intentarlo.

—Ella no debería ser la única razón por la que te quedes, Irene —opina Marta y la doctora sonríe y asiente complacida.

—Ya lo sé, y no lo es. Los primeros días aquí fueron muy duros, pensé que no lo aguantaría, la consulta casi siempre vacía, la presencia de Bárbara, la casa de mis padres… Era todo un cúmulo de cosas que he tenido que gestionar en poco tiempo, pero lo cierto es que, desde que estoy aquí, siento paz y estoy tranquila. Cada vez tengo más claro que mi época de viajar de un lado para otro ha terminado y que tomé la decisión correcta al

volver. Esté con Bárbara o no, necesito quedarme y dejar de dedicar tanto tiempo a los demás para dedicarme un poco más a mí misma.

—Eso está mejor —aplaude Marta.

—Sí, supongo que sí.

Irene se queda callada, en su mente no lo había visto tan claro hasta que lo ha expresado en voz alta con Marta.

—Pues yo creo que ya no te tiene que explotar más la cabeza, lo único que has de hacer es bajar a buscar a Bárbara, explicarle que no te marchas y arreglar las cosas con ella.

—Bueno, eso no es tan fácil, está muy enfadada, y yo también lo estoy un poco.

Irene le explica que ha leído su correspondencia.

—Vale, no la vamos a aplaudir —dice Marta con una sonrisilla—, pero en su defensa diré que, según tú, la carta estaba sobre la mesa, visible y abierta. Tú le gustas, y ahora mismo debe sentir una curiosidad mortal por ti, Irene. Sinceramente, creo que yo en su lugar, también habría mirado. Pregúntate qué habrías hecho tú.

La doctora no necesita mucho tiempo para encontrar la respuesta en su cabeza.

—Ya —dice suspirando.

—Te voy a dar un consejo muy bueno y gratuito —dice Marta con regocijo.

Irene se ríe y le clava una mirada expectante.

—A ver, deléitame con tu sabiduría.

—No compliques algo que es muy fácil.

—¿Ese es el consejo? —Irene finge estar decepcionada, pero le encanta.

—Pues claro, uno de los mejores que te han dado, sin duda.

Las dos se ríen e Irene no tiene más remedio que asentir dándole la razón.

—Habéis discutido, muy bien, pero tiene arreglo, así que en lugar de estar aquí conmigo, donde tendrías que estar es en su casa hablando con ella.

—Eres buena persona, Marta —dice Irene de repente—, eres un motivo más por el que haber vuelto me parece una buena decisión.

Marta se inclina hacia delante y se abrazan.

—A mí también me ha gustado conocerte —dice antes de romper el abrazo—, en fin, debería irme ya o se me echará el tiempo encima.

Las dos se levantan y caminan hasta la puerta.

—Hazme caso, Irene, no dejes que se acueste esta noche

pensando que te ha perdido, ahórrale ese sufrimiento, la vida ya nos lanza otras piedras que no se pueden esquivar, evita que esta os siga golpeando.

Cuando Marta sale de su casa, Irene espera unos minutos para darle tiempo de alejarse antes de coger las llaves y salir para ir a casa de los padres de Bárbara.

Capítulo 24

Irene acerca el dedo al timbre muy nerviosa. Se ha lanzado a la calle y ni siquiera ha pensado en lo que va a decirle a Bárbara, no sabe cómo comenzar la conversación y tampoco tiene claro que pueda convencerla de que en ningún momento tuvo la intención de marcharse. Con la mano temblorosa, aprieta el timbre dos veces antes de que le entre el miedo y salga corriendo.

Escucha a Esperanza vociferar el nombre de su marido para que abra la puerta y la doctora traga saliva porque está segura de que Bárbara ya les ha contado a sus padres lo que pasa y no tiene ni idea de con qué cara la va a mirar Emilio.

Oye los pasos al otro lado y su corazón se acelera mucho más de lo que ya estaba. Irene se mira los pies cuando escucha el ruido de las llaves y el engranaje de la puerta al abrirse. Acalorada y muy nerviosa, alza la mirada para pedirle a Emilio que avise a su hija, pero no le hace falta porque la que ha abierto la puerta, ha sido Bárbara, que la mira entre enfadada y sorprendida.

—¿Qué quieres? —pregunta seca.

Irene apenas parpadea. Nota un temblor en el pecho y una necesidad desesperante de besarla. Bárbara está descalza, vestida con un pantalón fino de chándal gris y una camiseta de tirantes blanca que para no variar, evidencia su busto para desespero de la doctora.

—¿Has venido solo para mirarme las tetas? —suelta Bárbara muy tensa.

Está muy enfadada, y al mismo tiempo se está derritiendo ante la presencia de Irene.

—No —responde la doctora.

—¿Entonces?

Irene mira por detrás de Bárbara y, solo cuando se asegura de que no hay nadie más, la coge de una mano y, en un movimiento rápido, la hace salir fuera, cierra la puerta a sus espaldas y, acorralando su cuerpo, le da un beso sediento al que Bárbara se rinde y se entrega sintiendo una excitación desmedida.

—¿Has venido para esto? —pregunta Bárbara jadeante cuando la doctora separa la boca lo justo para que pase el aire. Siguen tan cercanas, que sus labios se rozan cuando hablan—. ¿Para echar el último antes de irte?

—No —jadea también, desbordada por las ganas que le tiene —, he venido para hablar.

—Pues no lo estás haciendo muy bien.

Bárbara tiene las manos en su cintura y la cierne con firmeza contra su sexo, la desea tanto en ese momento que, siente que si se separa un milímetro, su corazón dejará de latir y morirá en el acto.

—Ya —Irene solo puede mirarle los labios, desea comérsela entera—, es que has salido así, tan… —ahora le mira el escote, sin duda su debilidad.

—Claro, yo tengo la culpa.

Bárbara sonríe, ahora mismo ni siquiera se acuerda de lo enfadada que está, no piensa precisamente con la cabeza.

—Bueno, un poco sí —Irene le coge la cara con las manos y vuelve a besarla con tantas ganas que se pierden en el beso y no lo rompen hasta que notan que la puerta se abre a sus espaldas.

Por ella se asoma Esperanza, que intrigada al ver que Bárbara no entraba, ha salido a ver qué pasa. Las dos amantes se separan de forma abrupta y la doctora se pasa la mano por la boca para secarse la zona, humedecida por la saliva de Bárbara.

—Hola, Irene —saluda Esperanza sorprendida, después mira un momento a su hija, que baja la cabeza abochornada mientras intenta que su respiración se normalice.

—Hola —contesta la doctora.

—¿Qué hacéis aquí fuera? Y tú con esas pintas —dice mirando a su hija—, anda, pasad y habláis en tu habitación, yo me encargo de que Lito no entre.

—No —responde tajante Bárbara.

El corazón se le ha desbocado de nuevo. Ella tiene muy claro lo que va a pasar si Irene y ella se encierran solas en una habitación, y bajo ningún concepto puede ser en esa, en casa de sus padres con su hijo orbitando por ahí.

—¿No? —esperanza se sorprende e Irene se aterroriza pensando que Bárbara le va a pedir que se marche.

—Me visto en un segundo y salimos a dar una vuelta.

Bárbara pasa por el lado de su madre y corre hacia su habitación ante la mirada atónita de las dos mujeres.

—¿Quieres esperarla dentro? —pregunta Esperanza, descolocada por un lado y divertida por el otro.

—No, no —se apresura a decir Irene—, si no te importa, la espero aquí, necesito que me dé el aire —dice sin pensar.

—Sí —Esperanza sonríe asintiendo y a Irene comienzan a arderle las mejillas de vergüenza—. Bueno, pues yo me meto para dentro, que estoy terminando de hacer la cena, espero que

arregléis las cosas, Irene, y si no lo hacéis, que tengas mucha suerte en lo que hagas, te lo digo de corazón.

—Gracias, Esperanza —Irene la mira, turbada.

Cinco minutos después, Bárbara sale por la puerta. Se ha puesto unos vaqueros, unas deportivas y una camiseta ajustada porque le gusta mucho el efecto que provoca en la doctora.

—Bueno, has venido a hablar, hablemos —dice Bárbara, tratando de mostrar indiferencia cuando en realidad se muere de ganas de volver a besarla.

—¿Te has cambiado de ropa para que hablemos en la puerta de tu casa? —pregunta Irene con cierta chulería.

—¿Se te ocurre un sitio mejor? —la provoca Bárbara, que debería estar enfadada y no lo logra, solo puede pensar en comérsela entera.

—Vamos a ser claras de una vez, Bárbara —Irene se ha acercado tanto a ella que el aire se ha vuelto denso entre las dos —. Tú y yo, tal y como estamos, no vamos a ser capaces de mantener una conversación coherente hasta que hayamos follado, así que, ¿por qué no nos dejamos de tonterías y subimos a mi apartamento?

Bárbara nota un corrientazo atravesarle el vientre y su sexo sufre varios espasmos mientras asiente y empieza a caminar, preguntándose en qué momento han llegado a ese punto de ebullición.

En cuanto entran en el apartamento de la doctora, ambas caen sobre el sofá como si fueran dos amantes que llevan tiempo siendo privadas del placer de sentirse. Las dos buscan el acceso a la zona más íntima de la otra en medio de un beso sediento y húmedo que apenas las deja respirar. Irene nota un ardor que no soporta cuando la mano de Bárbara se pasea entre sus piernas por encima de la ropa interior, mientras que la churrera, jadea desesperada, excitada hasta la locura cuando Irene la penetra y empieza un vaivén lento que enseguida se vuelve rápido a petición de la propia Bárbara.

—Me estás volviendo loca —jadea sobre su boca mientras se mueve sobre Irene buscando la profundidad que necesita.

—Eso es justo lo que yo siento, que me puedo volver loca si me separo de ti —confiesa la doctora en un susurro antes de mordisquearle los senos.

Minutos después, las dos se dan por satisfechas. Bárbara está sentada en el sofá con Irene a horcajadas sobre ella, abrazada con fuerza a su cintura mientras recupera el aliento con la cabeza reposando sobre su hombro.

—¿Podemos hablar ahora? —pregunta Bárbara en un susurro, sin dejar de acariciarle la espalda con suavidad.

Irene asiente y se incorpora, poniéndole las manos sobre el pecho antes de comenzar con la conversación.

Capítulo 25

—Está bien, creo que lo primero que tienes que saber, es que no tenía intención de marcharme —suelta Irene para sorpresa de su amante.

—¿Cómo dices? —Bárbara arquea las cejas, incrédula.

Irene se encoge de hombros y hace una mueca de circunstancias que deja fuera de combate a Bárbara.

—No me tomes el pelo, la carta estaba ahí, y si añadimos las dudas que tenías con la casa, solo había que sumar dos y dos —Bárbara comienza a acelerarse, pero Irene ejerce una leve presión con las manos sobre su pecho para que no se mueva.

—Esa conclusión la has sacado tú porque has querido, no me preguntaste, leíste la carta, que por cierto, fue un poco descarado por tu parte —aprovecha para decirle, Bárbara no responde—, y decidiste que yo me iba.

—¿Y no era así? Porque yo creo que sí, solo que ahora algo te ha hecho cambiar de opinión.

—Joder, eres igual de terca que hace catorce años.

Irene sacude la cabeza enfadada y decide levantarse, pero Bárbara, aceptando que, en realidad, la doctora tiene razón, la sujeta de la cintura y le impide que se mueva.

—Vale, está bien, no te ibas a marchar —Bárbara entorna los ojos, en el fondo le sigue costando creerse eso y a Irene le entra la risa.

—De verdad que eres increíble, Bárbara. Te lo voy a explicar solo una vez, y si no me crees, no hace falta que me lo digas, te levantas y te vas por donde has venido.

—Me parece bien.

—Perfecto.

Irene tiene ganas de cogerla por el cuello y apretar fuerte, pero se contiene.

—Es verdad que cuando recibí la carta llegué a tener dudas y pensé mucho sobre el tema, pero después de darle vueltas y sopesar si me compensaba, decidí que no, no ahora. Dirigir un hospital de campaña es lo que hubiera querido hace dos o tres años, si me lo hubieran ofrecido entonces, habría aceptado sin dudarlo.

—¿Entonces?

—Estoy en otra fase de mi vida, Bárbara. Volver al pueblo fue

una decisión que me costó mucho tiempo tomar, pero no me arrepiento, lo necesitaba y, aunque los primeros días han sido espantosos, cada vez estoy más segura de que he hecho lo correcto. Me gusta estar aquí. No voy a negar que las horas en el consultorio a veces se me hacen largas, en cualquier caso, es solo un tema de adaptación, de que aquí las cosas son distintas y solo tengo que acostumbrarme.

—¿Entonces yo no pinto nada en esa decisión?

—No —niega la doctora y le sonríe—. Tú solo eres un añadido, algo que ha pasado, que no esperaba y que me encanta. Pero no puedo basar mi decisión en lo que tú y yo tenemos porque no sé lo que va a pasar, y menos si eres tan capulla y das por hechas las cosas sin hablarlas conmigo antes.

Irene le da una palmada en el pecho a modo de reprimenda, Bárbara reacciona cogiéndole la cara y besándola.

—Tienes toda la razón, soy una capulla y te pido disculpas. Te prometo que a partir de ahora hablaremos primero.

—Y no leerás mi correspondencia sin permiso —añade Irene con las cejas arqueadas.

—Prometido —Bárbara se besa los dedos y después vuelve a besarla a ella—, pero tengo otra pregunta.

—Dime.

—La casa, ¿por qué tantas dudas? Entiendo que, entonces, le habrás dicho que la quieres.

—No.

—No, ¿qué? —Bárbara se sorprende.

—Que no la quiero.

La churrera se recoloca y se pone más recta, mirando a Irene con asombro.

—Ya le he dicho que se la alquile a otra persona.

—No lo entiendo, Irene. Y no me malinterpretes, yo no tengo ninguna prisa porque te marches de aquí, puedes estar el tiempo que necesites, pero pensaba que era algo así lo que buscabas.

—Sí, y yo también pensaba eso hasta que la vi. Salvo las de nueva construcción, todas las casas de este pueblo tienen la misma distribución.

—Sí, eso es cierto.

—Aunque sea una casa distinta, no dejará de recordarme a la de mis padres. Lo que debo hacer es aceptar de una vez lo que sucedió y pasar página. No voy a vender mi casa, Bárbara, haré una reforma para hacerla a mi gusto y me iré allí a vivir.

Bárbara sonríe al mismo tiempo que asiente.

—Me parece una idea estupenda. Por fin empiezas a ver las cosas con perspectiva. Has vivido demasiado tiempo anclada en el

pasado, Irene, ya va siendo hora de que solo mires el futuro.

—Sí, estoy de acuerdo, y la pregunta es: ¿puedo incluirte a ti en ese futuro? Porque me tiembla el corazón cuando te veo y el cuerpo cuando me tocas, y si esto no puede ser algo más…

—Espero que no vayas a decir ninguna gilipollez de las tuyas —la corta Bárbara poniéndole un dedo sobre los labios—, me vuelves loca, cada día un poco más, así que sí, más vale que me incluyas en ese futuro tuyo, a mí y a Lito, porque la idea de que te ibas lejos de mí de nuevo, casi hace que me vuelva loca.

—Bien… —la expresión de Irene suena como un susurro antes de perderse entre los labios de Bárbara, que la agarra por las nalgas y con algo de esfuerzo y mucha destreza, la levanta y se la lleva hasta su habitación dispuesta a sellar su trato entre las sábanas.

Epílogo

Cuatro meses después

Irene siente que se ahoga. Tiene a Bárbara encima de su cuerpo, con una mano le da tanto placer que su cuerpo se ha tensado y de su boca solo quieren salir gemidos, pero apenas salen resoplidos y sonidos extraños porque la churrera le está tapando la boca con la otra mano para que Lito, que duerme en la habitación contigua, no la escuche.

—Contrólate, cariño —sonríe Bárbara, mirándola con regocijo mientras continúa con su tarea.

A Irene se le van a salir los ojos de las cuencas, quiere decirle que, si no quiere que grite, no puede follarla de esa manera a esas horas de la mañana, pero, en su lugar, se limita a cerrar los ojos con fuerza y aguantar los últimos coletazos del orgasmo hasta que su cuerpo queda completamente rendido y relajado.

—Quita —dice apartando la mano de Bárbara de su boca.

A las dos les entra la risa.

—Perdona, pero me tenía que asegurar, yo creo que podemos dar por buena la reforma —dice Bárbara.

A Irene le entregaron las llaves hace apenas dos semanas. Ha reformado por completo la casa de sus padres, tirando varios tabiques que le han permitido ampliar la cocina sacrificando una habitación. Ahora tiene justo lo que le gusta, una cocina grande con una pequeña isla, un salón acogedor, dos habitaciones y un pequeño despacho donde antes estaba el segundo baño de la vivienda.

Bárbara y Marta la ayudaron a limpiar cuando los obreros terminaron y esa noche salieron a celebrarlo con una interminable ronda de cervezas que les provocó una resaca monumental al día siguiente.

Esa misma semana, Irene le pidió a Bárbara que la acompañase a elegir los muebles, puesto que decidió no conservar nada de su vida anterior y lo único que tenía era una casa completamente vacía. Para entonces, su relación se había ido afianzando casi sin que se dieran cuenta. Bárbara pasaba muchas noches con ella y poco a poco había ido mentalizando a Lito hasta que el niño entendió que entre su madre y la doctora había mucho más que una relación de amistad.

Empezaron porque Irene los acompañase algunas mañanas al

colegio y, al final, se ganó con tanta facilidad la confianza de Lito, que ahora es ella la que lo recoge por las tardes para que Bárbara no tenga que salir de la churrería.

—Este parece cómodo —dijo Bárbara cuando estaban eligiendo el colchón.

Se había sentado en el de muestra y se dejó caer de espaldas mientras miraba a Irene con gesto divertido. Irene se sentó a su lado e imitó su posición, ladeando la cabeza para mirarla mientras el dependiente, algo incómodo, les decía que iba a atender a otros clientes mientras se decidían.

—Así que este te gusta —dijo Irene.

—Ajá.

—Muy bien. ¿Medida estándar o cogemos el de dos por dos? —preguntó la doctora.

—¿Cogemos? —Bárbara entornó los ojos intentando fingir que estaba sorprendida, pero los labios se le estiraban en una sonrisa ancha que no podía disimular.

—Bueno, tarde o temprano tendrás que irte de casa de tus padres, ¿no? Que ya tienes una edad…

Bárbara soltó una risotada.

—¿Me estás proponiendo algo, Irene?

—Qué va, solo pienso en voz alta.

—Muy bien, ¿y qué más piensas?

Bárbara se incorporó y tiró de la doctora para que lo hiciera con ella hasta que ambas se pusieron de pie frente al colchón.

—Pienso que el día que decidas hacerlo, a lo mejor prefieres venirte con Lito a mi casa. Hay una habitación vacía que podemos decorar como a él le guste.

—Así que eso es lo que piensas —Irene estaba tan nerviosa como roja de vergüenza.

Bárbara la abrazó por la cintura y le dio un beso en la mejilla.

—Pues me gusta mucho tu manera de pensar.

No tuvieron que hablar mucho más sobre el tema, en las dos semanas que tardaron en terminar de comprar todo lo que hacía falta, Bárbara mentalizó a Lito y se mudaron los tres juntos. Esta ha sido la primera noche que han dormido en ella.

—¿Cómo sabes que no se ha despertado? —pregunta Irene, todavía jadeante, mirando hacia la puerta con el corazón desbocado.

—Porque ya me estaría llamando, así que relájate, porque me tienes ardiendo y como no me sacies me vas a tener de muy mal humor todo el día —suelta Bárbara.

Irene se ríe y, antes de que Bárbara pueda protestar, ya la está besando mientras se tumba sobre ella.